
La Calle Desconocida
Huyó de todo, lo encontró a él...
Y la pasión reescribió su destino.
Luisa María Linares
SAGA
EGMONT

Luisa María Linares

La calle desconocida

Regalo De Navidad
Lina es una Aventurera

SAGA Egmont

La calle desconocida

Cover image: Midjourney

Cover design: Rebecka Porse Schalin
Copyright © 1945, 2025 Luisa María Linares and Saga Egmont

All rights reserved

ISBN: 9788727295381

1st ebook edition
Format: EPUB 3.0

No part of this publication may be reproduced, stored in a retrievial system, or transmitted, in any form or by any means without the prior written permission of the publisher, nor, be otherwise circulated in any form of binding or cover other than in which it is published and without a similar condition being imposed on the subsequent purchaser. It is prohibited to perform text and data mining (TDM) of this publication, including for the purposes of training AI technologies, without the prior written permission of the publisher.
This work is republished as a historical document. It contains contemporary use of language.

www.sagaegmont.com
Saga is a subsidiary of Egmont. Egmont is Denmark's largest media company and fully owned by the Egmont Foundation, which donates almost 13,4 million euros annually to children in difficult circumstances.

Vognmagergade 11, 2, 1120 København K, Denmark

LA CALLE DESCONOCIDA

Nunca había creído en el Destino. Creyó en él mucho tiempo después, cuando recordó que una fuerza irresistible le hizo detenerse ante el angosto portal marcado con el número 12 en la mísera calleja desconocida.

Se paró en seco y alzó los ojos. La débil luz del único farol de los contornos le permitió descifrar los garabatos escritos en el cartón colgado de la puerta:

SE ALQUILAN HABITACIONES A CABALLEROS,
SÓLO PARA DORMIR

Lo leyó y continuó su camino con paso indolente, como si estuviera borracho. Tres bocacalles antes, una vieja, que salía de la cercana iglesia de rezar el Rosario, cruzó de acera al observar su gesto desesperado, su barba de varios días y la inseguridad de su caminar.

SÓLO PARA DORMIR…

Subconscientemente repitió las palabras del anuncio. Dormir. Descansar. Era justamente lo que necesitaba. Se sintió estremecido de pies a cabeza ante la voluptuosa idea de descanso. Tenía calambres en las piernas. ¿Cuántas horas llevaba recorriendo barrios oscuros y desagradables sin rumbo fijo? Lo ignoraba.

Dormir… Una cama más o menos blanda donde poder tenderse… y sumergirse en el olvido. Registró sus bolsillos para hacer un recuento de dinero. Aún le quedaban unas pesetas, con las que pensaba pagar su última cena. Pero más que apetito, tenía sueño… Dormiría en lugar de comer. Se proporcionaría a sí mismo otra oportunidad de veinticuatro horas. Si en aquel lapso no ocurría ninguna novedad, realizaría en definitiva lo que

proyectaba para aquella noche: un rápido movimiento bien calculado que le hiciera caer exactamente bajo las ruedas de cualquier camioneta… ¡y el descanso absoluto!

Sacó una moneda y sonrió, mirándola a la luz del farol. Lo fiaría a la suerte. Si salía cara… continuaría andando. Si era cruz… estaría en la casa.

¡Cruz!

Volvió sobre sus pasos y avanzó por el estrecho portal. Olia a coles, a gatos, a basura y a aceite de freír sardinas. Tanteó en la oscuridad hasta dar con el cuchitril de la portera.

—¿Habitaciones para dormir…? Ya no queda ninguna— gritó la vieja. Estaba friendo cebolla en una mohosa sartén sobre un hornillo de carbón de encina—. Se me olvidó quitar el letrero. ¡Niña! Coge la botella y ve por vino antes de que cierren. Y quita el cartel al salir… Pero ligerita, que parece que te han dado cañazo…

Las últimas frases fueron dirigidas a un montón de trapos que se removieron en un rincón hasta adquirir forma humana. Unas largas piernas, un pelo color paja y un cuerpo anémico, envuelto en una toquilla.

—Ya voy, tía. En seguida.

Pasó junto al recién llegado sin dirigirle una sola mirada, como una autómata que no se diese cuenta de nada.

Maulló un gato lastimeramente. De lo alto de la escalera llegaron rumores de música, emitida por un horrible gramófono. Un disco estropeado y una melodía que estuvo de moda treinta años antes:

«Juró amarme un hombre sin miedo a la muerte…
A la muerte… a la muerte… a la muerte…»

Se atascaba la aguja repitiendo las mismas palabras, sin que nadie se molestase en cambiarla.

…a la muerte… a la muerte…

—¿Aún está ahí…? Ya le he dicho que no hay cama. ¿Qué espera?

No esperaba nada, pero hasta aquel instante no se había dado cuenta de la magnitud de su fatiga. La ilusoria posesión de una cama derrumbó sus

últimas resistencias. Le temblaban las piernas de un modo ridículo. Se apoyó en la pared.

—Perdone, señora. Estoy tan cansado, que… —cerró los ojos—. He andado con exceso. Tan sólo hace dos semanas que salí del Hospital.

—¿Del Hospital? Tengo prohibido admitir enfermos.

—No fue nada contagioso. —Le mostró su mano derecha deformada, horripilante, con la nueva piel reluciente y rojiza que le daba desagradable aspecto—. Fue un accidente.

Se estremeció la vieja, envolviéndose en su mugriento chal.

—¡Qué atrocidad…! —Al acercarse distinguió también la ancha cicatriz de la mejilla izouierda, mal disimulada por el ala del sombrero—. ¿Cómo se hizo eso?

—Quemaduras. —Sentía necesidad de hablar, porque no había despegado los labios desde la noche anterior. Habló, aunque en los ojos de su interlocutora no leyera gran cordialidad—, ¿Recuerda el incendio del «Cobalto»…? Allí estaba yo.

—¿El «cabaret» que se quemó hace unos meses? Mi sobrina me leyó los periódicos. —Su rostro reflejó toda una gama de morbosas sensaciones—. ¡Fue terrible! ¡Aquellos cadáveres calcinados! ¡La gente acuchillándose por alcanzar la salida! Conservo varias fotos. Y diga, diga, ¿es verdad que la animadora de orquesta llevaba unas melenas muy largas que se le prendieron?

Era espantosamente cierto; no podía evocarlo sin enloquecer. La «animadora», que corría despavorida con el cabello en llamas, y su traje de lentejuelas hecho pedazos, era Lina, su compañera, con la cual estuvo bromeando minutos antes.

—Es verdad. Todo es verdad. Yo mismo formaba parte de la orquesta. Era pianista… Algunas personas iban al «Cobalto» con el único objeto de oírme tocar. —Lanzó una carcajada que sonó como un grito—. Nunca más podré poner «ESTO » sobre un teclado. Salvé la mano izquierda, pero tampoco está muy presentable.

Hubo unos segundos de silencio. La vieja cesó de mirarle v echó una cucharada de harina en la sartén, moviéndola despacio, para que no formase grumos.

—¿En qué trabaja ahora…?

— ¡Trabajar! Eso es lo que yo quisiera. No encuentro nada… ¡Nada!

Hablaba para sí mismo, más que para la mujer. Ni siquiera la veía. Ni la miraba a ella, ni a su mísero chamizo, ni al horrible calendario de colorines clavado en la pared. Ni siquiera al seco tiesto de palmera que ocupaba el centro de la mesa, encima de un tapete remendado.

«Nena, que mi vida llenas de ilusión…»

La música del gramófono continuaba, despertando dormidas nostalgias.

Un «sin trabajo». La portera se puso en guardia. Estaba, curada de espanto y no le impresionaban los espectáculos de miseria.

—Lo siento, amigo— dijo retirando la sartén del fuego—. Ha tenido una suerte perra. El incendio del «Cobalto». En fin… Si quiere una cama para mañana, tendrá que decirlo hoy. Pero le advierto que el pago es por adelantado. —Citó una cantidad.

Él hizo una mueca indefinible.

—Pagaría el doble, con tal de encontrar cama ahora mismo. Tengo algún dinero. —Sacó los billetes y los ojillos de la vieja relucieron—. Temo no poder dar un paso más.

Titubeó la portera un momento.

—Es que… ¿sabe usted…? La que alquila la cama es la vecina del segundo. Tiene cinco y están tomadas desde esta mañana… Yo sólo tengo mi turca… y la colchoneta de mi sobrina que se extiende en el suelo, aquí mismo.

—Entonces… —Se encogió de hombros con un gesto peculiar. Hizo un signo de adiós con su mano impedida y se volvió. La luz dio de lleno sobre la mejilla quemada.

—¡Lástima! —pensó la portera inconscientemente—. Debió de ser un guapo chico… —Espere… —llamó de pronto—. Quizá pueda acomodarle… Le costará algo más… Es una buena habitación… Creo que voy a hacer un disparate, pero me da usted lástima… ¡Está tan cansado! —Miró ávidamente los billetes que él conservaba aún en la mano—. Sólo por esta noche… y a condición de que sea discreto. Se trata de un piso

desalquilado. —Bajó la voz—. El inquilino se marchó de paseo hace quince días y aún no ha vuelto… No sé qué pudo haberle pasado… Tiene pagada la casa hasta fin de mes. Si para entonces no ha regresado, daré parte. Mientras tanto, no crea que me preocupo por su salud. Es un tío muy raro. Si viera la clase de visitas que recibe… Pero más vale callar. Siempre me ha gustado ser discreta. No me extrañaría nada que no volviésemos a verle el pelo. Es de los que acaban mal. Quizá esté en chirona. Me inspiran miedo sus ojos. No comprendo como a mi sobrina le gusta tener tratos con él. —Descolgó un manojo de llaves que pendía de un clavo en la pared—. Se llevó la llave, pero hay aquí una que sirve. Como comprenderá, a veces tengo que echar un vistazo a los pisos cuando los inquilinos no están… Venga, suba conmigo.

Salió de la portería, envolviéndose en su chal con gesto friolero. Las gastadas maderas de la escalera crujieron bajo el peso de su opulenta humanidad.

La siguió, agarrándose al grasiento pasamanos. Un gato pasó veloz, haciendo tropezar a la mujer.

—¡Bribón! ¡Casi me tiras…! —Jadeaba, y el llavero tintineaba en su bolsillo.

«Juró amarme un hombre sin miedo a la muerte… a la muerte… a la muerte…»

Volvía a comenzar el disco, como si alguien disfrutase desenterrando recuerdos al compás de la vieja melodía.

También para él los tenía. Con la imaginación vio su vieja casa en un lejano lugar de Hispanoamérica. Y a su padre, un buen gallego emigrante, absorto siempre en las tareas del campo, pendiente del sol, de la lluvia, de las heladas y de las noticias de la Patria. Su madre era guapa, gordita, aseada; olía a jabón y a lejía y solía cantar a menudo:

«Juró amarme un hombre sin miedo a la muerte…»

De todo aquello ya no quedaba nada. Ni su padre… ni ella… ni la casa. Tan sólo el pedazo de tierra que aún le pertenecía. Pero estaba lejano,

inaccesible, y apenas valía nada…

Casi un cuarto de siglo transcurrido… ¡ Cuántas aventuras en aquellos veinticinco años, durante los cuales recorriera el mundo haciendo oír su música, para acabar estúpidamente en el «Cobalto»…!

—Aquí es.

Había dos puertas en el rellano. A través de una de ellas salía el rumor de la canción. La portera se dirigió a la otra.

—Temo que esté algo sucio. Mandé a mi sobrina que limpiara, pero no sé si lo habrá hecho. Ya sabe cómo son las chicas… —Abrió y antes de dejarlo entrar, se encaró con él—: Supongo que no tocará nada. Aquí no hay ninguna cosa por la que valga la pena arriesgarse. —Recalcó la última palabra—. ¿Me comprende?

La comprendía perfectamente. Avanzó sin contestar siquiera.

Un cuartucho feo, dividido en el centro por unas cortinas deslucidas. Una mesa, dos sillas y la cama con las sábanas arrugadas, como si alguien acabara de abandonarla.

Sintió una especie de náusea que le hizo dirigirse a la ventana y abrir. Advirtió que lloviznaba.

—¿Qué…? ¿Se queda…? Le traeré sábanas limpias.

—Sí, por favor.

Las subió al minuto y ella misma arregló el lecho. Continuaba él junto a la ventana contemplando la calle oscura, hostil.

—¿Qué hora es?

—Apenas las seis. Anochece tan pronto… ¿No tiene frío con esto abierto…? —Cerró sin que él se resistiera—. Bueno… Creo que ya está todo… Sólo falta que me pague. —Rió mostrando tres dientes amarillos, único vestigio de pasado esplendor—. Sea discreto y no haga ruido. ¡Y no toque nada! He hecho cuanto podía por usted.

—Gracias… No se preocupe. Voy a acostarme en seguida. —Le dio el dinero.

—Aquí tiene la llave. —La dejó sobre la mesa—. Puede cerrar por dentro si gusta… Buenas tardes. O buenas noches, si lo prefiere. Que duerma bien.

Cerró tras de sí y se detuvo un momento a escuchar… Crujieron los muelles de la cama. Por lo visto se había dejado caer como un tronco, sin quitarse siquiera los zapatos. Movió la cabeza, desaprobadora. ¡Los hombres! Ya se sabía lo que eran los hombres. Por suerte, ella no tenía que aguantar a ninguno.

Contó los billetes mientras bajaba. Un buen negocio, indudablemente. ¿Cómo no se le habría ocurrido antes? Podía hacerlo todas las noches hasta que volviera el inquilino… si volvía. Era muy rara su ausencia. Muy rara.

Estornudó y se sonó con la toquilla. De algún modo tenía que arreglárselas para vivir una pobre mujer que mantenía dos bocas. De todos modos vigilaría al hombre de las quemaduras, no fuera a largarse llevándose algo.

Entró en la portería. La sobrina esperaba con los cabelíos húmedos de lluvia y la botella de vino en la mano. Su rostro era una mancha borrosa y pálida.

—¿Estás ahí? ¡No has tardado poco en ir a la taberna de la esquina! ¡Vamos! ¿Qué haces con la botella agarrada?

La voz de la chica sonó entrecortada y extraña:

—Tía, ¿de dónde baja usted…?

—¿A tí qué te importa? —Vaciló sin saber si decirle la verdad. Lo pensó mejor—. Subí al tercero para quejarme del gato de la Esperanza, que se ha comido otra vez las sardinas. ¿Quieres más detalles?

La cara continuaba pálida y los labios temblaban.

—Entonces, ¿por qué hay luz en el principal…, en la habitación de… de…? Alguien se asomó a la ventana.

¡Fastidiosa criatura! De todo se enteraba. Se encaró con ella, iracunda.

—Bien… ¿Y qué? ¿Tiene algo de particular?

—Pero…

—El inquilino ha vuelto. Sólo por esta noche. Se irá otra vez mañana temprano.

Cogió el soplillo tratando de reanimar la lumbre. La sobresaltó el ruido de la botella al romperse contra el suelo. La muchacha habíala dejado caer y se apoyaba en la pared con los ojos desmesuradamente abiertos, semejando la estampa del terror.

—¡Ha vuelto! —silabeó—. ¡Ha vuelto!

Y, como hipnotizada, contempló la mancha rojiza del vino que se desparramaba sobre la estera.

El hombre abrió los ojos. Tenía mucho sueño, pero algo le dolía horriblemente. Se había dormido apoyando la mejilla izquierda sobre la almohada y tenía aún la piel muy sensible, apenas cicatrizada la herida.

Miró alrededor. ¿Dónde estaba? Se incorporó. ¡Qué insoportable escozor! Se acarició la cicatriz, ahogando una maldición. Con mano torpe empezó a despojarse del abrigo.

¿Qué hora sería? La luz de la habitación continuaba encendida; ni siquiera pensó en apagarla. En la casa reinaba el más absoluto silencio. Recordó su llegada al repulsivo lugar. Su repentina fatiga. Todavía le duraba. Volvió a echarse, incapaz de pensar. Quería dormir… dormir otra vez, pero la mejilla le pinchaba. Si no conseguía dormir pronto, empezaría a recordar las llamas…, los aullidos de dolor… y la cara de Lina con su largo cabello ardiendo…

Hubo un tiempo en que pensó casarse con ella. Le gustaba. Era bonita e inteligente. Más inteligente que ninguna de las chicas con las que anteriormente tuviera amoríos. ¡Fueron tantas! Pero sólo Lina le hizo pensar en boda. Ahora Lina no era más que un informe montón de huesos calcinados.

Se revolvió en el lecho. Ya estaba empezando aquello, lo de siempre… La pesadilla de todas sus noches. ¡Olvidar, olvidar! Tales crisis le volvían loco… El mundo entero caminaba hacia la locura. El hombre civilizado trabajaba para autodestruirse. ¿La Humanidad sería más feliz cuando todos hubieran perdido la razón?

Desgraciadamente, él no estaba loco todavía. Era un simple fracasado ante el cual los caminos se cerraban.

Abrió los ojos.

¿Por qué le miraba tan fijamente aquel hombre…? Un hombre con antifaz… o lo que fuera… Le cubría toda la cabeza dejando sólo al descubierto los ojos y los labios. ¡Estupendo personaje! ¿Quién sería?

Se sentó en la cama, pasándose la mano por la frente, húmeda de sudor. Lanzó una risotada. Efectivamente, le miraba un fantasma, situado frente a su cama. La imagen de un fantasma, representado en un gran cartel en tres colores, con la siguiente inscripción:

CONSULTE AL «DIVINO IVOR»

Se levantó, aproximándose al dibujo: El «divino Ivor». Miró otra vez en torno. Sí. Era una habitación llena de cosas raras. Lo había observado al entrar y el sueño no logró borrar la indefinible impresión.

—Muchas cosas raras —repitió a media voz. El sonido de sus palabras acabó de espabilarle. Abrió la ventana y aspiró una bocanada de aire puro. Nadie en la calle, reluciente de lluvia. Sonó lejana la bocina de un auto y brilló a distancia el chuzo de un sereno. Alargó la mano, tratando de coger la lluvia, fina como malla de seda. Luego, la apoyó en su mejilla.

Volvió de nuevo los ojos hacia el «divino Ivor». Un hombre que se llamaba «divino» a si mismo. Una ridicula cabezota enmascarada. ¿Por qué se retrataría en aquella guisa…? Contempló la hilera de fotografías sujetas a la pared con tachuelas. En todas estaba el «divino Ivor» en diferentes actitudes, siempre enmascarado e inclinado sobre una enorme bola de cristal. También había programas, escritos en idiomas extraños. El «divino Ivor» había estado en Shanghai, en Hollywood, en París…

Comprendió que se trataba de uno de aquellos embaucadores «videntes» que últimamente estaban otra vez de moda.

Descorrió las cortinas que dividían la habitación. En una alacena vio una botella de coñac. La destapó y olfateó su contenido. Un buen coñac. Lo que necesitaba para reanimarse.

Limpió un vaso polvoriento con su propio pañuelo y vertió una generosa cantidad de líquido. Lo lamentaba por el «divino Ivor», que encontraría la botella vacía. Se encogió de hombros.

En otro rincón había una especie de ropero. Colgadas en sendas perchas encontró las máscaras. Había dos, una azul y otra roja, ambas de raso. Se componían de capuchón y túnica, en dos piezas. ¡ Ah! Y también estaba allí

la gran bola de cristal, cubierta de polvo. La limpió con la manga y tamborileó sobre ella con los dedos.

Se sirvió otra vaso de coñac. Caía como fuego en el estómago vacío. Parecía que tomase sorbos de vida.

En una estantería descubrió una colección de extraños libros. Curioseó los títulos.

«Oráculo de Delfos.»

«Magia Teúrgica.»

«Magia Blanca.»

«Magia negra.»

«Ritos de la Edad Media.»

Hojeó uno al azar. Tenía las tapas rotas y en los márgenes se leían anotaciones en tinta roja. Había párrafos enteros y subrayados. Leyó:

«…la «magia contagiosa» se fundamenta en la idea de que los objetos que han estado una vez en contacto quedan, aun después de separarse, en una relación «simpática» transmitida por el éter…»

—¡Majaderías!

Cerró el libro y cogió otro del que salió una nube de polvo. «Historia de las Creencias»… Pesaba mucho y lo dejo caer torpemente.

¡Demonio…! No parecía un libro. Era una caja en forma de libro, con sus tapas y algunas hojas impresas, pero con un hueco en el centro que permitía guardar… ¿qué eran…? Cartas. Tres paquetes de cartas cuidadosamente atados y catalogados por medio de etiquetas con iniciales: «L. R.», «O. M.», «I. N.».

Probablemente cartas de amor. Volvió a poner el libro en su sitio, sacudiéndose el polvo y limpiándose las manos con la túnica azul. Cogió el capuchón y rió, acordándose de lo que acababa de leer:

«…los objetos que han estado una vez en contacto quedan, aun después de separarse, en una relación «simpática» transmitida por el éter…»

Muy bien. Por el mero hecho de coger un capuchón, el «divino Ivor» y él quedarían eternamente en contacto. Perfectamente. Le gustaba estar en contacto con aquel tipo tan divertido. Bebió más coñac y luego se puso el capuchón, mirándose en un trozo de espejo. Soberbio. Ya no existía «Cara Quemada», el asqueroso «Cara Quemada» que hacía cruzar de acera a las

viejas asustadizas. El capuchón lo ocultaba todo. Sólo se veían los ojos que relucían gracias al coñac. Bendito coñac, que le ponía casi alegre… casi contento. Tarareó:

«Nena… que mi vida llenas de ilusión…»

Se puso también la túnica y se sentó en el suelo para sacar brillo a la bola. Estaba un poco borracho, pero no importaba. Era su primera borrachera desde… desde antes de aquello…

¿Cuántas cosas fingiría ver el mago dentro del cristal…? Él no veía nada. Absolutamente nada. Rió más fuerte. De repente calló, con los oídos en tensión. Un ruido. Sonó un ruido muy próximo en la misma habitación. ¿Un crujido de la madera…? ¿La lluvia acaso…? No. Algo más perceptible…, más humano. Se levantó. Había alguien cerca, en acecho, conteniendo la respiración igual que él.

Corrió la cortina de golpe.

—¿Quién es…?

No hubo respuesta, pero presentía que no estaba solo.

—¿Quién anda ahí? —repitió. Se dirigió al dormitorio tambaleándose bajo su absurdo disfraz.

«Una relación transmitida a distancia por el éter…» ¡Qué estupidez…! Él no estaba loco, no creía en la magia. Era un cristiano y todavía de vez en cuando repetía las oraciones que le enseñara su madre…

Descubrió a la aterrada criatura que apoyada en la puerta se cubría la boca con las manos para no chillar. Tardó un momento en reconocerla. Era la sobrina de la portera. Aún se envolvía en la oscura toquilla de lana. Llevaba el pajizo cabello recogido en dos trenzas, unidas sobre la nuca. Algunos mechones se escapaban en ingrato desorden.

—¿Qué quieres?

Ella le siguió mirando idiotizada. Luego, inesperadamente, se dejó caer al suelo, de rodillas.

—¡Perdón! —gimió—. ¡No quise hacerlo, Ivor…! ¡No quise hacerlo…!

—¿Qué dices…?

—¡Perdóname…! Traté de ayudarte… Nunca quise hacerte mal…, ¿verdad que me crees…? Ya sé que todo era una broma…, que tú no querías tirarme allí… ¡Dudé un momento de tu poder…! ¡Pero has vencido a la propia muerte! Estás aquí… Has vuelto… Yo no te maté, Ivor. ¡ ¡No fui yo…!!

Se arrastraba por el suelo, tratando de acercársele y al fin agarró su mano, que la larga manga ocultaba. La apretó tan rudamente que el hombre lanzó un rugido de dolor.

—¡Suelta! —La empujó y quedó en un rincón hecha un ovillo. Él se recostó en la pared, desfallecido por el escozor de su mano magullada. Poco a poco fue decreciendo el malestar. Volvió a razonar. Aún continuaba la chica en la misma postura, con la cara pegada a las baldosas, sollozando histéricamente. Era un lamentable espectáculo verla derrumbada, con su cara pálida, sus medias arrugadas y su remendada bata de percal.

—Levanta…

Fue a ayudarla, pero retrocedió aterrada.

—¿Qué vas a hacer, Ivor? Dime que me perdonas. Yo no quería matarte…, no quería…, ¡no quería…!

Gritaba y él la sacudió, sujetándola por los hombros.

—¡Calla, necia…! Vas a despertar a todo el mundo… ¡Calla, te digo!

Le propinó un cachete para cortar el ataque de nervios. De un empujón la echó sobre la cama. Luego se despojó de la capucha.

— ¡Yo no soy Ivor, estúpida…! No soy Ivor. ¡Cierra el pico de una vez! Tu tía no quiere que sepan que me ha alquilado la habitación.

Los grandes ojos azules reflejaron inaudito asombro. Intentó hablar, pero los sonidos se helaron en su garganta. ¡Aquella cara quemada…! Sintió un vértigo y perdió la noción de cuanto la rodeaba.

Abrasaba el coñac que él introducía gota a gota en su garganta. A través de la tupida red de sus pestañas observó, mientras iba adquiriendo conciencia de lo ocurrido, que el hombre parecía mirarla con infinita piedad. La luz de la cabecera del lecho ponía de relieve el perfil sano, dejando piadosamente en sombra la otra mejilla. Era un perfil correcto, casi hermoso…

Se incorporó y volvió a sollozar bajito, sin que él pensara en interrumpirla. Aún llevaba la túnica y conservaba la capucha en la mano.

—¿Qué hace en esta habitación? —preguntó al fin.

—Ya he dicho que tu tía me la alquiló por una noche.

—¿No está aquí ÉL …?

—Estoy solo.

Un suspiro de infinito alivio.

—Te preguntarás por que motivo me he disfrazado de «divino Ivor», ¿no es eso…? No sabría decírtelo. El coñac me alegró un poco. Ya se me ha pasado. Siento haberte dado un susto.

Al oír el nombre del «divino Ivor» se sobresaltó. Sus dedos retorcieron las sábanas nerviosamente.

—No dirá nada a mi tía, ¿verdad…? No le diga que he estado aquí. Ella me mintió. Me dijo que él había regresado. Creí enloquecer. Me horrorizaba volver a empezar cuando me consideraba liberada para siempre… ¡Para siempre…! Gracias al agua negra del puerto…

Callaba, consciente de que la muchacha no hablaba para él. Cualquiera al oírla habríala considerado loca. ¡Tan loca como «Cara Quemada» cuando monologaba para dar suelta a su desesperación! Le apetecía un cigarro y aún le quedaba algo de tabaco, pero le daba vergüenza que ella le viese hacer el pitillo con aquella mano tan horriblemente torpe… De repente se sintió furioso.

—¡No me lo cuentes!, ¿oyes? No quiero enterarme de tus historias sucias. Necesito dormir. He pagado dinero por dormir… ¡Vete! Si no te vas, llamaré a tu tía.

Ella no razonaba aún.

—No. Usted no dirá nada. ¿Qué podría decir? Todos ignoran lo ocurrido… excepto él y yo. Y él está muerto. Y no podrá volver… a pesar de su magia. Sé que está muerto porque pisé su mano cuando… cuando…

Otra vez la crisis histérica que tenía trazas de no concluir nunca. Se bebió el contenido de la copa, medio llena. ¿Por qué tenía que escuchar confidencias que no trataba de provocar? Paseó mirando el retrato del «divino Ivor»… Hubiera dado algo por levantar el capuchón y contemplar

el rostro que se ocultaba bajo la seda. Un rostro que debió ser causa de la desgracia de aquella mujer.

La observó de reojo. Tendría poco más de veinte años. Piernas largas, no mal formadas. Busto plano, hundido. Caderas de adolescente y el rostro poco vulgar. El cabello muy hermoso, de un matiz dorado, brillante…

—Oye —volvió a decir—. Estás ocupando la cama que yo he pagado. Tengo que dormir. No me interesan en absoluto tus historias. Quizá hayas oído hablar de la solidaridad humana. Cada cual debe de quedarse con sus tragedias sin tratar de compartirlas con nadie. «Amarás a tu prójimo como a ti mismo.» Por decir eso y otras cosas por el estilo crucificaron a Un Hombre. —Rió con amargura—. ¡Lárgate pronto, hermana! Me duelen las heridas. Aún no están cicatrizadas, pero me echaron del hospital porque necesitaban mi cama. Solidaridad humana. Son frases de locos, repetidas por locos. Si hubieras podido ver a los hombres golpeando a las mujeres para huir de las llamas…, hiriendo, acuchillando, aplastando. Unos farolillos venecianos ardían como yesca. La señora del bonito abrigo de pieles ardía también, sin poder arrancarse sus valiosos visones. El viejo «maître», especializado en las más exquisitas reverencias, golpeaba con un sifón todas las cabezas que se oponían a su paso. —Lanzó otra carcajada. Ella le miraba ahora, escuchando absorta—. ¿Y qué hacía mientras tanto el bueno de «Cara Quemada»…? Entonces no era aún «Cara Quemada», sino «Guapo Chico», el mimado de las mujeres. Pues «Guapo Chico» descubrió una ventana en la que nadie se había fijado. Una ventana por la que se salía a un patio y desde allí a la calle. Era facilísimo salir y entrar, pero los locos no razonaban. Y «Guapo Chico» entró y salió muchas veces. Cogió primero a la vieja señora del pelo teñido de rojo y la sacó a la calle. Luego, a la jovencita recién casada cuyo marido era el campeón de los botellazos y la había olvidado en su ansia por huir. Después a la vieja de los lavabos… Salir, entrar…, salir, entrar, Y los otros matándose ante la puerta. Quise coger a Lina; ardía y no pude acercarme. De pronto lo descubrieron. Se fijaron en la ventana. Y «Guapo Chico» fue arrollado, cegado, pisoteado… ¿Qué hizo entonces…? —Rió de nuevo—. ¡Solidaridad humana! Se sintió ahogar… y cogió también una botella. ¡Zas… zas! Golpes a derecha e

izquierda, hasta conseguir el aire puro… Y «ésta es, señoras y señores, la bonita historia de Cara Quemada».

La muchacha se puso de pie. Sus ojos estaban secos, agrandados por la emoción.

—Fue el incendio de «Cobalto», ¿no…? Mi tía empezó a hablar de ello mientras cenábamos. Debió usted sufrir mucho.

—Sí, pero no necesito tu compasión.

— ¡Bah! ¿Por qué voy a compadecerle…? Los dolores físicos se olvidan… Hay otros males que quedan aquí — golpeó su frente — y aquí… — señaló su pecho —. La tortura de pasar continuamente por delante de esta puerta… Me parece que él va a bajar, cada noche, a llamarme como siempre. Yo subía, sin atreverme a desobeder. Me amenazaba con horribles males… Me vestía con la túnica roja… y me obligaba a ayudarle en su farsa. Al principio fui feliz porque simulaba quererme. Me trataba como a una esclava por la que se siente cierta predilección. Luego, empecé a sufrir. Venían mujeres maravillosas, que revelaban secretos y desnudaban aquí sus almas… y a veces sus cuerpos. Le odié en seguida. Era un demonio. Me pegaba, me atormentaba, hasta que un día…

—Le mataste, ¿no es eso? — concluyó él serenamente, como si la cosa no tuviera importancia.

La chica le tapó la boca y miró en torno, asustada, temiendo que alguien le hubiese oído. El contacto de la mano femenina sobre sus labios le produjo una mezcla de dolororoso placer. Retuvo aquella mano mientras repetía:

—¿Verdad que lo mataste…?

—¡No…! No… No quise hacerlo. Le encontré en el puerto aquella tarde. Yo regresaba de un recado, y él. estaba esperándome. Habíamos tenido el día anterior un altercado durante el cual le amenacé con denunciarlo… si no se marchaba y me dejaba en paz. Estaba fichado por la policía. Vino a Barcelona, hace dos años, huyendo de Francia por algún asunto sucio. — Apartó un mechón de pelo que caía sobre su frente —. Bien… el puerto… estaba obscuro… Yo distinguía las estrellas reflejadas en el agua. De pronto… me empujó. Trató de tirarme y me agarré a su chaqueta. Me defendí rabiosamente… y fue él quien tropezó y cayó… —

Se cubrió el rostro con las manos —. Pero yo no lo hice. Sólo quise salvarme…

Otra vez pesó el silencio, angustioso y dramático. Los ojos de la máscara de Ivor, tirada en el suelo, producían penosa impresión de vacío.

—No tienes por qué atormentarte — habló por fin el hombre —. Fue un accidente… Luchaste en defensa propia…

Agitó la cabeza, poco convencida, y fue a añadir algo. Pero en el mismo instante sonaron unos discretos golpes en la puerta. Enmudecieron, contemplándose asustados.

—¿Quién es? — preguntó él.

Parecióles que transcurrían siglos hasta que oyeron la trémula voz de una mujer:

—Soy yo. Abrame, Ivor. Soy Irene.

Se levantaron. Con un gesto indicó a la chica que se escondiera tras las cortinas. Luego se colocó el capuchón y fue a abrir.

No esperaba aquello, ciertamente. La radiante aparición le dejó mudo, absorto, como si el sol hubiese salido de repente en plena noche.

Avanzó hacia el centro del dormitorio. Llevaba un abrigo blanco, bajo el que se adivinaba un lujoso traje de noche. La mancha granate de sus labios era la única nota de color del niveo rostro, perfecto. El negrísimo cabello reluciente se recogía en la nuca en pesado moño. Miró sonriendo al aturdido enmascarado.

—¡Hola! — dijo sencillamente —. ¿Puedo saber dónde ha estado metido…? Supongo que no me lo dirá. No importa. Por algún tiempo creí que ya no volvería a verle. Hubiera sido demasiado bonito. ¿Le sorprende mi visita? — El tono ligero contrastaba con sus palabras —. Tengo espías vigilando esta covacha desde hace dos semanas y me han informado en seguida de que el gran Ivor había regresado. Brillaba la luz en sus ventanas. La noticia me pilló en mi palco de la ópera. He abandonado a «Butterfly» por usted. — Se dejó caer en una silla y se cruzó de piernas para que las transparentes medias tuviesen la exhibición que merecían —. Se ha quedado mudo. ¿No dice nada…?

Habló él muy bajo, desfigurando la voz:

—¿A qué ha venido?

De nuevo la risa, ligera, tratando de disimular un trémolo nervioso.

—¡Qué inocente…! ¿No se lo figura? — Sacó una pitillera de oro y encendió un cigarrillo —. El gran adivino no puede adivinar una cosa tan fácil. — Alzó los ojos, poniendo al cielo por testigo de aquella aparente falta de comprensión. Tenía unas pestañas larguísimas y sacaba provecho de ellas.

«¿Dónde la he visto antes?», pensó él, procurando recordar. El rostro no le era desconocido.

—Siéntese, Ivor. No vengo en son de guerra. — Echó hacia atrás las blancas pieles, dejando al descubierto la garganta y el comienzo del pecho, generosamente exhibido. El vestido de raso moldeaba la silueta —. ¿Y bien? — concluyó desafiándole con la mirada.

—¿Y bien? — repitió el seudo Ivor sin saber exactamente qué decir. Se sentó frente a ella, al otro lado de la mesa. Sólo faltaba la bola de cristal para que el cuadro fuese perfecto. Con tal de que no le pidiera que adivinase su porvenir…

—¿Sabe lo que parecemos? Dos comerciantes árabes que dan mil rodeos antes de hablar del asunto que realmente les interesa —. La sonrisa no se borraba de sus labios, pero algo helado se deslizó entre las amables palabras —. En vista de su extraño laconismo hablaré yo… Hoy el «divino Ivor» puede callar. No necesita gastar saliva diciendo frases altisonantes —. Imitó la voz del «vidente» —. «El león es el símbolo de la valentía. Un hueso de león dará valor a los cobardes.» «El canto del gallo anuncia el día y la llegada de la luz. Pon una cabeza de gallo en la casa del ciego y recobrará la vista…»

Habló en tono normal:

—No, querido Ivor. Hoy no vengo a oír paparruchas. Cierto que al principio me sugestionaron. Creí que, efectivamente, había leído en mi alma. Emana de usted una extraña fuerza que produce un complejo especial en el espíritu de las pobres mujeres. Sí. Un complejo. Adoro estas utilísimas palabras que explican tantas cosas… En fin, por su culpa he hecho bastantes tonterías Lo anotaré en mi carnet de experiencias. Un *faux pas*… — Su voz adquirió repentina violencia —. Pero… ¡quiero acabar con todo! Como

Macbeth, he asesinado mi sueño. No vivo tranquila mientras… conserve usted eso en su poder. Y vengo a rescatarlo.

La lluvia repiqueteaba tras los cristales. La mujer esperaba que él respondiera. Para hacer tiempo se levantó «Ivor». La broma estaba yendo un poco lejos. Imaginábase el miedo de la chica rubia escondida tras las cortinas. ¿Por qué no quitarse la capucha y confesar la verdad…? Vaciló. ¿Qué vendría a reclamar…? No podía imaginárselo. Al mirarla nuevamente recordó su nombre… Irene Nardi, la danzarina de «ballets». Estaba cansado de verla en «Cobalto», a, donde ella acudía a cenar, rodeada de un grupo de admiradores. Irene Nardi, la gran artista, y la estúpida cabecita loca. Loca. Tan loca como «Cara Quemada» y la anémica sobrina de la portera… ¡Más locos! Rió de pronto, verdaderamente divertido.

—No sé de qué me habla, señorita Nardi — dijo después, muy despacio… Observaba que los nudillos de las bonitas manos se ponían blancos de coraje.

—No sabe de lo que hablo, ¿eh…? Repito que vengo en son de paz, Ivor. ¡Es usted un canalla, un vulgar ladrón…! Necesito mis cartas. — Cambió de tono, volviendo a sentirse diplomática —. Aquellas cartas en las que le abría mi corazón. Le consideraba tan superior e inteligente que le pedí consejos y le narré mis tontas intimidades. ¿Qué resultó? Un vulgar chantaje. Ahora que he sentado cabeza y que tengo la verdadera felicidad al alcance de mi mano, usted me hace víctima de sus felonías. Pero no estropeará mi vida, ¿comprende…? Prefiero pagar. Por conseguir lo que ambiciono estoy dispuesta a pactar con el demonio… o con el «divino Ivor», que viene a ser lo mismo.

Parecíale escuchar una música horrísona, estridente. El hombre creía sentirla en sus oídos como si alguien la interpretara dentro de su propia cabeza. Miró hipnotizado las enjoyadas manos de la artista que abrían el bolso bordado en plata y sacaban un fajo de billetes. Un gran fajo de billetes.

Rompió a reír… reír… hasta que comprendió que ella empezaba a asustarse.

—Sus cartas, ¿eh…? Bien, las tendrá, Irene Nardi. Tendrá sus cartas.

—¡Basta, «Ivor»! Odio su risa. Nunca sé si se ríe «conmigo» o de «mí». Hasta la risa en sus labios resulta una fuerza destructora.

Se levantó él, inseguro, y le hizo signo de que esperase. Tras la cortina halló los ojos azules, estáticos, de la otra. Se llevó un dedo a los labios imponiéndole silencio, aunque no fuese necesario. Sacó el grueso tomo de «La Historia de las Creencias». Comprendía perfectamente lo que eran aquellos tres paquetes de cartas clasificados con sus correspondientes iniciales: L. R., O. M. e I. N.

I. N., Irene Nardi. Lo apartó. En sus oídos, la música continuaba *in crescendo*. ¡Locas! Estúpidas y locas criaturas que se dejaran embaucar por el «vidente». Irene Nardi parecía el símbolo de la frivolidad, de la insensatez y del vicio. Ella pagaría por las otras.

Reía aún cuando depositó el paquete sobre la mesa.

— ¡Mis cartas!

Se lanzó febrilmente a cogerlas sin prestar atención al abrigo blanco que se deslizaba al suelo. Luego miró a su intelocutor, no queriendo dar crédito a tanta suerte.

—¡Están todas…! ¡Todas! — Las contó varias veces con dedos temblorosos. El grueso brillante de su dedo anular refulgía como un lucero —. Gracias — dijo roncamente —. Le doy las gracias, aunque no debiera dárselas. Pero me devuelve la vida. Aquí está «su» dinero. Es lo convenido.

El enmascarado hizo una burlona reverencia y se agachó para recoger las pieles. Despedían un aroma intenso, voluptuoso, que le hizo pensar en el «Cobalto» antes de la tragedia. Se lo puso delicadamente sobre los hombros.

—Adiós, «Ivor». Me despido… con el ferviente deseo de no volver a verle.

—Espero que sí…

— ¡ Cómo!

—No pienso perderme sus «ballets». ¡Es usted tan gran artista!

Rió ella, aligerada de la angustia de minutos antes.

—Mi futuro marido es algo celoso. No me dejará actuar. No crea que lo siento… Me abrumará con sus millones para compensarme… Buenas noches, «Ivor». ¡Hasta nunca!

No le tendió la mano. En el umbral de la puerta se volvió — visión radiante que contrastaba con el sórdido ambiente — e imitó la voz del «mago»:

—«…mi poder se basa en el Gran Genio que habita en mí. Yo puedo levantar las vallas de la ignorancia en que se debate el hombre y franquear las barreras que le separan de la felicidad completa…» —Lanzó una carcajada —. Adiós…, profesor…

Se quedó él junto a la puerta hasta que el sonido de los pasos se perdió en la escalera. Después corrió a la ventana para verla subir a su coche.

Otra vez estaban solos «Cara Quemada» y la anémica muchacha rubia.

Un reloj cercano dio dos campanadas.

Le miraba asustada, viéndole reír tanto, con las manos llenas de billetes. La capucha estaba en el suelo, como la vacía cabeza de un pelele.

—¡Cállese…! ¡Oh…! ¡Cállese!

Le zarandeó igual que él hiciera antes. Le tiró del pelo.

—¡Cállese…! Está borracho…

—¿Borracho…? No… Loco. Esta noche todos parecemos locos. Tú…, yo…, ella…, «Ivor»… ¿No comprendes que en el fondo… tiene gracia cuanto está ocurriendo…? Mira… Dinero… ¡Dinero! ¡Alégrate, estúpida, cara de muñeca…! Tú también tendrás tu parte… Podrás empezar a vivir de nuevo. Eres bonita… y joven —. Con mano torpe deshizo sus gruesas trenzas, mientras hablaba. Ella le dejaba hacer, incapaz de reaccionar. El cabello cubrió sus hombros como un manto dorado —. Aquí hay casi una fortuna. Y eso significa la Vida. Para ti puede ser… alegría…, amor… Para mí será Paz. Escucha… ¿Sabes lo que haré…? Regresaré a mi tierra. Sí. Tengo aún un trozo de tierra… allá, muy lejos, en el fin del mundo. Mi padre solía decir: «En la tierra está la verdad.» Volveré, buscaré la verdad. — Su voz se quebró en un sollozo e instintivamente rodeó los hombros de la chica con su brazo sano. Las lágrimas se deslizaban también por las mejillas de ella sin que tratase de contenerlas —. Aléjate de aquí. Un ambiente distinto proporciona un ángulo nuevo de la vida. Otro hombre te querrá, olvidarás esta locura y serás dichosa.

—Ese dinero no nos pertenece — murmuró con voz incolora.

—Es nuestro…, pequeña… Es nuestro. Un dinero de locos para locos. ¡Solidaridad humana…! Oye. ¿Es que nunca vas a sonreír? ¿Te asusta mi cara estropeada? Mírame por este otro lado. No estoy mal, ¿verdad? ¡Ea, ríete un poco! Es preciso que comprendas que todo ha cambiado. TODO HA CAMBIADO . Repítelo.

—Todo ha cambiado — dijo como un eco —. ¿Qué piensa usted hacer…? ¿Se irá ahora mismo?

—Sí. ¿Y tú?

—No tengo adonde ir…

—¿Careces de familia?

Asintió.

—Mi tía ni siquiera es mi tia. Soy una chica del asilo… — Súbitamente, con salvaje ansiedad, se agarró a la túnica azul —. ¡Lléveme con usted! No me deje en esta casa… Necesitará alguien que le ayude en la vida. Yo soy fuerte. Resisto mucho… Trabajaré de sol a sol. Eso es lo que deseo. Paz y trabajo. Le cuidaré, supliré la falta de su brazo impedido. Le querré como si fuera su hermana… «Soy» su hermana de infortunio… ¡No me abandone! Sería inhumano.

Inhumano. Humano. Palabras vacías. ¿Por qué entró tantas veces en el «Cobalto» a salvar a gente enloquecida? ¿Por qué golpeó luego con la botella a aquellos mismos seres cuando trataba de alcanzar la calle…? Se revolvió, enfadado.

—¡Déjame en paz! No quiero cargar contigo, ¿entiendes…? No me importan tus tragedias. Te daré la mitad del dinero y me olvidaré de ti. Mi hermana de infortunio… Eres una mujer y yo uñ hombre. Un hombre sin escrúpulos. Un ladrón. ¿No ves que me quedo con el dinero ajeno…? Y tú te ofreces a acompañarme al fin del mundo. ¿Aún no has escarmentado a pesar del «divino Ivor»? ¿Por qué sois tan estúpidas las mujeres?

Paseó por la habitación, deteniéndose de vez en cuando junto a ella.

—Un inagotable manantial de lágrimas. Eso es lo que eres —. Enrolló en uno de sus dedos un mechón de cabello dorado —. En resumidas cuentas, no debes atormentarte. No mataste a «Ivor». No tienes ese peso sobre tu conciencia.

La muchacha se cubrió el rostro con las manos.

—No lo sabe usted todo… Se cayó al agua al luchar conmigo.

—Ya lo dijiste antes.

—No sabía nadar… Me incliné a ver si podía ayudarle… Cerca de mí había una gran cuerda, sujeta a una anilla de hierro.

—¿Y bien…?

—Le tiré uno de los cabos. Pudo asirlo… Iba subiendo… subiendo… Al acercarse, sus ojos me miraban con más odio…, ferozmente… Me asusté… y entonces… — se detuvo, como si las palabras se negasen a salir de sus labios secos—, entonces… desaté el cabo de la soga sujeto a la anilla y lo lancé también al agua… para que el hombre no pudiera volver a tierra nunca. ¡Nunca!

Dieron las seis.

Trabajosamente acabó la chica de garrapatear unas letras para su tía.

—¿Está bien así?

Releyó él por encima de su hombro.

—Sí. Es preciso que no asocie mi marcha con la tuya. Deja la carta donde pueda encontrarla al levantarse. ¿A qué hora sueles abrir el portal?

—A las siete. Ella se despierta más tarde.

—Bueno. Coge alguna ropa, o lo que quieras llevar. Poca cosa.

—Sólo mi abrigo. Esperaré abajo.

Salió. El hombre guardó los billetes, repartiéndolos en los bolsillos. Trabajosamente se puso el abrigo y se encasquetó el abollado sombrero.

La vida era absurda. Absurda.

Cogió el «Libro de las Creencias» y rompió los dos paquetes de cartas que quedaban en el interior. Luego dio un furioso puntapié a la bola de cristal, que se hizo añicos. Flotaba algo inmundo en aquella habitación, algo que hablaba de ignoradas miserias humanas. Sintió un ligero escalofrío.

«…los objetos que han estado alguna vez en contacto quedan, después de separarse, en relación «simpática» transmitida por el éter…»

Se encogió de hombros con infinito cansancio, mientras echaba una última ojeada al retrato de «Ivor». Se quedaría para siempre con la curiosidad de ver lo que había bajo aquella odiosa máscara de seda.

Jamás podría explicarse el porqué de las cosas ni el secreto del más allá. Sólo Dios conocía el motivo impreciso que le obligó a detenerse ante la casa número 12 de la calle desconocida.

Cerró y bajó la escalera, procurando no hacer ruido. Oyó a lo lejos el canto del gallo y recordó las palabras de Irene Nardi:

—«…El canto del gallo anuncia el día y la llegada de la luz. Pon una cabeza de gallo en la casa del ciego y recobrará la vista…»

¡Luz! La necesitaban «Cara Quemada» y la chica de las trenzas rubias. Su hermana de infortunio.

Ya le esperaba impaciente en la penumbra del portal. No llevaba ningún equipaje… porque nada poseía.

Salieron a la calle. Había cesado la lluvia. Una débil claridad empezaba a poner de relieve los desiguales tejados de las casas.

Rió de pronto, con aquella risa amarga, peculiar en él.

—Tiene gracia, ¿sabes…? Ni siquiera sé cómo te llamas.

—Teresa — dijo sencillamente.

—Yo, Juan.

Ajustó el ala de su sombrero para que diera sombra a la mejilla abrasada. Luego cogió a la muchacha del brazo y echaron a andar.

El canto del gallo anunció otra vez la llegada del nuevo día…

REGALO DE NAVIDAD

—Navidad… Navidad…

El director gerente de los Almacenes Alfa contempló a través de los cristales del escaparate el anuncio luminoso que a intervalos se encendía y apagaba, deslumbrando a la agitada masa de transeúntes. Desde el interior de la tienda leía el anuncio al revés, y la rara disposición de las letras hacíale pensar en una extraña palabra rusa o húngara: dadivaN… dadivaN…

Primero se encendían las bombillas rojas anunciando al público que habían llegado los más alegres días del año, lo cual era preciso tener en cuenta y no dejar para última hora la adquisición de regalos navideños. Luego se apagaba la palabra Navidad, y las luces verdes hacían su aparición indicando que allí estaban los Grandes Almacenes Alfa. Por último, las bombillas blancas que cubrían los siete pisos del edificio lanzaban la noticia de la gran rebaja del 20 por ciento, obsequio de los almacenes con motivo del cincuenta aniversario de su fundación.

El gerente, con las manos en la espalda y los ojos semientornados, permaneció abstraído, ajeno al rumor de la gigantesca colmena que hervía en derredor suyo. Podía considerar como un triunfo personal la disposición de aquellos anuncios que indudablemente atraían gran clientela. Habían sido causa de grandes disputas con el jefe de publicidad, el cual se oponía al despilfarro eléctrico. Cierto que las cosas no andaban bien y que el año próximo sería inevitable hacer reducciones. Por el momento, era indudable que la afluencia de compradores compensaría el gasto.

De todos modos estaba seguro de que los Alfa saldrían a flote. Peores crisis habían afrontado desde su fundación medio siglo antes. Parecíale aún estar viendo el tenducho angosto y obscuro, situado en aquel mismo lugar, en el cual se instalara el abuelo Soto —que, naturalmente, entonces no era

abuelo, sino joven, fuerte y decidido —para vender objetos de escritorio. Recordaba, como si estuviera ocurriendo, su gran emoción al empezar a trabajar como chico de recados y las palabras bondadosas de Soto —el peso de cuya mano creía sentir todavía sobre el hombro:

—Aquí no hay aún recados que hacer, muchacho, y es preciso que luchemos para conseguirlos.

Aquel plural que los unía en un sentimiento de compañerismo, ligó para siempre al joven empleado con los Almacenes Alfa y su propietario.

Cincuenta años transcurrieron y la pequeña tienda transformóse en aquel enorme edificio que ocupaba toda una manzana de siete pisos y que contaba con un montón de sucursales repartidas por toda España… El abuelo Soto ya no existía, y el chico de recados convirtióse en un grueso anciano elegante y adinerado, en cuyos hombros descansaba el peso de aquel pequeño mundo comercial… Porque no podía forjarse ilusiones en lo que atañía a Soto el joven, nieto del fundador y presidente «oficial» de la casa, aunque tal presidencia sólo significara un título honorífico y un sillón confortable en la reunión anual de accionistas. No era que Soto el joven fuese un mal muchacho, pero sí una cabeza loca sin pizca de responsabilidad ni de juicio. Los Almacenes Alfa suponíanle una pesada carga de la que le compensaban los enormes ingresos que gracias a ellos afluían a su bolsillo. Por lo demás, el tal presidente sólo proporcionaba al director disgustos y preocupaciones.

Afortunadamente, todo iba a terminar por arreglarse. Veinticuatro horas después podría arrojar el peso de sus responsabilidades sobre otros hombres más fuertes… Soto II regresaba al fin de América, tras veinte años de estancia por lejanas tierras. El segundo de la dinastía era el hijo más joven de Soto el fundador y tío carnal de Soto III el joven. En vida del viejo, Soto II fundó en Buenos Aires otros grandes Almacenes Alfa que marchaban viento en popa bajo su exclusiva dirección. Ahora, a instancias del viejo gerente de la casa madrileña, Soto II decidió realizar el viaje a la Madre Patria para investigar lo que funcionaba mal en la casa. Esperábase su llegada de un momento a otro para hacer acto de presencia dos días después, en la gran fiesta con que los Alfa conmemorarían su cincuenta aniversario.

El gerente contempló la calle a través de la luna de uno de los enormes escaparates, empañada por un vaho pegajoso. La gente inundaba las aceras, andando apresuradamente, cargada de paquetes y de ramas de muérdago y acebo. Un grupo de golfillos cantaba a voz en grito la copla popular:

Esta noche es Nochebuena
y mañana Navidad.
Dame la bota, María,
que me quiero emborrachar.

Las Navidades poníanle siempre melancólico. Recordaba una por una todas las Nochebuenas de su vida. Las de la niñez, alegradas por la presencia de sus padres en un hogar modestísimo. No había en la mesa pavos ni turrones, considerados como un lujo imposible de sufragar, pero en cambio no faltaba la dulcísima sopa de almendras, de la cual solían preparar una gran olla para que sobrase y tomarla de desayuno al día siguiente, fría y espolvoreada de canela. El olor a canela recordábale siempre su infancia. Las Nochebuenas sucesivas fueron celebrándose en pisos más confortables, hasta llegar al hogar actual, situado en la calle de Serrano, en el que faltaba desde cinco años antes la compañía de su esposa. Los hijos casados y desperdigados por diversas poblaciones, tampoco podrían acompañarle y para evitarse unas horas tristes, el gerente proyectaba meterse en la cama en cuanto llegara a casa.

Anduvo lentamente por entre los mostradores de las diferentes secciones. Era curioso observar la febril actividad que atacaba a todos los empleados al acercarse su director. Algunos veíanle llegar y fingían no advertirlo, pero renovaban su amabilidad con los clientes. Realmente tenían que multiplicarse, dada la afluencia de público.

Se miró de refilón en uno de los grandes espejos que cubrían la pared y se inquietó al observar que iba echando vientre. Trató de disminuir el volumen y se miró de perfil, conteniendo la respiración. Decididamente estaba gordo. Aquello le desagradaba puerilmente.

Cruzó la sección de objetos para viajes y aspiró el olor a cuero de las maletas. Era su sección predilecta, porque le hablaba de viajes que nunca

pudo realizar. Ahora que Soto II iba a ocuparse de todo, se tomaría un descanso de varios meses. Eligió mentalmente la maleta que adquiriría —a precio de coste, por supuesto —, mientras su imaginación barajaba nombres exóticos: El Cairo, Constantinopla, Estambul… ¿O Estambul era lo mismo que Constantinopla…? No recordaba exactamente, pero sonaba mejor Estambul.

La música del altavoz instalado en el entresuelo atronaba y aturdía. Tenía que advertir que bajaran el diapasón. Se abrió paso por entre el gentío, oyendo retazos de frases sueltas:

—…sí, un marco para fotografía, que no sea muy caro…

—…no… claro que no. No soporto los perfumes fuertes…

—…guantes para caballero…

—Mamá… llévame a ver el Nacimiento…

El Nacimiento era una maravilla, instalada en la Sección de Juguetes. Apenas se podía circular por allí, a pesar de lo avanzado de la hora. La sección entera constituía un gran éxito. En ella habíase desbordado su imaginación y también la del decorador. Unas grandes puertas de cartón dorado parecían abrir paso a un mundo de fantasía, al cual eran Invitados a entrar por un Papá Noel de carne y hueso, contemplado por los chiquillos con delirante alegría. Era, en verdad, divertido ver actuar a aquel empleado, cuyo dinamismo sorprendió al gerente. Contaba chistes, acariciaba a los pequeñuelos, animaba a las mamás reacias y su entusiasmo no decaía ni un minuto. Las blancas barbas y el tradicional atuendo de paño impedían al gerente reconocerle. ¿Quién sería…? Tendría que preguntar al jefe de personal. Mentalmente tomó nota de aquel hombre, porque sabía aprovechar el talento de los que estaban bajo sus órdenes.

Cruzó las puertas doradas y se detuvo ante el mostrador de los cuentos, atendido por Blanca Nieves, la Bruja y el propio Lobo Feroz. La belleza de Blanca Nieves destacaba entre la fealdad de sus compañeros, y el gerente la miró complacido. Era una de las chicas interinas que los Alfa admitieron durante las fiestas y que el 7 de enero recibirían su paga y una atenta despedida.

A la «bruja» y el «lobo feroz» conocíalos muy bien, particularmente a la primera, que era una antigua empleada y una buena amiga suya. Si ella

misma no se hubiese brindado a actuar de bruja, nadie se hubiera atrevido a proponérselo, ya que se trataba de una jefe de sección a la que el año nuevo traería la sorpresa del ascenso a inspectora. Pero María era simpática y comprensiva. Él la distinguía particularmente. Muy particularmente. Llevaba varias semanas pensando en el mismo asunto, sin decidirse a ponerlo en práctica. Una voz interior le decía que María era una compañera apropiada para los últimos años de su vida, y también la misma voz le susurraba que su oferta sería bien acogida. Pero era un hombre tímido y María inspirábale un respeto absurdo. El proyecto continuaba siendo proyecto. Quizá no pasaría jamás de serlo.

Realmente estaba horrorosa con su disfraz de bruja, hablando en voz de falsete a los pequeños, que trataban de disimular el miedo. Por un placer morboso, preferían algunos que los sirviera la bruja y el lobo. En cambio, Blanca Nieves era elegida por las personas mayores.

La bruja alzó la cabeza y miró de reojo al gerente fingiendo no conocerle.

—¿No quiere un bonito cuento para sus nietos, caballero? ¡Vamos! Es preciso ser generoso en estos días de Navidad —dijo con voz chillona. Luego recobró su tono normal para añadir —: ¡Oh!, perdón, señor director. No le había reconocido. Estoy tan atareada que ya no sé ni lo que hago.

Todo era una pequeña farsa y él no lo ignoraba. María era capaz de reconocerle a un kilómetro de distancia. Pero sabía que aquello de los nietos le fastidiaba porque le hacia viejo.

Con forzada amabilidad repuso:

—Ya veo lo bien que actúa de bruja. Es maravillosa su adaptación al papel… —Tras de soltar el pullazo, añadió con honrada sinceridad —: Enhorabuena por su éxito. Me he informado de que esta sección está obteniendo la máxima venta y les felicito…

María le sonrió bajo su postiza nariz ganchuda.

—Gracias, don Ernesto. Se lo diré a mis compañeros.

La sonrisa le hizo ponerse colorado como un colegial cogido en falta y apresuradamente se alejó, rehuyendo después la sección de electricidad, en la que se había armado un alboroto al descubrir a una mujer que trataba de llevarse una lamparita portátil bajo el abrigo.

Al alejarse se dio de bruces con un botones.

—Señor director… El jefe de personal le está buscando hace rato. Creo que le espera alguien en su despacho.

El jefe de personal… Recordó de lo que se trataba. Lo desagradable del caso le hizo renegar en voz baja. Era un asunto que por lealtad a los Alfa quería resolver él mismo.

Tomó uno de los ascensores para dirigirse al piso séptimo. Desde aquella altura, asomado a la barandilla circular que se abría sobre el patio dirigió una última mirada al brillante espectáculo. No era obra suya exclusivamente, pero contribuyó a ella dedicándole su vida.

Suspiró y tuvo un nuevo recuerdo para Soto el Fundador antes de abrir la puerta de su confortable despacho y encararse con la atractiva personita que le aguardaba.

La muchacha incorporóse del sillón en el que estaba lánguidamente acomodada y dio un innecesario tironcito a su vestido rojo, que le sentaba a maravilla. Luego volvió a sentarse, exhibiendo generosamente sus esbeltas piernas.

—Buenas tardes, don Ernesto —dijo con cierto desparpajo—. Don Injusto me mandó para acá. —Don «Injusto» era el jefe de personal, cuyo nombre era Justo y al que algunos antepusieron irrespetuosamente la sílaba «in»—. ¿Tiene usted algo que decirme…? No puedo perder mucho tiempo.

Sin contestar inmediatamente, el gerente, atravesó la habitación y se instaló en su sillón giratorio ante la gran mesa estilo renacimiento. Apoyó los codos sobre la pulida superficie, se caló las gafas y uniendo luego los pulgares de ambas manos miró por encima de ellas a su vistosa interlocutora, guardando todavía silencio, a fln de pesar bien sus palabras.

—¿De veras tiene tanto trabajo, señorita Adriana? —dijo con calma, jugueteando con el pisapapeles—. Naturalmente, se habrá amontonado algo durante los ocho días que lleva sin aparecer. Pero me extraña, ya que yo mismo despaché algunas cartas esta mañana… Bien… La he mandado llamar porque tengo algo que decirle. Lamento darle una noticia poco agradable; me veo obligado a ello por su prolongada ausencia. No quise comunicárselo por carta, pensando que usted preferiría llegar a un acuerdo en una conversación… íntima.

—Caramba, don Ernesto… Cuánto preámbulo. Desembuche, por favor. No irá a declararme su amor, ¿verdad?

Don Ernesto tragó saliva y su nuez tuvo un movimiento descendente. Se dominó y descargó la bomba, sin dejarse arrebatar por tal descaro. Como si no hubiera oído la burlona frase, continuó en idéntico tono reposado:

—Ha sido usted destinada a una de nuestras sucursales de provincias, señorita Adriana. En atención a los… ejem… a los servicios prestados se le permite elegir la sucursal que más le agrade. —Calló un segundo para dar más fuerza a la frase final —: Naturalmente, puede usted elegir entre eso… o irse a la calle, considerándose definitivamente despedida de los Alfa. Su presencia no es grata en esta central.

Hubo una pausa tormentosa al apagarse la voz del jefe. Adriana Vargas descruzó las piernas y se pasó los dedos maquinalmente por su corta cabellera rojiza que aureolaba el rostro, prestándole extraño encanto. Luego se miró las uñas, tratando de recobrar la serenidad. Esperaba todo menos aquello. Desde hacía algún tiempo sabía que ocurriría algo, pero nunca semejante atrocidad. Era un atropello. Un verdadero atropello.

Carraspeó y fingió no oír bien para ganar tiempo.

—¿Ha dicho usted que…?

—Lo ha oído perfectamente. Cesa en el cargo de secretaria particular de nuestro presidente, y pasa a ocupar un empleo semejante al que tenía hace seis meses. Empleada de ventas. Claro que en provincias.

Adriana se levantó. La cólera hizo temblar su bonito cuerpo, cuyas curvas acentuaba el ajustado vestido. Inclinándose sobre la mesa de modo que don Ernesto pudo percibir el fresco olor de su aliento, dejó desbordar su ira.

—¿Cree que voy a consentir semejante marranada? ¡Una marranada! Eso es lo que son ustedes todos los de los Alfa, con su presidente a la cabeza. Unos marranos. Pero no crea que me asusta con su estúpida cara de buho. Armaré un escándalo y les pondré las orejas coloradas para que celebren su asqueroso medio siglo de fundación… —Se atragantó y tosió, cada vez más encrespada.

El gerente se quitó las gafas y jugueteó con ellas, disimulando una indiscreta sonrisa. El espectáculo le divertía. Durante seis meses, aborreció

cordialmente a aquella endiablada muchacha, cuyo descaro y groserías amargáronle muchas horas. Al fin veíala allí, haciendo el ridículo, perdido todo el control de sus nervios. Se recostó en el sillón, dominando una intempestiva gana de reír. No carecía de sensibilidad, pero tampoco podía compadecer a su enemiga. Fue evidentemente su enemiga acérrima desde que ocupó el cargo de «secretaria particular» del presidente. Hasta aquel momento sólo fuera una simple vendedora de la sección de deportes, pero en cuanto pisó el lujoso despachito, contiguo al despacho presidencial, se convirtió en la verdadera tirana de los Alfa.

La miró fríamente. Alterada por la ira ni siquiera resultaba bonita. Los grandes ojos verdes echaban fuego y los labios, admirablemente pintados, temblaban grotescamente.

—Domínese y no haga escenas, se lo ruego. No conducirían a nada. Insisto en que no se la despide. Simplemente se la traslada. No perderá ninguna de sus ventajas económicas. Al contrario. Hemos decidido… ejem… aumentar su sueldo en un veinte por ciento. Don Ignacio Soto es generoso.

Aquella última frase contribuyó a sacarla de quicio.

—¡¡Generoso!! ¿Se atreve a llamarle generoso… después de lo que ha hecho conmigo…? ¡El muy golfo! ¡El muy canalla…!

—Por favor…

—¿Cree que por ser el dueño de los Alfa va a disponer de la vida de sus empleados…? Me río de su asqueroso tenducho y de sus asquerosos jefes… ¡Granujas! ¿Un veinte por ciento…? ¿Va a compensarme eso de todas las ventajas… de todas las ventajas…? —Se detuvo no sabiendo cómo continuar la frase sin ponerse en evidencia. Pero don Ernesto la libró de tal molestia.

—…de todas las ventajas de que gozaba disfrutando de un cargo que no existía.

—¡¿Eh?!

—El señor Soto nunca necesitó secretaria particular… porque desgraciadamente no aparece por su despacho más que media hora cada semana, para leer tranquilamente el periódico. Por lo tanto, usted, para seguir su ejemplo, sólo acudía al trabajo diez minutos cada tres días, con

objeto de justificar el sueldo. Ignoro, por supuesto, si el señor Soto utilizaría sus servicios en horas extraordinarias. —Trató de quitarle malicia a la frase, pero no pudo. Era mostrarse altruista con exceso y la chica le resultaba insoportable.

Con el puño cerrado golpeó ella la mesa, haciendo tintinear el pisapapeles de metal.

—¡Viejo farsante! Siempre me demostró malevolencia. Está loco de alegría creyendo que he caído en desgracia, pero ya veremos quién de los dos se ríe el último. ¡Usted será el que saldrá de los Alfa, se lo juro! ¡Despedido de un puntapié!

Don Ernesto tragó a duras penas lo del puntapié. Conservó aparente calma limitándose a responder con un burlón: «Lo dudo», que acabó de derrumbar el espíritu de su contrincante.

—Lo duda, ¿eh…? ¿Cree que Ignacio ya no está enamorado de mí…? ¡Qué risa! Ignacio hará lo que yo quiera, con sólo mover un dedo.

—Lo dudo —repitió el gerente acentuando su sonrisa—. Mejor dicho, no lo dudo en absoluto. Estoy seguro de que nuestro presidente se enteraría con alegría de que había sido destinada a… Tananarivo… suponiendo que tuviésemos sucursal en la isla de Madagascar.

Adriana lanzó una risita falsa y decidió sentarse, en vista de que las piernas le temblaban lamentablemente.

—¿Está seguro de eso, querido buho?

—Completamente seguro, querida señorita. Creo recordar que el propio presidente mencionó Tananarivo como un lugar deliciosamente lejano. Si… O quizá fuera Yokohama… No sé. No estoy fuerte en geografía.

—Jamás me hará creer que…

Don Ernesto se encogió de hombros.

—El señor Soto me dijo esta mañana en conferencia celebrada a las nueve en punto: «Querido Ernesto. Despide de una vez a esa chica, y que no vuelva a darme la lata. Mándala a… ¡hum! —Creo que fue a Tananarivo —. Te doy carta blanca.» Yo podía haberla puesto de patitas en la calle. —Se rascó la barbilla con el pulgar, produciendo un ruidito a papel de lija—. Sí, quizá debiera haber hecho eso. Pero he preferido darle una oportunidad.

Se oyó el tictac del reloj colocado sobre una pequeña librería. Adriana trató de acompasar a aquel ritmo ordenado los latidos de su corazón. Tenía que armarse de sangre fría. Dejándose llevar por la desesperación iba a perderlo todo. Necesitaba utilizar su diplomacia y estaba comportándose estúpidamente. Respiró hondo, conteniendo los deseos intensos de cubrir de bofetadas la cara de don Ernesto y procuró encontrar el resorte de su sonrisa, aquella sonrisa que nadie sabía resistir. Lo encontró al fin. Cambiando bruscamente de actitud, se transformó en una dulce y resignada personita. Con estudiado gesto de infinita melancolía se dejó caer en el mullido sillón que don Ernesto ofrecía siempre a las visitas importantes. Luego sonrió entre lágrimas, sacando un diminuto pañuelo que se llevó a los ojos.

«Ahora empieza el segundo acto —pensó don Ernesto con la experiencia que le daban sus muchos años de lucha y su conocimiento de los individuos —. Pudiera titularse *La secretaria en desgracia.»*

En alta voz dijo:

—Vamos, vamos, hijita. No llore, y procure hacerse fuerte.

Adriana encontró a la vez el resorte de su dulce voz, que sabía llegar directa al corazón de los incautos.

—¡Ay, don Ernesto…! Perdóneme. Siento haberme enfadado tanto. He dicho inconveniencias… pero ¡es que soy tan desgraciada! Al fin y al cabo tengo un corazón como todo el mundo, ¿no? —Don Ernesto hizo un gesto que quería decir «exactamente».—Lo cierto es que… ¡estoy enamorada de él! A cualquier muchacha le hubiera ocurrido igual. Encontrar un jefe tan importante que nos distingue entre todas, que nos lleva a bailar y a cenar y que nos nombra secretaria particular, es para hacernos perder la cabeza.

—De acuerdo, hija, de acuerdo. —Con la funda de las gafas golpeó la superficie de la mesa—. Todo sería doblemente lamentable si usted no hubiese sido previamente advertida. Cuando el señor Soto ofreció trasladarla de la sección deportes a la secretaría particular, yo, personalmente y en este mismo despacho, le aconsejé que no aceptara, lo cual me valió su enemistad. Si, no intente negarlo. Aprecio a Ignacio Soto y a los Almacenes Alfa como si fueran cosa mía. Por eso he tratado siempre de que reinara entre jefes y empleados la mayor cordialidad. Vengo

haciéndolo así desde que me uní a Soto, el fundador, hace cincuenta años justos.

Adriana contuvo su impaciencia escuchando con fingido interés; teníanle sin cuidado los Almacenes Alfa, don Ernesto, Ignacio Soto y Soto el fundador, que llevaba muchos años bajo tierra. Sólo le importaba, desde que naciera, la suerte de Adriana Vargas, única y exclusivamente.

—Usted no ignoraba, porque yo mismo se lo indiqué, que en menos de dos años nuestro presidente había tenido siete secretarias particulares. ¡Hum! Es lamentable que Ignacio Soto tenga esa debilidad por las chicas bonitas. Casi diría que es su único defecto. Usted consintió en ser la secretaria número ocho, a sabiendas de que su reinado no duraría mucho. ¿O quizá creyó que tendría más suerte que sus compañeras? Ignoro lo que habrá ocurrido entre los dos. —Don Ernesto se puso repentinamente digno —. Quiero creer que, como en circunstancias anteriores, la cosa no habrá pasado de un simple flirteo. De lo contrario, mi actitud en estos momentos sería menos benévola.

Adriana volvió a llevarse el pañuelo a los ojos para que su interlocutor no leyera en ellos el odio que rezumaban. El intenso perfume de que el pañuelito estaba impregnado le hizo recordar que el propio Ignacio habíale regalado el frasco. Un gran frasco de la nueva esencia «Nosotros dos», que se vendía en los Alfa a quinientas pesetas el tamaño pequeño. Aquel detalle la hizo llorar de verdad.

—Yo soy una chica decente. Me había hecho la ilusión de que Ignacio se casaría conmigo. Una boda romántica y todo eso. Casi me consideré su prometida. Ahora tendré que soportar que otra chica ocupe mi puesto. ¿Puedo saber… quién es mi sustituta?

Don Ernesto oprimió un botón del transmisor telefónico y habló con la oficina de personal.

—Hagan el favor de enviarme a la nueva secretaria. —Cortó la comunicación y aconsejó a Adriana—: Seque esas lágrimas y arréglese el pelo. No tiene buen aspecto. Supongo que no querrá que la vean así.

Adriana requirió los servicios de su polverita y esperó ansiosamente a que se abriera la puerta para dar paso a su rival. Apenas pudo contener un

grito asombrado cuando la empleada de cabello canoso y gafas de gruesos cristales avanzó hacia el gerente

—¿Me ha llamado, señor director?

Don Ernesto, fingiendo no advertir el asombro de la joven, siguió hablando con toda naturalidad:

—Señorita Hernández. Voy a presentarle a la señorita Vargas, secretaria saliente. ¿Quiere usted hacer el favor de empaquetar las cosas de la señorita Vargas y mandarlas aquí? O quizá la señorita Vargas prefiera encargarse de ello personalmente… Sí. Ella irá a recogerlas.

Salió la nueva secretaria tras un leve saludo. Adriana aún no podía dar crédito a sus ojos.

—¿Ésa es… mi sustituta?

—Sí. ¿Le extraña? Esta vez no se trata de una nueva conquista, ¿verdad?

—Es viejísima y horrible. A prueba de tentaciones. —Se echó a reir desagradablemente.

—Una empleada eficiente que nos será útil. Lo cierto es, señorita Vargas, que muchas cosas van a cambiar en los Alfa. Incluso su presidente.

—¿Los Alfa no pertenecen ya a Ignacio?

—Espero que le pertenezcan siempre, si Dios nos ayuda. Pertenecen a Soto el joven y al llamado Soto el viejo, hermano de su difunto padre, que regresa de América. Él se preocupará de encauzar nuevamente nuestra casa. Un hombre de mucha energía. Estoy seguro de que meterá en cintura al sobrino. Por lo tanto, ante el solo anuncio de su inminente llegada, Ignacio ha decidido poner sus asuntos en orden. Nada de frivolidades en la oficina, ¿comprende? Ésta es la causa de su caída en desgracia. Al menos, la causa oficial. Bien… Pasemos ahora a elegir el punto de su destino. Descartado Tananarivo, en vista de que no tenemos sucursal, ¿a dónde querría ir? ¿Quizá a Toledo? ¿Guadalajara? ¿Badajoz?

Le miró, rabiosa.

—Allí no habrá ambiente. ¡No me marcharé si no voy a Barcelona o a San Sebastián!

Don Ernesto puso los ojos en blanco.

—¡Oh, San Sebastián! La Concha, los grandes hoteles, la crema internacional… ¿Decidimos San. Sebastián?

Adriana se levantó, sin poder aguantar más.

—Sí, viejo buho. Basta de farsas. San Sebastián y con un cincuenta por ciento de aumento. Está dicho. De lo contrario daré un escándalo. Le contaré a Soto el viejo todo lo que…

Don Ernesto agitó la cabeza riendo.

—Bien, hijita. Tendrá su cincuenta por ciento, pero concluyamos de una vez. Hoy es viernes. Mañana por la noche deberá salir para su nuevo destino. Le deseo que encuentre mucho «ambiente». Y grabe esto en su inteligencia de mosquito: Nada de cuanto pudiera decir a Soto el viejo alteraría su situación. —Se puso de pie, dando por concluida la entrevista —. Ahora lárguese. Puede echar un vistazo a su oficina para cerciorarse de que no se deja nada. Me refiero a alguna revista de cine o a cualquier frasquito de laca de uñas, que es todo lo que he visto en su cajón. Mucha suerte y buenas tardes.

El indefinible triunfo que podía advertirse en su tono, hizo que Adriana perdiera nuevamente el control…

—¡Ojalá revientes tú y tus Almacenes! Eres un viejo buho asqueroso y gordo. Asqueroso y gordo —repitió desde la puerta. Y luego cerro con un golpe tan fuerte que todos los objetos encerrados en la habitación se balancearon. Don Ernesto sacó un gran pañuelo inmaculadamente blanco y secó su frente humedecida.

—¡Deplorable! —comentó para sí con infinita calma. Luego, repentinamente furioso, añadió entre dientes—: Lo de «gordo» le costará caro. Irá a San Sebastián, pero la destinaré a la sección de fajas para señoras. Allí no es fácil que encuentre «ambiente». ¡Demonio de muchacha!

Dicho lo cual, abrió la ventana para ahuyentar el violento perfume de «Nosotros dos».

Adriana abandonó el despacho del gerente y anduvo de prisa por la amplia galería dedicando al viejo, en voz baja, los epítetos más rotundos de su vocabulario. Hubiérale gustado poseer en aquel momento una bomba atómica para hacer polvo el edificio entero de los Alfa, con sus empleados dentro. Aunque tratase de olvidarlo, hubo un tiempo en que soñó con que todo aquello fuera suyo. Claro que la ilusión duró sólo unas horas. Conocía bien a los hombres y en dos días se dio cuenta de que Ignacio Soto no

pasaría de ser un espléndido «flirt»… pero nada más. Ni boda, ni pasiones románticas. Simplemente un plan a la moderna, encerrándose en ese concepto de «plan» un montón de cosas más o menos agradables: comidas, bailes, regalos, y algunas cuantas escenas tiernas.

Ahora el telón acababa de bajar y ella, la dama joven, hacía mutis por el foro en dirección a… San Sebastián.

Se encogió de hombros tratando de calmarse y de adoptar una actitud filosófica. En resumidas cuentas, la cosa podría haber acabado peor si el viejo se hubiera atrevido a despedirla. Ignacio no habría acudido en su defensa, estaba segura de ello. Desde hacía ocho días, dejó de visitarla, dándole a entender en la última entrevista que todo había concluido entre ambos.

¡ Estúpido! Le odiaba aún más que a don Ernesto. La herida infligida en su vanidad era difícil de olvidar.

Bien. Pasaría una esponja por todo y trataría de divertirse en San Sebastián. Como recuerdo de su aventura le quedaban una porción de cosas bonitas: un impermeable fantástico, dos docenas de medias, un bolso de cocodrilo y unos zapatos a juego, dos trajes de noche, un echarpe de martas y un derroche de artículos de perfumería. Peor podría haber sido.

Entró en la pequeña oficina que ocupara raras veces durante seis meses y, sin dirigir una mirada a la feísima señora instalada en el sillón junto al escritorio, descolgó de la percha su elegante chaquetón de leopardo y se lo puso, encasquetándose luego ante el espejo el coquetón fieltro rojo. A través del cristal observó los ojos de la sustituta que la miraban curiosos tras las gruesas gafas de miope. Mientras se pintaba los labios, le hizo una mueca.

—Ahí están sus cosas empaquetadas —le dijo la otra simulando no advertir el gesto burlón—. Si le molesta llevárselas podríamos mandarlas con un botones.

—No me molesta, gracias —repuso con impertinencia—. Pero esto también es mió. —Descolgó el espejito veneciano, regalo de Ignacio—Y «esto» también. —Sin previa advertencia dio un tirón de la carpeta sobre la cual apoyaba sus cuartillas la nueva secretaria.

Asomó una expresión indignada al rostro poco agraciado.

—Es usted bastante mal educada —comentó serenamente.

—¡Qué me dice! Lamento serle antipática.

—No me es antipática.

—¿De veras, monada?

—Únicamente me inspira lástima.

Adriana se encaró con ella, irritada.

—¡Qué tierno corazoncito! Yo, en cambio, la admiro a usted. Estoy segura de que con su belleza conquistará en el acto al jefe. Sí, sí, no proteste. Lo conquistará ¡Ah!, y por supuesto… también embaucará al buho. Pero le conviene más el presidente. Es joven y por lo tanto más adecuado. Se casará, estoy segura. Ninguna de nosotras lo conseguimos, pero a usted le será fácil. Sólo con que le mire tiernamente por encima de esas gafas… Cuando sea la jefaza, acuérdese de que yo le predije el triunfo.

—¡Salga de la oficina!

Se había puesto de pie y con mano temblorosa le señalaba la puerta.

—Me iré cuando quiera. ¡Éste es mi despacho!

—Ya no lo es. En él mando yo, y le ordeno que salga… a menos de que prefiera que llame al director.

Adriana recogió velas, temiendo haber ido demasiado lejos.

—No sabe aceptar una broma.

—Hay bromas inaceptables. Márchese cuanto antes.

—¿Ya no le doy lástima?

—No. Tiene usted su merecido. Si las chicas jóvenes tuviesen más vergüenza y más dignidad, no pasarían luego por ciertas cosas… Pero es inútil moralizar con usted…

—No lo crea —se burló—. Me emociona la inclinación evangélica de las personas maduras que, hartas de engullir en el festín de la vida, predican el ayuno. Adiós, encanto. Me marcho renovada y espiritualizada. ¡Felices Pascuas, guapa!

Salió dando otro portazo y anduvo en dirección al ascensor.

—Piso bajo —indicó el botones, que se llevó la mano a la gorra con respetuosa familiaridad. Se había ganado buenas propinas llevándole paquetitos y flores a la guapa secretaria «reinante», que ocupaba el trono más tiempo que su antecesora. Dos meses más que la número 4, que hasta

entonces ostentara el récord de permanencia con cinco meses, dos semanas y tres días.

—¿Sale a la calle ahora, señorita Adriana?

—Sí, peque. —Aún no se sabía abajo que estaba destronada. Cuando lo supieran estaría ya lejos.

—¿Ha visto qué bonita está la fachada iluminada? He oído decir que para la fiesta del aniversario vendrá alguien del Gobierno. Están poniendo precioso el salón de actos. Lo que nos vamos a divertir.

—Ya lo creo.

—Habrá discursos y todo. Dicen que hablarán Soto el viejo, Soto el joven y don Ernesto.

—Será maravilloso. Menudos charlatanes.

Salió del ascensor, uniéndose al gentío del patio. Cuánto había soñado con aquella fiesta conmemorativa de las Bodas de Oro de la fundación. Por su cargo de secretaria del presidente tendría que haber ocupado un puesto importante en la mesa durante el banquete. Habíase hecho, con tal objeto, un vestido nuevo que era un sueño. Y ni siquiera podría lucirlo. Mientras sus compañeros se divertían, ella rodaría en un tren hacia San Sebastián. Desterrada. La secretaria reinante número 8, destronada.

Podía haber vuelto a la sección de deportes como hicieron sus antecesoras, regresando al punto de partida, pero tenía demasiada dignidad para aguantar aquello. Recordaba las burlas de que las anteriores «reinas» fueran objeto, incluso por ella misma. A la penúltima la llamaban todavía «Ex Majestad».

No. Imposible aguantar otro tanto.

Se abrió paso por entre la gente apiñada ante la sección de guantes. El ambiente enrarecido exhalaba una desagradable mezcla de olores: olía a sudor, a polvo, a desinfectante, a pasta de limpiar metales y a salchichas fritas, de los bocadillos que vendían en el bar del entresuelo. Miró a sus compañeras que atendían a los clientes con la sonrisa en los labios, disimulando tras aquella máscara la fatiga y las preocupaciones, las escaseces y los agobios. Cuarenta y ocho horas después aplaudirían con entusiasmo los discursos de Soto el viejo y de Soto el… mamarracho. La nueva y preciosa secretaria ocuparía en la mesa el puesto que debiera haber

ocupado ella. Imaginábasela con su cara de yegua vieja y su horrible pelo color rata.

—¡Me dan asco! —dijo desdeñosamente, alzando la cabeza para dirigir una última mirada al conglomeado humano. Allí estaba la vieja, asomada a la barandilla del último piso tratando de cercionarse sin duda de que se marchaba. La odió de pronto injustificadamente, haciéndola responsable de su fracaso. ¡Ridículo personaje! Le daría una lección.

—¿Cómo se llama esa monada? —preguntó, cogiendo por la manga a uno de los inspectores. Se trataba precisamente de Rivera, un antiguo admirador. Al ver que le hablaba, se esponjó.

—¿A quién te refieres?

Adriana señaló la figura del piso séptimo.

—A aquella vampiresa. Me han dicho el nombre, pero lo he olvidado.

Rivera miró a su vez. Equivocadamente creyó que señalaba a alguien del piso primero, que también se inclinaba sobre la barandilla.

—¿Esa «Blanca Nieves»? Entró hace unos días. Se llama Isabel Ferrán.

Adriana se dirigió hacia la salida, sufriendo empujones y codazos.

¿Isabel Ferrán? No se le olvidaría, ni tampoco olvidaría ella el bromazo que pensaba darle.

Salió a la calle y se perdió entre la multitud.

Isabel Ferrán se inclinó sobre la barandilla para mirar la hora del reloj central. Luego volvió a su puesto tras las vitrinas de la sección de cuentos. Ante el espejo repasó sus largas trenzas que colgaban a ambos lados de la cabeza y ahuecó las blancas faldas, ceñidas por un corpiño azul. Se volvió hacia una señora acompañada de tres chiquillos.

—¿Desean cuentos, señora? Aquí tenemos muchos. Pueden elegir.

Uno de los chicos tiró de la mano de su madre.

—Yo no quiero cuentos de hadas, mamá. Son idiotas. Quiero novelas policíacas con muchos tiros.

—¡Déjame en paz, niño! Eres un mocoso de nueve años y sólo te gustan las truculencias. ¿Qué te parece esta «Historia del hada Pelusilla»?

El chico dejó oír una risotada despectiva.

—¡Jo, jo, jo, jo! ¡El hada Pelusilla! ¿Por quién me has tomado? ¡A ver! ¿Dónde están «Las aventuras de William Percy, devorador de cadáveres»?

Me falta el tomo quinto.

Mabel se pasó la mano por la frente con gesto de fatiga, sintiendo la garganta seca. Estaba tan cansada que todo el cuerpo le dolía, desde la coronilla hasta la punta de los pies, calzados con zapatitos azules. Aún faltaba una hora de trabajo y temía no poder resistir.

Libros… Juguetes… Hubiera perdido la cuenta de los que había vendido de no tenerlo anotado en la matriz del talonario. Sus compañeras daban iguales muestras de furiosa actividad. Desde aquel sitio divisaba a Juanita, de «Perfumes», y a Maruja, de «Encajes», con caras de dolor de cabeza. Pepita, la de «Medias», se había mareado, teniendo que ser llevada a la enfermería.

Lo peor de todo era la música del altavoz. Según contaban las antiguas, habíanlo instalado tan sólo veinte días antes. A Soto el joven entráronle ímpetus renovadores ante el anunciado viaje de Soto el viejo, y además del altavoz cambió los uniformes de todo el personal femenino. El vulgar satén negro fue reemplazado por un bonito tono azul que favorecía bastante, pero que fue causa de que semanalmente se retuviera una pequeña cantidad de los sueldos para amortizar el gasto.

—Y maldita la gracia que me hace llevar bordado sobre el corazón el nombre de los Alfa, como si se tratase de la insignia de mi novio —había dicho Juani, la de «Perfumes», que cantaba las verdades al lucero del alba —. Estaré más guapa en la tienda, pero en la calle luciré los tacones torcidos. Tendrá que venir mi novio a comprar brillantina, para que me vea con mis nuevas galas.

Mabel no decía nada ni tenía derecho a quejarse. Aunque no estuviera disfrazada de Blanca Nieves, tampoco podría lucir el uniforme azul del que carecían las provisionales. Ardientemente lo deseaba, porque el traje azul significaría un puesto fijo en los Alfa y un porvenir despejado. Pero no se hacía ilusiones. No tendría la suerte de destacar y de que el próximo 7 de enero el jefe del personal la felicitara, ofreciéndole un empleo permanente. Aquellas cosas tan bonitas sólo ocurrían en las novelas o en las películas. La realidad le traería el despido al concluir las Navidades, con los consiguientes paseos de agencia en agencia, buscando trabajo.

¿Cuánto tiempo podrían resistir en aquella situación ella y sus hermanos?

«Hombretón», el mayor, de catorce años, había conseguido colocarse, pero el escaso sueldo no daba para vivir. Apenábale la modestia del empleo que le obligó a dejar los estudios para recorrer las calles de Madrid montando en una bicicleta como repartidor de «La Golosina», una pastelería recién inaugurada. A pesar de ello procuraba no desalentarle. «Hombretón» se consideraba feliz con su «bici» y con los pasteles que le regalaba el patrón de cuando en cuando. Además, sacaba buenas propinas. Gracias a ellas y a algún dinero que tenían ahorrado pudieron resistir durante los cuatro meses que llevaban en la capital, emancipados de la tutela de los tíos, gracias a la mayoría de edad de Mabel.

Al cumplir los veintitrés años, había comunicado a los lejanos parientes que se ocupaban de ellos desde la muerte de sus padres, ocurrida tres años antes, que pensaba abandonar con sus hermanos el vetusto caserón de Ávila para probar suerte en la capital. Sabía de antemano que nadie le haría objeciones, ya que para los dos ancianos, acostumbrados a la vida tranquila, constituían los tres sobrinos caídos del cielo una penosa obligación.

Contaban sólo con la pequeña paga de orfandad dejada por el padre y con un caudal de ilusiones que les hizo partir a los tres con la sonrisa en los labios y el firme convencimiento de que en menos de una semana habrían conquistado la Fortuna y la Gloria. «Hombretón» estaba seguro de que regresaría con un *Rolls Royce* a visitar a sus tíos.

Aquella seguridad disminuyó notablemente cuando pudieron advertir que las cartas de recomendación proporcionadas por algunos amigos no servían más que para procurarles corteses negativas. El escaso peculio disponible iba agotándose a ojos vistas.

Instaláronse como únicos huéspedes en casa de dos mujeres, madre e hija, viejas ambas, como viejo era cuanto les rodeaba, desde el modesto edificio situado en un lugar céntrico hasta los arcaicos muebles supervivientes de mejores épocas. La señora Álvarez era viuda de un guardia civil, y aparte de su hija solterona, tenía un hijo casado —también guardia civil— que habitaba en el cercano pueblo de Móstoles, y del cual hablaba a todas horas, poniendo al hijo por las nubes y abominando de la

nuera. Alquiló a los tres hermanos un par de habitaciones a un precio sorprendentemente módico.

El empleo de Carlos, familiarmente llamado «Hombretón» por ser el mayor de los dos varones, fue festejado con gran cantidad de saltos, volatines y gritos por parte de «Hombrecillo», el «peque» de la familia, diez años alegres, rebosantes de cariño hacia Mabel, «Niñita», como cariñosamente era denominada.

En aquellas estrechas habitaciones dejaron transcurrir los días hasta llegar a aquella primera Nochebuena solitaria.

La Virgen está tan guapa
con el Niño entre las faldas,
que si la Virgen no fuera
con ella la compararan…

El altavoz del patio emitía una serie de villancicos entonados por voces infantiles. Mabel se emocionó. La Navidad despertaba ecos de penas dormidas y angustia ante su gran responsabilidad. Los dos hermanitos dependían de ella y estaba segura de que aunque no lo dijeran sentirían también en aquel momento el mismo temor que la atenazaba.

La patrona y su hija habíanse marchado a Móstoles el día anterior y permanecerían allí durante todas las fiestas, por lo cual la casa entera quedó a su disposición. En el primer momento le alegró verse libre de la presencia algo fastidiosa de las dos viejas, pero ahora lamentaba quedarse sola aquella noche con los dos niños y con sus recuerdos.

—¿Está cansada? Ya va faltando menos.

La voz cordial de su compañera la «bruja» hízole salir de su ensimismamiento. Era una señora muy agradable, con la que desde el primer instante simpatizara. Poseía un rostro bello, orlado de cabellos de una blancura maravillosa. Según decía, habíalos tenido blancos desde muy joven. Le encantaban también su manos, finas y diestras, destreza que hubiera querido poseer. Notábase bastante torpe para envolver los objetos y a menudo presentaba a los clientes unos paquetes deformes, a pesar de que en casa ensayaba envolviendo infinidad de veces los libros de estudio de

«Hombrecillo». Doña María, comprendiendo su natural torpeza, procuraba ayudarla, pero no podía multiplicarse.

—Estoy un poco cansada —confesó—. Ya me acostumbraré.

—Podrá descansar mañana y pasado. Supongo que vendrá a la fiesta del 50 aniversario.

—¿Cree que las provisionales también estamos invitadas?

—Pues claro, hijita. No son ustedes tantas y los Alfa se sienten especialmente generosos en esta fecha. —Se interrumpió para atender a unos pequeñuelos que la miraban fascinados y sacó su voz de falsete—. ¿Qué deseáis, hijitos? ¿Cuentos…? No os asustéis de la bruja. No me apetece la carne humana. Hoy sólo quiero turrón, por ser Nochebuena. ¿No veis como mi amigo el lobo feroz tampoco come hoy niñitos? ¡Ea, cobardes, venid acá!

Mabel continuó trabajando, sin parar un momento, hasta que, desfallecida, se dejó caer sobre un pequeño taburete. Imposible resistir más. Se odió a sí misma por tal falta de energía mientras los ojos se le llenaban de lágrimas. Los chicos confiaban en ella y no servía para nada. Ni para un trabajo poco complicado como aquél. No estaba fuerte desde la última gripe. De vez en cuando aquejábanle desagradables desfallecimientos. Claro que tampoco comía cuanto necesitaba. Tenían muy poco dinero y el apetito de sus hermanos era impresionante…

En resumidas cuentas no había por qué desesperarse. Aún quedaba otra oportunidad. Los chicos le llamaban «La horrible oportunidad», y estaba representada por don Blas Izquierdo, un rico comerciante en granos, que, habiendo puesto sus ojos en Mabel, fue uno de los principales causantes de que Ávila se le hiciera odiosa y quisiera marchar en seguida a la capital, sobre todo al ver que su tío comenzaba a aconsejarle que le diera una respuesta afirmativa.

—¡«Niñita»! No consentiremos que te cases con ese viejo horrible —había gritado Carlos con el aplomo que le' daban sus catorce años desgarbados e inteligentes—. Anda como un pato, tiene unas manos gigantescas y además es calvo.

—Y se llama Blas —concluyó «Hombrecillo», como si aquel detalle lo hiciese doblemente despreciable.

También a Mabel le horrorizó la idea de casarse con el tratante en granos, que le doblaba la edad, aunque semejante boda significara un hogar confortable en Avila, un bienestar económico y un claro porvenir para los niños.

Ahora, con los pies doloridos, los ojos cansados y las manos heladas, no consideraba tan horrible a Blas ni al caserón de Avila ni a sus manos regordetas. Horribles eran, en cambio, la fatiga, el hambre y la soledad.

Ay del Chiquirritín
Chiquirriquitín
Metidito entre pajas.
Ay del Chiquirritín
Queridito del alma.

El altavoz seguía dejando oír su serie de villancicos.

A través de los ventanales observó que había comenzado a nevar.

¡Una verdadera Nochebuena!

«La Bruja» contempló de reojo a «Blanca Nieves» materialmente derrumbada sobre un asiento y suspiró con cierta conmiseración, tratando de suplirla para que el inspector no se diera cuenta de su falta. Porque se consideraba una falta el sentarse durante el trabajo, y si tenía alguna probabilidad de quedar fija, aquello se la quitaría.

Verdaderamente el jaleo era horroroso. Ella misma se sostenía en pie gracias a sus nervios. Sus nervios, que, como alambres eléctricos enviaban continuas descargas desde el cerebro hasta los pies, sacudiéndola de arriba abajo. Obraba como un autómata y gracias a estos bienhechores nervios, ni siquiera sintiera el dolor con fuerza, durante la tarde. Posiblemente volvería a notarlo por la noche y no la dejaría descansar. Era un dolor agudo, amargo y sin consuelo, que la paralizaba de medio lado casi por completo.

¡Y pensar que hasta dos días antes no le concediera la menor importancia! Ahora convertíase en una horrenda pesadilla, de la que ansiaba poder despertar, encontrándose optimista como siempre.

—Seguramente será mi última Nochebuena —pensó sintiendo infinita lástima de sí misma. Nunca habíale parecido la vida tan deseable como en

aquel momento en que se consideraba condenada sin remedio.

Morir, cuando por fin había llegado a la cima del camino emprendido, dejando atrás luchas y dificultades y teniendo ante la vista un porvenir tranquilo, largo tiempo deseado… Sabía que en la nueva nómina de los Alfa figuraba su ascenso a Inspectora, empleo que le proporcionaría un sueldo ventajoso y un trabajo muy escaso. Con sólo dos años más de permanencia en el cargo, tendría derecho a retirarse con una pensión muy decentita; había hecho unos ahorros y tenía los ojos puestos en la compra de una casita en la «Ciudad Jardín», donde pudiera dedicarse a cuidar sus flores y a criar gallinas. Éstas eran sus ambiciones de solterona, suponiendo que…

Pensó en don Ernesto y el recuerdo le fue terriblemente doloroso, porque aquella otra esperanza que apenas osara acariciar tenía que descartarse definitivamente.

Que horrible Nochebuena le esperaba… Si al menos no hubiera hablado del dolor a su vecino el estudiante de Medicina, continuaría ignorando por el momento la sentencia que pendía sobre su cabeza. Pero ahora ya estaba enterada de que tenía un mal incurable.

El vecino era un estudiante de sexto curso y habíase ofrecido amablemente a reconocerla. María recordaba con horror su gesto de dolorosa sorpresa al ir dándole detalles y antecedentes del mal.

Por sus respuestas, y casi de golpe, había comprendido que padecía de un cáncer incurable que en pocos meses la llevaría a la tumba.

Desde aquel instante, el mundo entero pareció cambiar de aspecto. El sol no calentaba, las voces de los amigos que antes apreciara parecían llegarle desde muy lejos, los pequeños detalles caseros que le encantaran, aburríanle absolutamente y las Navidades, para las que hiciera grandes proyectos, presentábansele como un fastidio.

Generalmente pasaba las fiestas en casa de su hermano casado y de sus sobrinos. Pero aquel día buscó un pretexto para librarse de ellos. Sentía haber lastimado a su cuñada con tan repentina negativa, pero no podía resistir la turbulenta alegría de sus ocho sobrinos, el mayor de los cuales contaba veinte años y lo arreglaba todo bailando rumoas con la vieja tía.

Prefería estar sola en su cuartito de la pensión que ocupaba desde tiempo inmemorial.

Se miró en el espejo interior de una vitrina y se encontró grotesca con su disfraz de bruja, que en otro momento considerara una divertida broma. Profundas ojeras surcaban sus ojos, y bajo la nariz de cartón, notaba la suya convertida en un sorbete. Tenía las manos heladas y los labios secos, y de buena gana habría subido al bar a tomar un café caliente. Pero no podía separarse del mostrador porque el «Lobo Feroz» habíase alejado para telefonear y «Blanca Nieves» estaba exhausta.

¡Exhausta con su envidiable juventud y la indudable salud que le permitiría vivir años y años…! ¡ Con qué gusto se habría cambiado por ella a pesar de su carita tristona y de no ser más que una interina, con perspectivas de quedar pronto sin trabajo!

Morir… Cuando se estaba sana, pensar en la muerte producía a veces extraña delectación. Ella misma, cuando la vida se le mostró excesivamente dificultosa, había clamado a menudo por acabar de una vez. Pero ahora la cruel realidad hacíala enloquecer de espanto…

Al día siguiente sabría de cuántas semanas podría aún disponer. A pesar de ser Navidad, consiguió una entrevista con un viejo amigo de la familia, médico eminente, que la recibiría a primera hora. Él le diría lo que aún podría durar, poco más o menos.

Faltaban veinte minutos para concluir la jornada de trabajo. Arrepentíase de haber decidido pasar sola la Nochebuena. Hubiera sido mejor tratar de olvidar y de aturdirse. Podría acudir a un café y cenar allí. O quizás a un gran hotel. ¿Por qué no? ¿De qué iban a servirle sus ahorros? Los sobrinos se los gastarían en dos días cuando heredaran.

Sí. Era una buena idea lo del hotel lujoso, aunque no fuese su ideal, tratándose de una fiesta tan hogareña. Iría a cenar al Ritz. ¿A quién podía importarle? Claro que sería aburrido cenar sola. Y algo desairado. De buena gana invitaría a alguna compañera, pero todas tendrían ya hechos sus planes, como era lógico. ¡Si se atreviera a decírselo a «Blanca Nieves»! Quizá le tentara la idea de una buena cena, porque no parecía andar muy sobrada de dinero. Suponiendo que su familia se lo permitiera…

La miró de reojo. Otra vez se había incorporado sacando fuerzas de flaqueza y en aquel instante envolvía dos lujosos cuentos haciendo un horrible paquete.

Sí, la invitaría a cenar. Era casi seguro que le daría una negativa, porque tendría padres y hermanos que desearían su presencia en fecha tan señalada. Pero no importaba. Probaría suerte. Si fallaba, cenaría sola. Sola… Nadie la echaría de menos, ni siquiera sus sobrinos, a los que figurábase oír comentar en el tono burlón con que los jóvenes mencionaban siempre a las solteronas maduras:

—¡Caramba! ¡No ha venido tita María! ¡Está hecha una locuela!

Sí. Absolutamente sola. Todas sus convicciones acerca de las ventajas de que disfrutaba una mujer soltera bien acomodada, veníanse abajo estrepitosamente.

Era horrible la prespectiva de pasar las horas esperando que la atenazara el dolor…

Ignacio Soto detuvo el coche ante la iluminada puerta de los Alfa y atravesó rápidamente la acera porque la nieve caía con fuerza.

El barullo del patio central, la aglomeración y el atronar de la música le dejó un instante en suspenso. Luego se sacudió alegremente, como un cachorro que hubiera mojado sus lanas, y sonrió, pasándose la mano por el reluciente cabello.

— ¡Esto está bien, caramba! —murmuró entre dientes—. Francamente bien. Quisiera que el viejo tío pudiera verlo. Los compradores llenan los Alfa… Pero los dividendos siempre bajando. Son cosas que no me explico.

No se lo explicaba ni tampoco se preocupaba de indagar. El Debe y el Haber eran dos pesadeces que no convenía tomar en serio. Personalmente aborrecía las cosas serias aunque ahora le fuese necesario asumir cierto airecillo de gravedad para que el insoportable tío argentino le diera su aprobación. En realidad no le importaba un pepino la aprobación de Soto el Viejo. Pero había interés —el director gerente los llamaba con voz engolada «sagrados intereses»— de por medio, y lo cierto era que los Alfa dieron un considerable bajón que comenzó a alarmarle. Aquel año sus gastos particulares superaron tanto a los ingresos, que una buena mañana tuvo que darse a sí mismo la voz de ¡alto! Como primera medida optó por romper inmediatamente con todas aquellas amiguitas que empezaban a ser costosas y molestas. La tarea no fue fácil, por supuesto. Pero según su costumbre,

cuando se trataba de algo desagradable, les largó «el mochuelo» a los amigos mientras él iba pasar una quincena a La Berzosa. A su regreso, aquella misma mañana, se instaló ante el teléfono para ir recibiendo las tranquilizadoras noticias.

A. Lolita se había marchado furiosa a Barcelona desalojando el pisito de la Gran Vía, que le salía por un ojo de la cara.
B. Mari-Julia, conseguido el contrato de cine que un director amigo de Ignacio le brindara a instancias suyas, había salido, ¡qué felicidad!, rumbo a Guinea, donde actuaría de venus de la selva.
C. Adriana —según informes urgentes recibidos diez minutos antes— acababa de dejar el campo libre.

Todo lo cual era motivo de que le animase un grato optimismo en aquella alegre Nochebuena. Incluso se sentía rejuvenecido al echar fuera aquel peso muerto de las tres chicas que eran demasiado «vivas». Naturalmente, estuvo enamoradísimo de ellas, en su momento. Pero la capacidad sentimental tenia un límite. Tranquilizaba su conciencia el llamar sentimentalismo a algo que tenía otro nombre, pero no era excesivamente escrupuloso al juzgarse a sí mismo.

Se miró de refilón en uno de los espejos de las vitrinas y se sintió complacido de su propia imagen. Tenía mejor aspecto gracias a la tranquila quincena pasada en La Berzosa. Había engordado algo, lo cual le hacía mucha falta. El excesivo ajetreo de la vida madrileña púsole desmejorado y ojeroso.

—Indudablemente, debo sentar cabeza —se dijo con cómica seriedad—. Tengo veintinueve años y quizá debiera casarme.

La idea le hizo tanta gracia que se echó a reír. Para disimular su intempestivo regocijo, se inclinó ante el mostrador de objetos para regalos y cambió de lugar una chuchería, lo que le valió una severa mirada del inspector de sección, que no reconoció al jefe supremo.

No era extraño que no le reconocieran. Nunca se dejaba ver por los almacenes. Las pocas veces que acudía al despacho, subía por una entrada particular y salía del mismo modo. Sus visitas al patio central hiciéronse peligrosas desde tiempo atrás, por culpa de los inocentes flirteos que

sostuvo con varias chiquitas de los Alfa. Qué pesadas se ponían las mujeres. Soñaban con amores eternos, sin comprender que las pasiones eran siempre efímeras, desde el momento en que eran pasiones.

Había leído en algún libro que cada siete años el cuerpo humano se renovaba hasta la última partícula. Siendo así, ¿cómo era posible que el corazón, que era un órgano tan vulgar como el estómago, retuviese cosas que el resto del organismo desechaba? Cuando era niño, tenía verdadera pasión por los salmonetes al horno. A los quince años empezó a perderles afición y en la actualidad, la vista de un salmonete le hacía huir asqueado. Esto se debía, sin duda, a que su magnífico estómago actual, nada tenía que ver con aquel otro estómago infantil, que habíase renovado cuatro veces íntegramente. Entre el corazón y el estómago no había por qué establecer diferencias y su despego hacia ciertas chicas asociábalo con su experiencia respecto a los salmonetes.

Continuó abriéndose paso entre la gente, pidiendo perdón cuando se veía obligado a empujar a alguien y sonriendo estoicamente al recibir un pisotón. Sentíase lleno de ternura hacia su prójimo, el cual respondía con sonrisas a sus cordiales sonrisas, porque era imposible resistir su encanto cuando se proponía hacerse simpático. De ello podían dar fe, sin salir del edificio, muchas personas que dejaran su corazón prendido de aquella sonrisa que hacía brillar unos dientes blanquísimos y despedir chispitas a los ojos sorprendentemente grises.

Observó Ignacio que la corriente le empujaba hacia la sección de perfumes y trató de cambiar de rumbo. Había tenido un asuntillo con Quinita, una rubia imponente, que vendía lacas para las uñas, y, como de costumbre, el romántico idilio acabó de un modo brusco. Quinita era buena y habíase resignado. Precisamente por eso Ignacio se sentía incómodo ante ella.

Sí… Allí estaba. La vio desde lejos con sus largas melenas flotantes y su cuerpo escultural moldeado por la seda azul del nuevo uniforme. Fue una gran idea lo de los uniformes azules, inspirada con la última revista de Martín, en la cual salían unas chicas de conjunto con trajecitos semejantes. Claro que mucho más cortitos y más… en fin, más fívolos. La adaptación al género serio había quedado muy aceptable.

—Muy aceptable —insistió mirando a Quinita desde lejos. Francamente preciosa. Sintió una punzada sentimental que reprimió acto seguido recordando al fastidioso tío—. ¡Formalidad! —se dijo tristemente—. ¡Debo convertirme en el ejemplar modelo de sobrinos austeros!

Tarareó a compás de la radio y se detuvo como un chiquillo más a contemplar a Papá Noel.

—No está mal la idea —pensó—. Siento que no se me haya ocurrido a mí. —Observó el trabajo del hombre, que se multiplicaba animando a los papás con frases ingeniosas—. Un tipo interesante —murmuró coincidiendo, sin saberlo, con don Ernesto. Pero lo olvidó al punto, deslumbrado al enfrentarse con «Blanca Nieves», cuya belleza le hizo quedar boquiabierto por espacio de varios segundos.

Con una sola ojeada de hombre conocedor de la materia lo advirtió todo: el brillo de la suave cabellera negra, los ojos un poco almendrados, la naricilla respingona y la boca ancha, perfectamente dibujada y sin rastro de carmín.

—Una verdadera «belleza en flor», como diría Proust. Fragante y natural, sin haberse despertado aún. Ignora todo lo bonita que es. Me gustaría hablarla. —Insensiblemente se acercó, como atraído por un imán, y quedó parado ante ella viéndola sonreír y moverse—. Es preciso que sepa cómo se llama —decidió. Pero en seguida, recordando su reciente promesa de convertirse en hombre serio, dio media vuelta. Casi a la vez la muchacha le habló.

—¿Desea cuentos?

Una voz pastosa y grave, de las que a Ignacio le gustaban. Shakespeare dijo de una de sus protagonistas: «Tenía una voz grave y baja, inapreciable regalo en la mujer…» un hombre listo el tal Shakespeare.

—Éste es un cuento precioso, que gusta mucho a los niños —insistió la vendedora tendiéndole uno.

Un diablillo tentador le incitó a contestar:

—Si he de serle sincero, no tenía intención de comprar cuentos, pero… —se la quedó mirando con fijeza— he cambiedo de opinión… Me ha hechizado «Blanca Nieves». Quisiera llevármela. —Sonrió, viéndola sonrojarse, y se ratificó en su idea de considerarla una fruta un poquitín

agridulce, necesitada de sol para estar a punto. Podría ser a aquel «sol»—. Me refiero al cuento de «Blanca Nieves», naturalmente —concluyó con malicia—. Es una nueva edición muy bonita. ¿Quiere alcanzarme un ejemplar? Gracias. Sí. Me lo quedo.

Pagó y se alejó muy serio, lamentando no poder intimar con ella y maldiciendo al tío de Argentina.

Había prometido cambiar impresiones con don Ernesto para averiguar la fecha de llegada del viajero, y se dirigió hacia el ascensor. Una vez dentro, olvidó a «Blanca Nieves», porque la presencia de una opulenta dama envuelta en un abrigo de visón le hizo pensar que las mujeres maduras tenían un extraño encanto.

Al salir en el piso séptimo guiñó un ojo al botones y le regaló el cuento recién adquirido.

El hombre disfrazado de «Lobo Feroz» se acercó a su compañera «La Bruja» y se excusó por molestarla nuevamente.

—Por favor. Sólo un momento. Tengo que volver a telefonear. Siento dejarla con tanto trabajo. Se hace usted cargo, ¿verdad?

«La Bruja» lo comprendía perfectamente. Agitó la cabeza animándole y «El Lobo» salió del cuadrilátero de los mostradores de cristal y se abrió paso fácilmente por entre el conglomerado de chiquillos que retrocedían asustados. Reían las mamás, con risita aguda, nerviosa. Realmente era un poco impresionante el disfraz.

Había insistido en actuar de «Lobo»; solían pagar por ello una buena gratificación, que en las circunstancias en que se hallaba vendríale muy bien. Tenía grandes dotes de actor y en la compañía teatral de aficionados de los Alfa correspondíanle siempre los papeles de responsabilidad.

El día anterior hizo reír a su mujer hasta saltársele las lágrimas, ensayando en casa las tonterías que pensaba hacer. Por cualquier cosa estallaban las risas en aquel diminuto piso, en el que Mati y él instalaran su hogar diez meses antes. En cambio, aquella Nochebuena estaría vacío y hostil, y las risas de Mati no volverían a oírse durante algún tiempo suponiendo que todo fuera bien…

Entró en la cabina telefónica y se despojó de la cabezota de cartón. Marcó un número con los dedos mojados de angustioso sudor.

Oyó la señal de que al otro lado del hilo comunicaban. ¡Era espantoso! En aquel hospital no descansaba el teléfono un minuto. Nuevamente repitió la llamada con idéntico resultado.

Con la manga de felpa marrón que imitaba la piel de lobo se secó la frente. Sudaba a mares a pesar del frío reinante, y se mordisqueó las uñas, nervioso, viendo a través del cristal de la puerta a la atareada doña María sin poder dar abasto a la tarea. Si pasaba el inspector y notaba su falta, recibiría una reprimenda mayúscula.

Volvió a marcar. Con infinito alivio oyó, al fin, una voz al otro lado del hilo. Una voz monótona, sin timbre, pero que le reanimó instantáneamente.

—Aquí el hospital de Maternidad.

— ¡Por favor…! ¡Oiga… por favor! —Se aturullaba y tragó saliva varias veces—. ¿Podría saber cómo está la paciente de la cama 51?

Siguió una ligera pausa, durante la cual oyó, lejana, la misma voz monótona que se informaba por la centralita interior.

Los latidos de su corazón aumentaron de intensidad. Y después, al fin:

—La paciente de la cama 51 se encuentra igual.

Se sintió sacudido por un escalofrío a lo largo de la columna vertebral.

— ¡¡Cómo!! ¿Aún no… no ha habido… novedad…?

—Ninguna novedad.

Se cortó la comunicación. Pero él continuó agarrado al auricular porque hubiera deseado saber más. Necesitaba saber si sufría mucho, si su vida peligraba y si aún duraría aquello varias horas. Imposible seguir con la misma zozobra que le tenía como idiotizado y pegado al teléfono.

Salió de la cabina tambaleándose. Mati no podría resistirlo. Era tan delgadita, tan poquita cosa… ¡Santo Dios! ¿Y si no pudiera, si no pudiera? Entonces él tampoco querría vivir. La vida sería una horrible carga sin ella.

¡Mati! Todo su corazón clamaba por verla, por compartir sus dolores, ya que también compartieran los maravillosos proyectos sobre la llegada de aquel hijito tan ansiado. Ni siquiera podía estar junto a su lecho, porque el reglamento del hospital lo prohibía. Y lo peor de todo, lo que iba a acabar

por enloquecerle, era aquella angustiosa espera y la implacable frase: «Todavía no hay novedad».

Veinticuatro horas de tensión nerviosa, de repentinos optimismos o de crueles desfallecimientos.

— ¡No es posible que resista tanto…! ¡No es posible que resista tanto…!

Hablaba en voz alta de puro excitado, sin darse cuenta de que llevaba en la mano la cabeza del lobo. La risa de unas muchachas se lo hizo notar y volvió a ponérsela de un manotazo, agradeciendo que aquello le permitiera ocultar las lágrimas que brotaban a pesar suyo.

«La Bruja» le preguntó:

—¿Algo nuevo?

Desesperado, negó con un gesto, repitiendo insensiblemente la odiosa frase:

—No hay novedad.

Luego volvió a atender a los chiquillos, que se burlaban del temible «Lobo Feroz».

«Papá Noel» dobló su traje de paño rojo, recogió las botas, las barbas y la peluca y entregó todo a la empleada del guardarropa, que lo acogió con una sonrisa.

—¡Buena tarde ha tenido usted! Todo el mundo hablaba de su trabajo. Creo que debo darle la enhorabuena porque hasta los jefes se han fijado. —Le contempló con admiración—. Debe de tener costumbre de estas cosas, ¿no?

—¿Costumbre…? Nada de eso. Lo que pasa es que me gustan los pequeños y sé cómo hay que divertirlos. Yo también me he divertido, palabra. —Abrió el grifo de un lavabo y bebió agua a grandes sorbos—. Pero tengo la garganta seca.

—¡Y tan seca…! ¡Si no ha parado un momento! Yo misma he subido a verle, y me parecía estar en el teatro. Segura estoy de que le darán un empleo fijo. Se lo garantizo. Junto a mí estuvo más de diez minutos don Ernesto mirándole con la boca abierta. Y don Ernesto es el «Todopoderoso» de los Alfa. Ya verá como le dan el empleo. Ya lo verá.

Rió su interlocutor del entusiasmo que demostraba.

—Así sea. Lo cierto es que todo el mundo ha trabajado hoy de firme. Buen día para los Soto. ¿Cuánto dinero se habrán embolsado…?

— ¡Hum! A juzgar por lo que se oye decir, no todo son ganancias. Y, además, que no siempre se vende tanto. Hay semanas que apenas nos movemos. Dicen que si crisis y que si no crisis. Cualquiera sabe. Lo que yo sé es que hay empleadas que se pasan la tarde acicalándose en los lavabos. Eso demuestra que no tendrán mucho quehacer.

Papá Noel se sacudió algunos pelos blancos que ensuciaban su americana y rehizo el nudo de la corbata mirándose en un espejo roto.

—¡Oiga! No se mire ahí… Son siete años de mala suerte.

Pero él se encogió de hombros riendo. No creía en supersticiones y sólo confiaba en sí mismo y en su capacidad combativa ante la vida, cuyas dificultades supiera soslayar.

—¡Vamos, papá Noel! No me haga padecer y mírese en este otro. Por cierto. ¿Cómo se llama?

—Juan. ¿Por qué?

—Por nada. Es que todo el mundo le llama «Noel» y… Espere que cepille ese pantalón. Aquí todo coge un polvo..

Juan se dejó cepillar. Estaba acostumbrado a encontrar siempre en su camino seres amables y cordiales, quizá porque su lema fuera el de sonreír a la vida, para que ésta le devolviera su sonrisa. Nada le hacía perder el buen humor; ni siquiera aquella dura jornada de trabajo, al concluir la cual no sentía el menor rastro de fatiga. Disponíase a pasar una noche alegre, emocionante, porque no tenía a done ir, y lo fiaba al azar. Zascandilearía por las calles, a pesar de la nevada, creyéndose un verdadero Papá Noel… Charlaría con los bulliciosos grupos de noctámbulos, cenaría en cualquier sitio y acudiría después a la solemne Misa del Gallo, que siempre le impresionaba, renovándose su espíritu a los ecos de la música litúrgica. Y más tarde regresaría a su solitario cuartito, donde nadie le esperaría y se dormiría leyendo y fumando.

Canturreó, alisándose el cabello ante el espejo roto. Un cabello negro, en el que ya podían encontrarse algunas ligeras canas. Bajo la frente ancha lucían los ojos claros, que destacaban en el rostro muy curtido. La fuerte barbilla denotaba extraordinaria firmeza, y las pocas veces que la boca

perdía su sonrisa todo el rostro adquiría inusitada expresión de seriedad. Una seriedad que, por contraste, producía más impresión.

El hombre se volvió en redondo, viendo entrar a «Blanca Nieves» y a «La Bruja» despojadas de sus disfraces. Aunque apenas cambiaran algunas palabras hasta aquel instante, las saludó amistosamente.

—Felices Pascuas.

—Felices Pascuas…

«Blanca Nieves», sin su vestido peculiar, continuaba siendo toda una belleza, que no conseguía deslucir el modesto abrigo negro. Sonrió mientras anudaba sus largas melenas sobre la nuca.

Por su parte, «La Bruja» era ahora una agradable mujer de mediana edad, con cabellos maravillosamente blancos y sonrisa bondadosa.

—¿Piensa comer mucho turrón esta noche, doña María?

—No lo probaré siquiera.

—¿Cómo es eso?

—El turrón tomado a solas en Nochebuena tiene un sabor agridulce. Y «Blanca Nieves» no quiere acompañarme a cenar, a pesar de que la he invitado.

La muchacha se volvió, apenada.

—Si viera cuánto lo siento. Si no fuese por mis hermanos… Son dos peques y están solos en casa… Pero todo podría arreglarse si usted aceptara el venir conmigo. No tenemos una cena exquisita, pero al menos no estará sola. Luego la acompañaríamos a su casa. Dígame que acepta…

—No puedo, querida. Pero se lo agradezco. Echaría a perder la fiesta de sus hermanitos. Las Nochebuenas suelen entristecerme y la de este año particularmente, sin saber por qué.

—¿Quién habla de Nochebuenas tristes? —El hombre lobo, despojado también de su traje de fiera, intervino en la conversación—. Desafío a que nadie pase una noche como la mía.

—Hola, Jiménez. ¿Mati sigue igual?

Mati, la mujer de Jiménez, había sido la más bonita y alegre dependiente de la seción de medias hasta aquel día, diez meses antes, en que su compañero Jiménez, de la sección de calcetines, la llevó al altar. Ahora, todos los empleados de los Alfa estaban interesados en si sería niño o niña.

Pero hasta aquel instante, nada. Sólo una angustia pavorosa mal disimulada por el tonillo de broma.

—La cigüeña se retrasa

—Se habrá detenido a descansar en la torre de alguna iglesia.

—Estoy seguro de que llegará esta noche —dijo Jiménez, no pudiendo resistir la duda sobre punto tan serio— Pero hasta que llegue…

—¿Por qué entonces no me acompaña a cenar? —insistió doña María luchando a brazo partido contra su terror a quedarse sola—. Iremos donde usted quiera. Le invito.

Jiménez titubeó.

—Mil gracias… Se lo agradezco… No podría pasar bocado. ¡No! Imposible. No puedo estar quieto un minuto. Son los nervios, ¿comprende? Estoy destrozado. Nunca me había ocurrido otro tanto.

—Porque nunca estuvo en trance de ser papá —comentó la vieja del guardarropa—. ¡Sufra, sufra! Es lo menos que pueden hacer los dichosos hombres. Y no ponga esa cara de susto, que no es para tanto.

Era extraño que la gente pudiese hablar en broma de una cosa tan trágica, pensó Jiménez, cada vez más descolorido. Tan trágica y tan solemne. Notaba las palpitaciones de su corazón hasta en las yemas de los dedos y detrás de las orejas, igual que si se tratara del frenético aporrear de un tambor. Sin embargo, esforzábase por senreir para que los demás no le encontraran ridículo.

Doña María se abrochó calmosamente el abrigo gris, adornado de piel fina. Solía vestir bien, porque la ropa le gustaba mucho y podía permitirse aquellos caprichos. También su paraguas era de última moda, elegante y discreto.

—Vaya —dijo resignada—. Está visto que no me dejan ser generosa. Soy una espléndida anfitriona sin invitados.

Bromeaba, desolada. Volver a la pensión esperando la llegada del dolor…

Mabel lamentó no complacerla. Por otra parte, casi se alegraba de que no aceptara el acompañarla a su casa. Aguardábale una cena más que modesta. Ella misma dejó las lentejas preparadas antes de salir para la oficina. Lentejas y naranjas… en Nochebuena.

Se puso unos guantes nuevecitos, regalo de «Hombretón» con sus primeras propinas, y sintió una oleada de ternura hacia sus hermanitos. Trató de escabullirse para reunirse con ellos en seguida.

—Buenas noches. Lo siento mucho, doña María. Buena suerte, Jiménez… Felices Pascuas a todos.

Salió por la puerta de los empleados, sometiéndose, como los otros, a la inspección para que vieran que no se llevaba nada. Aquello le producía siempre una impresión desagradable.

—i ¡Felices Pascuas!! ¡Felices Pascuas!

En el umbral de la puerta se detuvo con un grito de asombro. La ciudad entera parecía distinta, cubierta con una deslumbradora capa de nieve. Le encantaba la nieve, pero como seguían cayendo grandes copos lamentó no haber traído paraguas. Se anudó sobre la cabeza un viejo pañuelo de lana, de colores desvaídos. Por fortuna, vivía muy cerca de los Alfas. Dos bocacalles más abajo encontrábase su improvisado hogar.

— ¡Perdón!

Alguien la empujó y estuvo a punto de caer. Reconoció al empleado a quien llamaban «Papá Noel». Parecía excesivamente apresurado y, sin duda, buscaba un taxi. Al no hallarlo, retrocedió con desaliento.

—No encontrará usted taxi a estas horas con esta nevada —dijo, sorprendida de que se permitiera tales lujos—. Pero el Metro está cerca.

La reconoció en aquel momento.

— ¡Ah! ¿Cómo dice…? Sí… Se trata de doña María. Se ha puesto mala de pronto. Le ha dado un vahído y se ha caído al suelo. Ya está mejor, pero vive tan lejos.

Mabel se dejó llevar de su buen corazón.

—Mi casa está a un paso… Puede ir allí hasta que se reponga algo. Hace un frío horrible. ¡Pobrecita! No podemos dejarla sola.

Por vez primera, «Noel» la miró con especial interés. El emocionado rostro que se distinguía entre los pliegues del pañuelo le pareció doblemente encantador. Sonrió con los ojos antes de decir: «¡Sí!», con impulsiva cordialidad.

Fue todo tan rápido, que Mabel creyó soñar cuando, cinco minutos después, se detuvieron los cuatro ante la puerta del pequeño pisito que la

muchacha abrió con llave. La infortunada María, subida «a la sillita de la reina», entre el «Lobo» y «Papá Noel», aparecía muy pálida, con los ojos medio cerrados.

Un infernal griterío los acogió al llegar, y hasta la enferma abrió los ojos asustada de aquel tronar de panderetas y zambombas. Dos alegres voces infantiles gritaban desaforadamente:

Esta noche es Nochebuena
y no es noche de dormir…

Mabel reaccionó la primera, adivinando que el especial recibimiento era una broma de los chicos, preparada de antemano. Sintiendo estropear su alegría, avanzó hacia el iluminado comedor de donde venía el ruido. Haciendo gestos de silencio les advirtió que no venía sola. A la vez, quedó sorprendida por el «fastuoso» decorado de la habitación.

Aprovechando la ausencia de la propietaria, los chiquillos tomaron posesión del comedor, maniobrando a su placer. Sobre la mesa, cubierta con un mantel blanco, destacaban las ramas de muérdago enlazadas y las bolitas rojas del acebo caprichosamente desparramadas. Algunas serpentinas pendían de la lámpara, poniendo en el cuadro navideño una absurda nota carnavalesca. Sobre el mantel, además de la humeante fuente de lentejas llevada a la mesa en el preciso instante de oír la llave en la cerradura, exhibíase una bandeja con turrones y un plato con tres lonchas de jamón en dulce. Un tosco portal de Belen, hecho de cartones pintados, dejaba ver las figuritas sagradas iluminadas por dos velas color de rosa, que se licuaban en el mármol del aparador.

«Hombrecillo», gritaba:

—¡ ¡Niñita!! El patrón le ha regalado a Carlitos turrones y jamón. Turrones y jamón… ¡Míralos! ¡Qué felicidad!

Y agitaba su pandereta dando saltos de alegría. Naturalmente, todo quedó en suspenso ante la entrada de los tres desconocidos siguiendo a Mabel. Las panderetas cayeron al suelo y los chicos abrieron las bacos con asombro. ¿Invitados? No iban a tocar ni a una miga de turrón.

Mabel avanzó, resuelta.

—Pasen por favor. Siéntese junto a la camilla, doña María Supongo que habrá buen brasero. —Volvióse hacia sus hermanos, besándolos—. Está todo precioso, Carlitos. Ha sido una gran idea… Éstos son mis hermanos, Carlos y Luis —presentó.

Parecíanse los tres como tres gotas de agua. Idénticos ojos rasgados, la misma expresión infantil y exacta sonrisa atractiva…

Había algo conmovedor en aquella mesa adornada para los tres jóvenes comensales. Juan apreció la ternura de la escena mirándolo todo con creciente interés. Nunca había tenido un verdadero hogar. Las múltiples luchas por la vida impidiéronle formarlo en el momento preciso. Ahora, a los cuarenta años, empezaba a añorar el calor de una familia.

Doña María recostó la cabeza en el respaldo del sillón y trató de sonreír para demostrar que se encontraba mejor. Había tenido un horrible desfallecimiento que le hizo creer que la vida la abandonaba, pero nuevamente sentía circular la sangre por sus venas y apreciaba el agradable calor del brasero. Bebió a sorbitos una taza de café, sintiendo infinito gozo al verse atendida y mimada. Era ridículo echarse a llorar, pero no iba a poder evitarlo. Notaba que las lágrimas empañaban sus ojos haciéndole ver las cosas envueltas en niebla. El bonito rostro de Mabel aparecía medio velado al inclinarse sobre ella con tierna solicitud. De pronto sintió los labios frescos sobre su frente y aquello fue la gota que hizo desbordar el vaso de su llanto. Llegábanle lejanas las frases sueltas de los que trataban de consolarla y procuró serenarse para que los objetos y seres adquirieran sus normales dimensiones. Vió la cara cordialmente preocupada de «Papá Noel», inclinado sobre el sillón. La luz de las velitas encendidas ponía de relieve su rostro enérgico, en el cual las pupilas claras daban una nota de suavidad. Tenía un aspecto extrañamente refinado y emanaba de él una fuerte masculinidad. Turbada, se dio cuenta de que tenía la cabeza apoyada en su pecho, pero no trató de retirarla, porque se encontraba a gusto, como si el contacto le prestara vitalidad. Oíanse lejanas las voces estrepitosas de los chicos del barrio, pero llegaban atenuadas y no turbaban el íntimo refugio hogareño.

—Gracias —dijo un poco repuesta—. Siento haberles trastornado de esta manera. De veras… lo siento infinitamente—. Intentó incorporarse,

pero Mabel se lo impidió.

—¡Vamos, doña María! No se mueva de ahí. Quietecita. Ya va estando mejor, ¿verdad? No ha sido nada. Probablemente, el cansancio. ¿Quiere que llamemos a un médico?

—No, no. No es necesario. Ya estoy bien. Sí. Ha sido la fatiga; la pobrecita «Bruja» es demasiado vieja—. Volvióse a mirar en torno—. Siento haberles estropeado la fiesta.

— ¡Nuestra fiesta! —Mabel se sonrojó, pasando el brazo alrededor del cuello de su hermano—. Estamos contentos de tener aquí a tantos amigos, ¿verdad, Carlos?

Carlos asintió. Todo lo que significara novedad lo recibía siempre como un gran regalo. Guiñó un ojo alegremente. Era un gran buscador de emociones.

Luisito también corroboró a su modo:

—Podemos repartir el turrón entre todos, Niñita. Asi tu amiga no llorará.

Lo cual les hizo reír, rompiendo el hielo de la situación.

Jiménez sentó al pequeño sobre sus rodillas y empezó a explicarle que él era el «Lobo Feroz» de los Almacenes Alfa, mientras «Papá Noel», seguido de Carlos, curioseaba la estancia con sus anaqueles abarrotados de figuritas de terracota, sillones forrados de peluche, numerosas fotografías familiares repartidas en profusión por las paredes, floreros con flores artificiales e imágenes de santos, bajo fanales de cristal. Montones de pañitos bordados y de almohadones abigarrados hablaban muy alto de la laboriosidad de la hija de la patrona durante sus años escolares. Sobre la chimenea apagada, la ampliación fotográfica de un hombre con uniforme de guardia civil.

—¿Tu papá? —preguntó a Carlos, que le seguía muy atento.

—¡No! ¡Claro que no! —Rió el chico, muy divertido de que lo imaginara hijo del hombre de los enhiestos bigotes ochocentistas—. Es el marido de doña Gregoria, la dueña de esta casa. Ahora está fuera. Me refiero a ella. El guardia —señaló con infantil irrespetuosidad —murió hace muchos años. Nosotros no tenemos padre. —Vaciló antes de pronunciar la frase más triste que pueden decir labios humanos —: Tampoco tenemos madre. —Y concluyó, para acabar de documentarles —: Estamos solos «Niñita», Luis y yo.

—¿«Niñita»?

Se sonrojó el chico.

—Mabel. Mi hermana. La llamamos así. —Hizo una pequeña pausa, continuando su papel de «cicerone» —: Ésa es Matilde —señaló otra foto —, la hija de doña Gregoria. Pero, ahora está menos… menos… —su innata galantería le inspiró para dulcificar la frase —: …menos jovencita. Hace veinte años que se retrató, ¿comprende?

Rió Juan, examinando después el Portal de Belén.

—Lo he hecho yo… —dijo Carlos, muy orgulloso—. Quise dar una sorpresa a Mabel, pero me parece que no se ha fijado. No crea que es difícil… Con una caja de zapatos y un poco de pintura… La estrella ha quedado espléndida, ¿verdad?

— ¡Espléndida! —asintió Juan recordando los magníficos Nacimientos vendidos por la tarde en los Alfa. Unos Nacimientos con figuritas movibles, agua corriente y anacrónica electricidad.

—Si hubiese dispuesto de tiempo, hubiera hecho también un molino, pero hoy hemos tenido mucho trabajo en la tienda.

—¡Ah! ¿También tú trabajas?

—Claro. ¿Cómo iba a consentir que «Niñita» trabajara para todos? Estaba ya en tercero de Bachiller, pero he tenido que dejarlo. —Suspiró—. Bueno. Como dice mi hermana, todo acabará por arreglarse.

—Sí. Todo se arregla siempre. Estoy convencido de eso. ¿Dónde trabajas?

—En una confitería. Soy repartidor. No es mal empleo. Dispongo de una «bici» soberbia. —Se entusiasmó, hablando minuciosamente de su máquina.

Jiménez se impacientó de pronto, sintiendo nueva necesidad de telefonear. De vez en cuando le acosaba un presentimiento que parecía anunciarle el final de su cruel espera. Materialmente sentíase empujado hacia el aparato telefónico como hacia un imán.

—¿No hay teléfono aquí? Tendré que bajar al bar. Es preciso que pregunte. Quizá… quizá haya noticias.

Nerviosamente doblaba y desdoblaba una bufanda de punto de lana, de la que nunca se separaba.

—Puede telefonear desde el piso de al lado —aconsejó Mabel—. Es una modista muy amable y nos permite usar su aparato cuando precisamos. Luisito le acompañará.

Doña María los miró alejarse con una sonrisa comprensiva y luego hizo sentar a Mabel junto a ella, pensando en lo agradable que sería tener una hija así, en la que poder confiar. Qué bonita era Mabel y qué bondadosa. Allí, en la intimidad familiar, todavía le gustaba más, con su faldita castaño y el jersey beige que moldeaba su cuerpo. Una verdadera Blanca Nieves viviendo con aquellos dos pequeñuelos. ¡Una hija! Si la vida pudiera vivirse dos veces, volviendo atrás para empezar de nuevo. En lugar de dedicar todas sus energías a crearse una situación independiente, debiera haber mirado alrededor, buscando alguien cuya compañía pudiera hacerla feliz hasta el fin de sus días… Ahora ya era tarde. Ante ella sólo se abría un camino desconocido y aterrador.

—Hace días que no me encuentro bien —confesó a Mabel en tono íntimo—. Debe ser el hígado. El hígado se ha puesto de moda de un tiempo a esta parte y no se resigna a pasar inadvertido. Rehusé una invitación de mi cuñada, que vive demasiado lejos, en Ciudad Lineal. Y luego me arrepentí de estar sola. Es tan cruel la soledad… Por eso la invité a cenar.

Suspiró Mabel.

—Desde que murió mi madre me siento atormentada a veces por una sensación de vacío absoluto. Como si alrededor mío nada existiera y yo anduviera en tinieblas por en medio. —Sonrió y agitó la cabeza—. Mis hermanos me ayudan a disipar las sombras.

—¿No tiene parientes?

—Lejanos. En realidad estamos solos. —Hablaba en voz bajita, y en las pausas oíanse los retazos de conversación sostenida entre Juan y Carlitos—. Esta tarde, cuando me sentí tan fatigada, tomé una decisión importante. Creo que voy a casarme.

—¿A casarse? —Se iluminó el rostro de su interlocutora con la expresión particularmente ilusionada de las mujeres solteras al hablar de bodas—. ¿De veras?

Fue a preguntar detalles, pero Jiménez interrumpió el diálogo entrando seguido de Luisito. El aspecto del «Lobo Feroz» era aún más desalentado.

—Hubiera sido tan hermoso que sucediera esta noche… —murmuró tratando de sonreír y estrujando la bufanda rayada.

Juan le golpeó un hombro amistosamente.

—Bueno, señores. Esto se está poniendo triste como un funeral y no puedo consentirlo. «Blanca Nieves» y sus hermanitos son demasiado amables y les estamos estropeando la noche. Si doña María está mejor y no tiene nada que objetar, me brindo a ser su caballero y llevarla a cenar a donde ella elija.

Mabel intervino risueñamente:

—Nada de eso. Doña María no puede marcharse con esta nevada. Se quedará en casa y dormirá aquí. ¿Verdad que sí?

—En ese caso me dedicaré a consolar a Jiménez —terció Juan en el mismo tono—. Me siento altruista y necesito una víctima a quien hacer objeto de mi ternura fraternal. ¿Le conviene, Jiménez?

Jiménez, que continuaba hecho un trapo, asintió, tratando de sonreír con grandes esfuerzos.

Carlos tomó a su vez la palabra con el aplomo que le prestaba el ser el «hombre» de la casa.

—¿Y por qué no se quedan aquí, digo yo? Sería mucho más animado celebrar la Nochebuena como si fuésemos una gran familia.

Las palabras hallaron eco en todos los corazones.

—Si a su hermana no le parece mal… —insinuó Juan, muy contento.

—Claro que no —decidió ella—. Lo que ocurre es que la cena es poco apetitosa. Pero si no les importa…

—¡Qué ha de importarnos! Ese turrón está diciendo comedme. Y si se le añaden algunas cosillas que yo voy a cuidarme de traer, se convertirá en un banquete suculento. ¡Ea, Jiménez! Acompáñeme y verán lo que es bueno.

Su contagiosa animación consiguió sacar a todos del marasmo y al poco tiempo oyéronse sus risas mientras bajaban la escalera. Mabel y los chicos y también María ampliaron la mesa, sacando los tableros supletorios y colocando tres cubiertos más. Carlos conectó el pequeño aparato de radio de la patrona y los compases de alegre música prestaron animación al ambiente.

Fue una cena realmente alegre. El abundante champaña puso sonrisas en todos los labios, colaborando a la alegría general en unión del jamón, de la ternera asada, de los turrones y mazapanes. Se brindó por el restablecimiento de María y por el hijo de Jiménez, por los Almacenes Alfa y por los planes particulares de cada uno. Corearon los villancicos de la radio, charlaron y disfrutaron una agradable velada alrededor de la mesa camilla.

—Eran —dijo Jiménez usando un símil algo extraño —igual que un manojo de llaves distintas unidas momentáneamente en el mismo llavero.

Pero Carlos aseguró que le recordaban uno de aquellos cromos ingleses en los que aparecía reunida toda la familia junto a la chimenea. Doña María permitiría que por una vez se la considerara una joven abuelita. Jiménez tenía todo el aire del hijo soltero y trabajador que pasase su vida descifrando crucigramas. Mabel sería la mamá de un niño imaginario que dormiría en una cunita. Y ellos dos, los hermanos de Mabel, exactamente lo que eran. Respecto a Juan… —se detuvo turbado, temiendo haber ido demasiado lejos. Pero Luisito le quitó la palabra y concluyó por él:

—Juan sería el marido de «Niñita». El papá del chiquitín que duerme en la cuna… —Palmoteó y concluyó, con la boca llena de mantecadas —: ¡Qué lástima que no sea verdad! Me gustaría tener una familia grande… como todo el mundo…

Y aquella frase hizo nacer cierta confusión entre dos personas que ya no se atrevieron a mirarse en toda la noche. Los ojos de Mabel rehuyeron las pupilas claras de Juan, que insistentemente la seguían, creyendo no ser advertidas.

Eran cerca de las dos cuando se retiraron los hombres. María ocupo la gran cama dorada de doña Gregoria, y se durmió contemplando el cuadro de San Antonio colocado frente al lecho entre dos grandes ramos de mimosas artificiales. Por fortuna, no la molestó el dolor.

Mabel tardó en dormir, sintiéndose dichosa por vez primera desde tiempo atrás. Revivía mentalmente las agradables horas transcurridas y trataba de olvidar las insistentes miradas de los ojos claros. Había pensado escribir al día siguiente a sus tíos para que hablasen con Blas, pero decidió

esperar un poco. Suspiró, dio media vuelta en el lecho y procuró no pensar en la «Horrible oportunidad».

Jiménez durmió en su hogar, vacío, sentado junto al teléfono. Y Juan, en el impersonal cuartito de una pensión, se dijo que sería muy agradable ver a «Blanca Nieves» al siguiente día.

Porque habían decidido todos reunirse en el pisito de Mabel para celebrar la Navidad.

María salió del lujoso portal de la calle de Ayala y respiró el aire matinal con la fruición del sediento a quien se hubiese negado el agua desde muchas horas antes.

Echó a andar despacio, volviéndose para mirar de nuevo la placa dorada a la que el sol de diciembre arrancaba brillantes destellos:

DOCTOR RÁMÓN VALDÉS
Medicina general

No se daba cuenta de que era peligroso pisar el hielo endurecido, ni le preocupaba el deterioro de sus zapatos de tafilete cubiertos de barro y nieve. Parecíale que anduviera sin pisar la tierra y que la luz de aquella mañana navideña luciera mucho más clara que la de días anteriores.

Una hora antes, al entrar en el mismo portal que acababa de abandonar, era una pobre mujer moralmente destrozada que casi sin fuerzas se arrastró hasta el ascensor mientras el corazón parecía saltársele del pecho.

Ahora todo había cambiado. Todo era distinto, porque el médico, con unas sencillas palabras, disipó las tinieblas, devolviéndola a la vida.

—¿Cáncer? ¿Quién te ha dicho semejante atrocidad? ¿Un estudiante de sexto? ¡Hija mía! ¿Por qué haces caso de esos chicos que están ansiosos de diagnosticar barbaridades? Lo que tienes es un simple ataque al hígado. Tendrás que tratarlo con cierto mimo y podrás tirar otros veinte años. ¡Pero sobre todo cuida esos nervios! ¡Mucho ojo con los histerismos!

Así… sencillamente… sin darle importancia, habíase repetido el milagro de Lázaro… Aquello era una resurrección.

Contemplaba la vida con ojos nuevos y se sentía llena de buenos propósitos. Haría esto… y aquello. Cambiaría de costumbres. Dejaría la

pensión y pondría un pisito. Procuraría no rehuir al prójimo. Buscaría nuevas amistades. Quizá empezase una nueva existencia mucho más dichosa.

Pensó en don Ernesto y deseó oír su voz amiga. Con un impulso irreprimible entró en una confitería y telefoneó, alegrándose al comprobar que a su incoloro «¡Diga!» siguió un animado cambio de voz cuando averiguó la indentidad de su interlocutora.

—Soy yo, don Ernesto… Simplemente quería deseable felices Pascuas.

—Mil gracias, querida María. Es la primera felicitación que recibo… y la que más me complace. ¿Cómo se ha acordado de mí?

—Pues la verdad… no sé. Estoy contenta y quise compartir mi alegría con alguien.

—¿Por qué está tan contenta?

—Quizá porque es Navidad y porque hace sol… y el suelo está blanco de nieve. Soy una tonta.

—Es usted encantadora. Una verdadera «bruja».

—¡Muchas gracias!

—Estaba triste y ya me he animado… —Calló un instante y ella temió que se hubiera cortado la comunicación, pero le volvió a oír al momento un poco turbado—. ¿Tiene muchos compromisos para esta tarde?

—¿Compromisos?

—Me refiero a… a… planes para salir… divertirse… todo eso.

Sonrió ella, comprensiva.

—¿Me toma por una chica de veinte años? Mi único compromiso es el de ir a saludar a mis sobrinos y aburrirme el resto del tiempo.

—¡Magnífico! Entonces, ¿podría dedicarme un rato? Quisiera hablarle.

—¿No hablamos todos los días?

—Rodeados de gente y asediados por cien mil miradas. ¿Le conviene a las seis?

—Me conviene.

—Entonces… ¿hasta luego?

—Hasta luego.

Al colgar el auricular decidió que no iría a casa de Mabel. Tendría que excusarse. Necesitaba la compañía de los suyos, de los de su sangre. Quería

ver a su hermano y abrazar uno por uno a todos los sobrinos, como quien recuperase perdidos tesoros.

Telefoneó a Mabel y lamentó la desilusión de Carlos, que se puso al aparato. No era posible complacer a todo el mundo.

Compró dulces y bombones en la confitería, con los que se haría perdonar de su cuñada la ausencia de por la noche.

Luego salió a la calle, con paso ágil, mirándose reflejada en los escaparates. Tenía cincuenta años, pero no los representaba. Sentíase feliz, la sangre corría rápida por sus arterias y el pulso había recobrado su ritmo normal. La Navidad de aquel año habíale traído el mejor regalo: la Vida.

Jiménez avanzó de puntillas por la enorme sala, pues era muy temprano y no quería despertar a las pacientes que dormían en sus camas de hierro, cubiertas con blancas colchas de algodón.

Caminaba como en sueños, con la cabeza alta y las manos angustiosamente aferradas a las solapas de su abrigo. Las tenía así porque se sentía absolutamente torpe y no sabía qué hacer con aquellas manos grandotas que le estorbaban. Todo su vigoroso cuerpo masculino parecíale excesivamente tosco y brutal en aquel hospital de mujeres.

Al entrar en la Maternidad recordó un cuento leído en su niñez. Un niño descubría la fuente de la vida, y al pasar junto a ella apenas osaba alzar la voz ni turbar con el eco de sus pasos el rítmico gorgoteo del manantial.

Con la misma reverencia que el niño del cuento, se detuvo ante la cama número 51, pensando que por más que hiciera no conseguiría desatar el desagradable nudo que obstruía su garganta. El nudo le impedía hablar, aunque hubiera deseado decir muchas cosas.

Fue Mati la que tendiéndole su mano pálida y ofreciéndole su mejor sonrisa, dijo suavemente:

—Joaquín…

El nudo se deshizo, rompió a llorar en silencio, sin aspavimentos, sin importarle la mirada de la enfermera, acostumbrada, por otra parte, a tales escenas.

Lloró sobre la mano de Mati, aquella mano que le parecía distinta y en cuyo dedo anular brillaba su anillo.

—Ha sido maravilloso el que naciera hoy, ¿verdad? —murmuró ella—. El mejor día del año. —Acarició su cabello, consolándole como si fuera otro hijito—. Fue horrible… pero todo pasó.

—Todo pasó —repitió él hipando cómicamente—. Si vieras cuánto pensé en ti… Cada minuto… No podía hacer otra cosa—. Disimuladamente buscó entre las sábanas con la mirada, ansioso de descubrir el paquetito rosado que sería su hijo. Imaginó así la escena: Mati mostrándoselo con orgullo. Pero sobre la cama no había nada. Sólo el cuerpo de Mati, esbelto otra vez después de infinito dolor.

Se quedó aterrado, sin atreverse a preguntar. Quizá los esfuerzos para alcanzar la vida habían derrumbado el frágil cuerpecito, haciendo inútil el sacrificio de Mati. Sí… Sin duda era aquello. No conocería nunca a su hijito. Aumentó su desolación, pero sin preguntar nada, para no atormentarla. Continuó con la cara apoyada en el dorso de su mano, esperando…

—Es un niño, ¿sabes? —dijo ella de pronto—. Supongo que querrás verle.

De un salto se incorporó gozoso, radiante.

—¡Un niño! ¡Claro que sí! —Olvidó que subconscientemente deseara que fuese una niña y rió como un loco, temblando de gozo—. ¿Dónde está? ¡ Quiero ver enseguida a mi peque…!

—La enfermera te acompañará a la otra sala. Pero vuelve pronto, ¿eh?

Recorrió la enorme habitación llena de cunas en las que dormitaban numerosos bebés, sonriendo a las enfermeras, a los chiquitines y a algunas madres lactantes que le miraban un poco divertidas. Y cuando tuvo entre los brazos a su hijito, sonrió también a la Vida, sintiéndose ligado a ella por lazos mucho más fuertes.

Se quedó junto a Mati todo el día, sin acordarse de comer y en virtud de un permiso concedido en atención a la festividad.

A media mañana telefoneó a Mabel diciendo que no iría.

Pero en cambio, prometió invitarlos a todos al bautizo.

—¿De modo que soy el único que no ha desertado?

—Así parece, pero no se preocupe. Quiere decir que la familia se ha reducido.

Mabel y Juan se miraron turbados en la intimidad del comedor vacío. Oíase el ruido de platos y cacerolas que Carlos y Luisito fregaban en la cocina.

—En ese caso, creo que debo irme. No quisiera ser molesto.

—¡De ningún modo! Todo está preparado y los chicos se entristecerían comiendo solos, después de haberse hecho ilusiones. Además, sabíamos que vendría usted y le esperábamos.

—¿Sabían que yo no faltaría…?

Enrojeció ella.

—Claro. No había avisado…

—No hubiera faltado por nada del mundo. Pero tampoco quisiera proporcionarle innecesarias molestias.

—Hay tantas provisiones que anoche ni se tocaron… No ha sido preciso añadir mucho más.

—Bien. Acepto agradecido. Esto aumentará nuestro caudal de experiencia para saber que nunca puede uno fiarse de promesas ajenas.

—Pero usted la ha cumplido.

—Quizá yo tuviera algunas razones…

No le preguntó cuáles podían ser sus razones, pero se sintió repentinamente contenta sin querer reconocer que se alegraba de que las cosas estuvieran ocurriendo así.

Juan se empeñó en ayudar en la cocina, y con un gran mandil a cuadros se convirtió en cocinero jefe, reinando enseguida entre todos una alegre camaradería. Las patatas asadas al horno, con una capa de mantequilla, resultaron extraordinariamente sabrosas acompañando a los fiambres sobrantes de por la noche, a los que se añadió un pollo asado traído por Juan y una tarta de bizcocho, especialidad de Mabel.

Durante la comida la conversación fue haciéndose mucho más familiar que la noche anterior. Carlitos y Luis contaron anécdotas de su vida en Ávila e incluso hablaron del odiado Blas.

Juan quiso saber quién era Blas.

—Un hombre horrible que está empeñado en casarse con Mabel. Pero jamás se casará con ella. No lo consentiremos.

Juan dirigió a Mabel una de sus miradas terriblemente expresivas.

—¡No lo consentiremos! —corroboró con Luisito. Y su acento fue tan enérgico que Mabel se echó a reír.

¿Sería posible que alguna vez pensara seriamente en casarse con Blas…? Ahora parecíale imposible, absolutamente imposible, sin saber por qué. Miró a Juan, sentado junto a ella, y parecióle que el resto de su vida había sido un mal sueño y que él había estado siempre allí, hablándole y ocupando el puesto que le correspondía en la mesa. Se recriminó por sus locos pensamientos, llamándose tonta. Juan era simplemente un nuevo amigo, un agradable compañero. De todos modos, siempre resultaba grato contar con alguien en aquel Madrid enorme, en el que hasta el día anterior sintiérase abandonada. Cómo podía cambiar todo en unas horas. ¿Sólo hacía unas horas que se conocían? Era increíble.

Su trabajo en los Alfa ya no le parecía agotador, pudiendo cambiar de vez en cuando alguna palabra con Juan. Sabía que él también era uno de los interinos que entrara para las fiestas y preguntábase de qué medios dispondría cuando se encontrara sin trabajo. Juan hablaba poco de sí mismo, aunque a la legua se veía que conocía tiempos mejores. Poseía gran desenvoltura y mucho don de gentes. No le sería difícil encontrar otro empleo. Estaba segura de ello.

Se empeñó en ayudarla a retirar el servicio de mesa y a fregar los platos, mientras Carlos y Luis se marchaban precipitadamente temiendo llegar tarde a la fiesta que se celebrabaría en la escuela del pequeño. No insistieron en que Mabel los acompañara a pesar de que lo había prometido, comprendiendo instintivamente que «Niñita» se encontraría mucho más divertida con su nuevo amigo.

El nuevo amigo y su compañera se divirtieron, efectivamente. Salieron juntos y recorrieron en amigable charla las calles bulliciosas a pesar del frío intenso y del hielo que hacía patinar a los transeúntes. No se daban cuenta exacta del mundo que les rodeaba, enfrascasados en su conversación, pero sentían que alrededor de ellos la ciudad vivía, palpitaba, contagiándoles su alegría festiva.

Entraron en un salón de té, donde la cálida temperatura, la música de un terceto y la compañía de unos cócteles contribuyeron a aumentar su bienestar.

Una de las veces, al recoger Juan el guante de Mabel, caído en el suelo, sus manos se tocaron. Intentó retener la de la muchacha, que la retiró turbada, y esto le hizo sonreír porque era completamente nuevo para él. Aquella clase de muchachas, educadas a la antigua, y que creía extinguidas, eran una experiencia sorprendente. Para consolarse, retuvo el guante, que conservaba su calor, cada vez más convencido de que Mabel era un tesoro.

Por la noche, cuando, la acompañó a su casa, ya e llamaban de tú y creían conocerse desde diez años antes. Al despedirse en el angosto portal, besó los dedos que trataron de huir de nuevo, pero que cedieron al fin a la cariñosa presión.

En la semipenumbra, las pupilas obscuras se elevaron hacia los ojos grises de su compañero, turbadoramente próximo.

—Buenas noches, Juan. Hasta mañana. Gracias por la agradable tarde.

—Gracias a ti. ¿Nos veremos en la fiesta de los Alfa?

—Desde luego. Seremos los invitados más importantes.

Rieron y él pareció no tener gana de alejarse.

—Ha sido un buen día de Navidad. ¿Para ti no?

—Un día maravilloso.

—Completamente maravilloso. Y mañana lo será también.

—¿Por qué no? La vida es buena.

Olvidó Mabel que cuarenta y ocho horas antes abominara de ella.

Olvidó Juan que a menudo habíale parecido la existencia una pesada carga.

—Confío en que el día de mañana nos traerá nuevas alegrías. Adiós «Blanca Nieves». —Volvió a coger su mano.

—Adiós, «Papá Noel».

—Felices Pascuas.

—Felices Pascuas. ¿Cuántas veces nos hemos felicitado ya?

Volvieron a reír mientras las manos continuaban unidas.

—No importa. Es muy agradable felicitarse. Felicidades… «Niñita».

La frase arrulló a Mabel toda la noche, durante su sueño, como si hasta aquel instante nadie le hubiese dicho nunca: «¡Felicidades, «Niñita»!»

Y Juan, desvelado, contemplándose al espejo para cerciorarse de que aún no era viejo, se repitió que parecía una locura aquello de perder la cabeza por una chiquilla a la que sólo conociera poco antes.

En el tren que la llevaba a San Sebastián, Adriana Vargas desdobló un periódico y sonrió al ver en primera plana el gran anuncio de los Alfa, que recordaba al público el aniversario de sus Bodas de Oro en aquel día 26 de diciembre.

Se imaginó a los jefes y compañeros reunidos en el salón de juntas. Creyó oír el fastidioso discurso de don Ernesto, lleno de tantos por ciento y escuchado con febril interés por los orondos accionistas con el sinvergüenza de Ignacio a la cabeza. Y figuróse por fin a Soto el viejo, elegante, altivo, un poco «Vittorio de Sica».

Todos hubieran estado muy contentos si ella, Adriana, no hubiese decidido fastidiarlos.

Dobló la primera hoja y leyó en los Ecos Sociales la reseña que ella misma mandara publicar:

«Ayer, en la más estricta intimidad, contrajeron matrimonio la bellísima señorita Isabel Ferrán y el acaudalado industrial, propietario de los Almacenes Alfa, don Ignacio Soto. La noticia, imprevista, causará sorpresa entre la buena sociedad, dada la popularidad y simpatía del novio, demostrando que los cuentos de hadas se hacen realidad, ya que la señorita Ferrán era, hasta hace poco tiempo, una modesta empleada del almacén, siendo elegida por el propietario como compañera de su vida, gracias a sus brillantes dotes de belleza y a su radiante juventud.»

Adriana se echó a reír con cierto nerviosismo, porque en letras de imprenta la noticia parecía aún más impresionante. Sería una bomba. Isabelita Ferrán, la vieja secretaria de nariz ganchuda y gafas de miope, quedaría en ridículo para toda su vida, lo mismo que Ignacio, que constituiría un buen motivo de burla para todas las empleadas. Disfrutaba de pensar el disgusto que se llevaría el buho tratando de explicarle a Soto el viejo lo que era absolutamente inexplicable.

Nadie podría saber qué había sido ella la que pagó el inserto. Envió a una vecina a la redacción, advirtiéndole que diera un nombre y una dirección falsas si se los pedían.

—El último párrafo era delicioso —se dijo Adriana releyéndolo.

«…sus brillantes dotes de belleza y su radiante juventud…»

¡Qué risa! ¡Pobre cacatúa!

Habíase gastado unas pesetas, pero valía la pena. Dobló el periódico y, a la vez, dobló también la hoja de su imaginación en la que se grabaran los Alfa, el buho, Ignacio y su tío. ¡A paseo todos! En cuanto pudiera, dejaría el empleo para no tener ningún punto de contacto con ellos.

Miró alrededor, catalogando a sus compañeros de departamento, como a posibles objetivos. Hizo una lista mental, descartando a los que no eran útiles:

Una señora gorda.

Un niño de quince años lleno de granos.

Un tipo raro con cara de odiar a las mujeres.

Entre las posibilidades, anotó al señor maduro, grueso, «pero bien» situado frente a ella. A un joven de aspecto intelectual que escribía continuamente y a un sonrosado francés de aspecto judío, con un grueso brillante en el dedo anular.

El francés parecía más propicio que sus compañeros.

Sacó un espejito, se cercioró de que su cara no dejaba nada que desear, y dirigió toda la batería de sus ojos en dirección a la indefensa víctima propiciatoria.

Don Ernesto ensayó ante el espejo la última frase de su discurso, y al concluir saludó a la imaginaria concurrencia. Luego, sintiéndose algo ridículo en mangas de camisa, púsose el bien cortado chaqué que disimulaba sus adiposidades. El chaqué le daba gran prestancia y ánimo para entendérselas con quien fuera, de Soto el viejo para abajo.

La noche anterior, ya muy tarde, habíale telefoneado repentinamente dicho personaje, anunciándole su llegada a Madrid. Don Ernesto se excusó de no haber ido a recibirlo. Por ignorar la fecha de su arribo tuvo que enviar

a la llegada de los expresos el coche de los Alfa desde tres días antes, empezando a inquietarse ya de su silencio.

Soto el viejo pareció no dar importancia al detalle, desentendiéndose de las protestas del gerente, que deseaba presentarle sus respetos en el hotel inmediatamente, a pesar de ser ya muy tarde. En vista de que el propio Soto prefirió demorar la entrevista hasta el siguiente día, don Ernesto desistió, aunque hubiera preferido cambiar impresiones con su jefe antes de la fiesta.

Pero ni siquiera este contratiempo le turbó. Estaba contento, tan contento, que la alegría reflejábase en su rostro dándole un aire radiante y bonachón. La Navidad le regaló aquel año lo que más deseara: una compañera que le haría amables los últimos años de su vida.

No fue fácil su entrevista con María, pero tuvo un resultado satisfactorio. Antes de un mes, estarían casados y acabarían sus veladas solitarias, sus comidas aburridas y su existencia vacía.

Ignoraban cómo tomarían sus hijos la noticia. Importábale un ardite lo que pudieran pensar, ya que ellos no se ocuparon ni poco ni mucho del bienestar paterno.

Canturreó, sacudiendo sus guantes blancos, que olían ligeramente a bencina. Luego, consultando su reloj, corrió apresuradamente hacia el comedor, donde tenía servido un frugal desayuno a tono con el régimen de adelgazamiento que decidiera comenzar.

Sorbió de pie su té, que le abrasó la boca, mientras ojeaba el periódico, cerciorándose de que el anuncio de los Alfa, que costara a la empresa un ojo de la cara, había sido colocado en el lugar elegido.

Después buscó en las siguientes hojas, algún comentario sobre el mismo asunto.

Jamás leía los Ecos Sociales, pero aquella mañana, como a la llamada de un conjuro, le saltó a los ojos el nombre de Ignacio Soto. Leyó la nota de un tirón, se atragantó, volcó la taza, volvió a leer, corrió al teléfono, marcó un número, lo repitió otra vez, y colgó. Por fin, no pudiendo obtener comunicación, cogió al vuelo el abrigo, y bajó de tres en tres las escaleras de su casa, saltando al coche, estacionado ante la puerta.

Con mano temblorosa abrió la llave del contacto, oprimió el acelerador, dio marcha atrás y salió disparado… en dirección a otro coche que cruzaba.

Por fortuna los daños no fueron grandes, aunque aquello acabó con la serenidad del viejo gerente.

Se aperon los dos antagonistas y don Ernesto vio a un elegante personaje, enfundado como él en un chaqué bajo el abrigo impecable. Apenas tuvo tiempo de balbucir unas disculpas:

—Ha sido mía la culpa, sí, señor… Le ruego me perdone. Creo que su coche apenas ha sufrido…

No tuvo tiempo de acabar. Golpeándole el hombro con un periódico doblado, le increpó su interlocutor:

—¡Déjese de coches! Me importa un pepino…

Que el elegante figurín dijese aquello del pepino, hizo retroceder al gerente. Vaciló a punto de caer.

—¡Un pepino! —tartamudeó como un eco—. ¡Caballero, le ruego que…!

—¿No me conoces, viejo carcamal?

—No, señor… ¿Por qué había de conocerle?

—Porque me has tenido en tus rodillas hace muchos años. —Volvió a golpearle con el periódico—. Pero ahora no hay tiempo de efusiones. ¿Has leído esto?

Le mostró la nota que tanto le trastornaba.

—Sí. He leido. Pero…

—¿Aún no sabes quién soy? Creo que me llaman Soto el Viejo, ¿no es así?

—¡ Soto! ¡ Juan Ignacio!

—El mismo…

Le abrazó, empujándole a la vez hacia su coche ligeramente averiado. Un grupo de curiosos contemplaba la escena con asombro.

—¡Anda! Y ahora se lo lleva a la comisaría —gritó uno.

Pero don Ernesto no le oyó. Jamás pudo figurarse que su entrevista con Soto el Viejo, tras veinte años de ausencia, fuese tan poco protocolaria.

—Pero… ¿Es usted? ¿Eres tú…? ¡Perdón… no sé lo que digo!

—Claro que lo sabes. Tutéame y no seas majadero.

Lo empujó hasta un asiento y tomó el volante. Respondió el motor sin el menor contratiempo e iniciaron una carrera que a don Ernesto le puso los

pelos de punta.

—Supongo que se trata de un error —habló sorteando hábilmente las dificultades de la circulación.

—Un error. ¿Entonces no es usted?

—Me refiero a la noticia de la boda. Es una estupidez. Una locura.

Don Ernesto recordó la catástrofe.

—¡Atroz, sí! Una equivocación sin duda. No puede ser cierto. Anteayer vi a Ignacio y no me dijo que… No puedo creerlo. He tratado de telefonear inútilmente.

—Yo también. Debe de tener descolgado el aparato… He ido al periódico y no he sacado nada en limpio tampoco… He venido a recogerle para que fuésemos a casa de mi sobrino. Temo que nuestra primera entrevista sea poco cordial.

Estaba furioso y don Ernesto se preguntó por qué le trastornaría tanto la idea de que su sobrino se hubiera casado. Temió haber pensado en voz alta cuando su acompañante contestó rotundamente a su pregunta:

—¡No es que me importe nada ese loco! —explicó—. Pero se trata de la chica. De esa Isabel Ferrán que menciona el periódico. No es posible que esa niña… —ahogó una maldición y aumentó la velocidad, mientras don Ernesto cerraba los ojos, acometido de vértigo, sin comprender una sola palabra de aquel lío. Horrible. Que sucediera semejante cosa el día del aniversario…

Un brusco frenazo le hizo dar de cabeza en el techo y creyó que había llegado su última hora. No iba a poder realizar sus sueños con la adorada María.

Por fortuna sólo fue una falsa alarma. Simplemente, el coche acababa de detenerse ante la casa del más alegre soltero de Madrid.

Al despertar aquella misma mañana, muy temprano, Mabel pensó inmediatamente:

—Algo va a ocurrir hoy.

En seguida recordó que tenía que asistir a la fiesta de los Alfa y saltó de la cama alegremente, presintiendo que le aguardaban horas felices.

Vería nuevamente a Juan, el contacto de cuyos labios creía aún sentir sobre los dedos. Estarían juntos en el banquete y también continuarían viéndose los siguientes días, durante el trabajo, y al concluir la jornada.

Por vez primera desde hacía mucho tiempo, atronó la casa con sus canciones mientras servía el desayuno a los chicos que se marchaban. Al quedar sola, se esmeró planchando el vestido negro que guardaba para las grandes ocasiones y que le sentaba como un guante. Pensaba lucir sobre el escote el antiguo broche de su madre, que otra vez estaba de moda. Un camafeo rodeado de amatistas. Se esmeró también haciéndose un peinado original y complicado.

Estaba entregada afanosamente a la tarea de limpiar sus zapatos cuando la aprendiza de la modista vecina fue a advertirle que la reclamaban al teléfono.

Se ilusionó pensando que sería Juan, para ponerse de acuerdo y llegar juntos a los Alfa. Aunque se dijo interiormente que no era bueno hacerse tantas ilusiones, sintió una gran decepción al oír una voz desconocida.

—¡Mabel! ¿Eres tú misma? ¡No creí que te encontraría! Chica. Estoy que me caigo de la impresión. ¿Cómo pudiste tenerlo tan callado? Si cuesta trabajo creerlo.

—Pero… ¿qué dices? ¿Quién eres?

—Maruja, de «Perfumes»; tu compañera. Es decir, tu subordinada, ¿no es eso?

—¿Mi subordinada? No entiendo una palabra…

—¿Ah, no? Vamos, niña. He leído el periódico. Excuso decirte que casi me he desmayado. ¡Qué maravilla! ¡Cuéntame, por favor! ¿Está «Él» ahí…?

—Me hablas en chino. ¿Puedo saber a que te refieres?

—A la reseña de tu boda.

—¡Mi boda!

—Tu boda con Ignacio Soto —dijo Maruja—. Viene en «Las Noticias». No trates de disimular. Ya lo tiene que saber todo Madrid.

Mabel, furiosa, colgó el auricular creyendo ser objeto de una pesada broma.

Le dolía que la hubiesen tomado como cabeza de turco para semejante broma de mal gusto. Echó a andar hacia su piso y retrocedió para recoger del suelo el periódico de su vecino, aún no leído. Precisamente «Las Noticias».

Lo abrió y leyó el anuncio de los Alfa. Y al volver la hoja, llegó al párrafo culminante y se quedó helada, sin movimiento, no pudiendo dar crédito a sus ojos. Creyó haber gritado, pero ningún sonido debió oírse, porque las aprendizas que cosían en el cuarto contiguo, no levantaron la cabeza. Volvió a leer, y, como una figura mecánica a la que de pronto hubiesen dado toda la cuerda, echó a correr con el periódico en la mano. Entró en su casa, se puso el abrigo y se encontró en la calle a los dos segundos. Pensó en ir a casa de don Ernesto, el director, pero ignoraba sus señas. En cambio recordó las del presidente, por haberlas leído en el sobre de felicitación de Pascuas, que el día anterior enviáranle todos los empleados.

Detuvo un taxi y le dio la dirección de Soto el Joven. No se sentía tímida ni asustada, sino presa de una cólera tan intensa que le hacía verlo todo de color rojo. Temblaba de indignación ante la idea de que su buen nombre pudiera salir malparado por culpa de… ¿de quién…? ¿Quién habría cometido error semejante? No podía ser equivocación, sino una broma horrible, una pesadilla, por la cual iba a exigir toda clase de explicaciones. Nada le importaba que peligrase su empleo en los Alfa. Había una cosa superior a todas las materialidades y ésta era su fama de muchacha seria.

Resueltamente agitó la campanilla colgada en la verja del suntuoso hotel que Soto el Joven ocupaba por entero. No consiguió intimidarla aquel lujo, ni el imponente aspecto del criado que abrió la puerta.

—¿El señor Soto…? Necesito hablarle.

El criado, que también parecía extrañamente nervioso, fue a dar una negativa, pero advirtiendo el periódico que la joven llevaba en la mano, miró el suyo, doblado también por el mismo sitio y cuya lectura acababa de sumirle en el estupor más inaudito.

—Temo que el señor no pueda en este instante… Es muy temprano y…

—¡Es preciso que le vea! Soy Isabel Ferrán.

Puso ante sus narices el artículo del periódico y avanzó por el jardín sin que el criado, cada vez más azorado, se lo impidiera.

Que su amo hubiera hecho aquello repentinamente no le asombraba, porque era capaz de todas las extravagancias. Pero lo que resultaba increíble era que él no hubiese sospechado nada. Una de sus mayores glorias era la de que ninguna de las aventurillas o aventurazas del señor le fueran desconocidas. Y, sin embargo, aquella chiquita Ferrán, que el periódico aseguraba ser ya la señora Soto, jamás antes de aquel día había puesto los pies en el hotelito, ni asistido a ninguna de las sabrosas cenas «íntimas» que él preparaba magistralmente, cuidando el menor detalle de la «mise en scène».

Precedida por el criado, que le mostraba el camino, atravesó Mabel un gran vestíbulo, subió alfombradas escaleras y se detuvo ante una puerta gris, que él le mostró encogiéndose de hombros, como sacudiéndose de la responsabilidad de dejarla pasar.

Nada cortaba el ímpetu de Mabel. Hizo girar el picaporte y se encontró en una sala casi en penumbra. La luz del exterior le permitió distinguir, antes de cerrarse la puerta, unos muebles futuristas, unas cortinas corridas y un terrible desorden. «Extraño salón», se dijo, avanzando para descorrer los cortinajes. ¿Sería elegante aquello de dejar a las visitas en tinieblas? Tropezó y volcó con gran estrépito una mesita enana, lo cual le hizo perder parte de su aplomo. Agachada, recogía los cacharros rotos cuando el sonido de una voz extrañamente cercana le hizo incorporarse y descorrer decididamente los cortinajes para que entrara la luz. Entonces dio un grito de horrorizado estupor.

Aquello no era un salón, sino el propio dormitorio de un hombre que supuso sería Soto el Joven. Su gran cama de forma estrambótica elevábase sobre una pequeña plataforma al otro extremo de la habitación. Y su propietario estaba dentro de ella, incorporado a medias, despeinado, con la chaqueta del pijama desabrochada, dejando ver el comienzo el pecho velludo. Tenía la expresión estúpida de quien acabase de ser despertado del mejor sueño.

—¡Hola! —dijo mirándola sin curiosidad y contemplando después los cacharros rotos y la mesita volcada—. ¡Hola! —repitió en seguida,

chasqueando la lengua, que notaba seca. Le dolía la cabeza, por el exceso de bebida de la noche anterior.

Mabel intentó hablar sin conseguirlo. Observó que retenía en la mano la cabeza rota de un perro de porcelana y la arrojó sobre la alfombra, donde quedó en extraña postura, como si atendiera a la escena con vivo interés.

El muchacho, después de los dos ¡holas!, que le dejaron exhausto, se rascó la cabeza sin el menor reparo, volvió a acomodarse en el lecho, se volvió de espaldas y sacó un pie por entre las mantas.

—¡Oiga! —gritó, al fin, ella—. ¡Oiga!

Ignacio Soto volvió a incorporarse, mirándola atónito.

—¿Quién eres…? ¿Qué haces ahí…? ¿Te traje yo anoche? —Lanzó un quejido sintiendo espantosa náusea—. Estaba demasiado borracho. ¡Ay…! Mi cabeza…

Mabel trató de hablar mientras se dirigía hacia la puerta para salir del dormitorio. Él la detuvo con un gesto.

—¿Porqué esas prisas? ¿Cómo te llamas?

Mabel tartamudeó iracunda.

—Soy Isabel Ferrán.

—Isabel Ferrán. Bonito nombre. Y bonita chica.

—Supongo que usted es Soto el Joven.

—Supones bien. No me gusta presumir, pero debo confesar que ese hombre famoso soy yo. —Se rascó de nuevo—. Y por cierto. ¿A qué tanta ceremonia? ¿Estás enfadada?

Mabel rompió a hablar de prisa, porque las palabras se agolpaban ahora a sus labios con el ímpetu de un torrente.

—¡Estoy furiosa! ¡Indignada! Es preciso que me dé una explicación, pero no en este cuarto… Su criado me ha hecho pasar, y yo creí que era el salón. —Le arrojó el periódico—. ¿Qué me dice de esto? ¡Vístase como Dios manda y acláreme esa locura…! Una locura. Le juro que le costará cara la broma. No crea que porque soy una pobre empleada de los Alfa…

—Aguarda, nena. No hables tan de prisa que no te entiendo. ¿Una empleada de mi casa? ¿Qué es lo que quieres que lea? ¿Por qué has hecho cisco la «Odalisca», mi mascota de porcelana? ¡Santo Dios! ¿Por qué las

chicas no me dejan nunca en paz? —se volvió a echar, pero ella se acercó, poniéndole el periódico ante los ojos.

—¡Lea, mamarracho!

Si veinticuatro horas antes le hubieran dicho que iba a estar insultando a su presidente tumbado en la cama, habría considerado loco al vaticinador. Pero la escena, sin embargo, era cruelmente real.

Leyó Ignacio sonriendo y no entendió nada. Luego volvió a leer y su sonrisa se apagó. Inesperadamente abandonó el lecho de un salto y pasó al contiguo cuarto de baño, poniendo la cabeza bajo la ducha. Regresó con el cabello chorreando agua y el periódico temblándole en la mano.

—Dice aquí que…

—Que Isabel Ferrán e Ignacio Soto han contraído matrimonio. ¿Va a hacerme creer que no sabe nada de esa atrocidad?

La miró atónito, preguntando aterrado:

—Pero no será cierto… ¿verdad?

—¿Lo duda? ¿Se ha vuelto loco?

Como un autómata volvió a mojarse la cabeza y regresó al minuto, algo más despejado, siguiendo la conversación en el punto en que la dejara, pero con tono furioso:

—Entonces… si no es cierto, ¿quién diablos ha mandado poner esas majaderías?

—¡Eso es lo que vengo a preguntar!

—¿Quién es Isabel Ferrán, empleada de los Alfa?

— ¡Yo! ¡Yo! ¡Yo! Lo sabe perfectamente. Se lo acabo de decir. Pero no puedo seguir discutiendo un minuto más en esta habitación… Es vergonzoso. ¿Qué disculpas va a darme? La noticia es un error increíble. Exijo una rectificación inmediata.

Observó que él estaba poniéndose un batín de colores que le daba aspecto de maharajá, pero los nervios le impedían encontrar el hueco de la manga. Tras breve lucha lo consiguió, y como si la bata le prestara aplomo, haciéndole lecobrar su habitual cinismo, se plantó ante Mabel cruzándose de brazos.

—Mira, nena. Todo esto es muy raro. Muy raro. Si es un truco tuyo para… escalar los primeros puestos, como si dijéramos, siento decirte que

te va a costar un disgusto gordo. ¡Muy gordo! A mí no se me caza por las malas, ¿entiendes? Sin duda habrás oído decir en la tienda que me «pirro» por las faldas. De acuerdo, pero no soy ningún idiota. Y esto —golpeó el periódico —es ir demasiado lejos.

Mabel roja de indignación, notó que las lágrimas pugnaban por asomarle a los ojos…

—¡Es usted un… cínico! Aunque poseyera cien almacenes Alfa, me parecería igual de repugnante. Yo no inserté esa nota en el periódico, si es eso lo que trata de sugerir. Soy una buena chica, entérese de esto. Una chica decente. Efectivamente, he oído hablar de usted en la tienda, pero en términos tan despreciativos que mataron mi curiosidad por conocerlo. Es usted un verdadero «asquito», señor Soto, y no estoy dispuesta a aguantar encima insultos.

El «asquito» dió un salto atrás, impresionado por su acento de sinceridad. Por vez primera en su vida se sintió desconcertado. Aquello de «asquito» le llegaba al alma.

—¿Puedo saber por qué soy un «asquito»? —preguntó puerilmente.

Pero Mabel no tuvo tiempo de contestar. La puerta se abrió para dar paso al imponente criado, empujando una mesita de ruedas con dos servicios de desayuno. El sirviente agradecía el pretexto del desayuno que iba a permitirle saciar su curiosidad lógicamente agudizada. Un minuto más sin enterarse de lo que ocurría entre el señor y la señora, y le habría dado una congestión.

—Buenos días, señor. Me permito recordarle que a las doce tendrá lugar la gran reunión de los Alfa… A la vez… no sé si felicitar al señor por la increíble noticia que… —El criado acostumbraba a dejar las frases sin terminar, fiándose de la comprensión de sus interlocutores—. Por otra parte, deseo decir respetuosamente que estoy dolido por… ¡Hum…! Me he permitido traer dos servicios por si la señorita… es decir, la señora…

Esperó, mirando a uno y a otro, percibiendo lo enrarecido de la atmósfera, y la excitación de la pareja, en cuyos ojos no se advertía el menor rastro de satisfacción.

Ignacio perdió la paciencia y le increpó furioso:

—¡Largo de aquí! La señorita no es la señora, es decir, la señora no es… Bueno… No existe tal señora, pedazo de atún. ¡Fuera!

Perdiendo toda su majestad se alejó el criado velozmente. No comprendía una palabra de todo aquello.

Ignacio, cada vez más disgustado, paseó con las manos en la espalda, tratando de encontrar una idea. Pero tener ideas a las diez de la mañana habiéndose acostado borracho a las cuatro, era pedir demasiado a un cerebro. Las palabras del sirviente acabaron de aumentar su turbación. La fiesta de los Alfa.

Aquel escándalo en semejante fecha… Y con el tío de la Argentina recién llegado… Todo su escaso prestigio caería hecho trizas.

Se dejó caer en un sillón y se sirvió café, mecánicamente, por hacer algo.

—¿No quiere una taza? —ofreció.

—No quiero nada. Sólo deseo arreglar esto. Es preciso que telefonee al periódico.

—Hace dos días que mi teléfono está estropeado.

—Escriba una nota diciendo que ha sido un error. ¡Haga algo! —se detuvo angustiada—. Es preciso que sepa todo el mundo que no nos conocíamos antes de ahora… Que Isabel Ferrán nada tiene que ver con usted… Pero no lo podrán creer, estoy segura. Supondrán que se trata de una aventura frustrada… ¡Es horrible!

Estaba tan bonita llorando, que Ignacio no pudo dejar de reconocerlo. ¿Cómo no se había fijado en ella nunca? Sin embargo, el rostro resultábale conocido. De pronto recordó.

—«¡Blanca Nieves!» —Se incorporó a medias—. Es usted «Blanca Nieves». ¡La pillé! Aseguraba no conocerme y, sin embargo, antes de ayer charlé con usted al comprarle un cuento.

—Vendí muchos cuentos a infinidad de hombres con su mismo aspecto.

—Increíble. ¿De verdad no se fijó?

—Lo considera imposible, ¿no…? Basta de conversación, por favor.

— ¡Eso digo yo! Basta de conversación. —Estaba enfadado por los desaires femeninos a los que no se acostumbraba—. No sé por qué tengo

que arreglar un lío que no he armado. Y si espera una indemnización económica… no se haga ilusiones. Es eso lo que le interesa, ¿no?

Al verle tan cerca, y oyéndose insultar, Mabel no resistió a la tentación de abofetearle. Las dos sonoras bofetadas hicieron retroceder al muchacho. Sonrió y con los ojos brillantes, agarró la mano que le castigara y la besó en la palma y en el dorso repetidas veces.

En el mismo instante se abrió la puerta dando paso a dos nuevos visitantes, que entraron como una tromba, a tiempo de presenciar la escena de besos y bofetadas. El dormitorio se llenó de exclamaciones de estupor.

—¡Ignacio!

— ¡Don Ernesto!

—¡Juan!

— ¡Mabel!

—¿Qué significa…?

—Eso quiero yo saber.

—¡No es posible que te hayas casado!

—¡Claro que no me he casado!

—¿Qué haces aquí, Mabel?

—¡Necesito una explicación!

—¡Necesito que me expliques…!

—¡Quiero que me expliquen a mí…!

—¡Yo soy quien exige explicaciones!

—¡Por favor, que se explique uno solo! O que no se explique nadie, pero hablemos con serenidad. —Era Soto el Viejo quien hablaba.

Ignacio le miró asombrado.

—Y a todo esto, ¿usted quién es?

—Soy tu tío.

Mabel gritó:

—¿Su tío? ¡Si es Papá Noel!

—¡Soy Juan Ignacio Soto, tu tío!

—¡No es posible!

—Sí lo es…

Ignacio se rascó la cabeza, exasperado.

—Entonces… ¿por qué demonios te llaman Soto el Viejo si pareces más joven que yo?

—Lo ignoro. Y cree que no me gusta el adjetivo.

—Debe ser un error —intervino Mabel—. Este señor es el empleado de los Alfa que se disfrazó de Papá Noel. Se llama Juan y…

—Me llamo Juan Ignacio Soto, alias Papá Noel, empleado de los Alfa, efectivamente, desde hace quince días en que desembarqué en España. Me pareció que éste era el mejor modo de averiguar qué era lo que fallaba en el engranaje de la casa. Ni siquiera don Ernesto sabía nada hasta que yo se lo he dicho hace cinco minutos. Pero dejemos esto… venimos a que nos aclares… —se volvió hacia Mabel con frialdad—. Y usted también, señorita.

Eran demasiadas emociones para Mabel, que se cubrió el rostro con las manos, sollozando.

—No es el momento de llorar —siguió él, sin compadecerse—. Me ha engañado usted… ¡Qué poco me dijo que conocía a Ignacio con la mayor intimidad, a juzgar por lo que he visto! Y pensar que creí…

—Usted es quien me ha engañado a mí, haciéndose pasar por quien no era… —se defendió Mabel, sorprendida interiormente al convencerse de que lo único que le importaba en aquel instante era la frialdad de los acerados ojos grises, que horas antes se posaran en los suyos—. Jamás antes de ahora hablé con su sobrino.

—¿Ah, no? Es difícil creerlo, viéndola en su propio dormitorio.

—El criado me introdujo aquí. Creí que era el salón.

Era demasiado absurdo para que lo creyeran.

—Bien, ya nada tiene importancia, excepto…

—…excepto la veracidad de la noticia —terció don Ernesto.

Ignacio se creyó obligado a intervenir con honrada sinceridad.

—Es la primera vez en mi vida que he cruzado tres palabras seguidas con esta muchacha. Juro que jamás he sostenido con ella el menor *flirt*. Es preciso que me crean.

—¡Ésta es la verdad! —insistió Mabel, llorosa. Observó que las pupilas de Soto el Joven y Soto el Viejo eran de idéntico color. Pero en las del tío

continuaba brillando un auténtico furor—. La única verdad. Cuando entré en esta habitación todo estaba a obscuras y…

—…y volcó la mesa —continuó Ignacio deseando justificarse por vez primera en su vida—. Y entonces yo me desperté, y la señorita me lanzó a la cabeza el periódico… y de paso me ha dado dos bofetadas. Ésta es la bonita historia. Ahora mismo voy a ir a la redacción y…

Juan le detuvo con un gesto.

—No te molestes, en el periódico no saben nada. Vengo de allí. Una mujer de cierta edad, llamada Rosa García y domiciliada en un número que no existe de la calle del Conde Duque, fue la que insertó la noticia. Es algo extraño. —Miró de reojo a la llorosa figura femenina y parpadeó, comenzando a ablandarse.

—¿Qué podríamos hacer? —preguntó Ignacio, consternado—. Empiezo a pensar que alguna de mis ex amiguitas me ha hecho objeto de una pesada broma. Incluso me figuro quién puede haber sido. Alguien que conozca bien los Alfa. Cualquiera de las chiquitas que… Pero… ¿por qué asociarme con la señorita Ferrán, precisamente, si ignoraba su existencia?

—Quizá porque estos días ha causado sensación en su papel de «Blanca Nieves». Creo que es algo que no sabremos nunca. De todos modos, si puede demostrarse que la señorita no ha intervenido, prometo indemnizarla por ese contratiempo.

Fue don Ernesto quien soltó la parrafada, mientras limpiaba sus gafas con una bayetita de franela amarilla.

Mabel se dirigió a la puerta, no pudiendo soportar más.

—La única indemnización que exijo es que mi buen nombre quede a salvo de este escándalo. Por lo demás, pueden quedarse con su dinero y con los Alfa. No quiero nada de ustedes. Sólo deseo olvidarlos… Buenos días.

Salió dignamente y avanzó por la galería, tropezando con el criado, que escuchaba con ojos agrandados por la emoción. Sin detenerse, bajó las escaleras hasta el vestíbulo, donde alguien se le adelantó, cogiéndola por un brazo.

—Un momento, querida…

¿Querida? Se dejó arrastrar hacia un saloncito donde el sol entraba a raudales sin poder liberarse de los fuertes dedos que la aprisionaban. A

pesar de ello, se debatió inútilmente negándose a sentarse junto a su enemigo en un sofá bajito, tapizado con tonos brillantes. Sin embargo, se encontró sentada, con sus manos entre las suyas. Rehuyó la mirada de las pupilas claras, volviendo la cabeza hacia otro lado. Juan la cogió por la barbilla obligándola a contemplarle.

—¡Mabel…! Tienes que oírme… Es preciso que hablemos.

—Nada tenemos que hablar. Déjeme, señor Soto.

—¿Señor Soto? ¿Ya no soy «Papá Noel»…? —Negó ella—. ¿Ni siquiera Juan a secas? —Volvió a negar Mabel, agitando la cabeza—. ¿Ya no somos amigos?

—No quiero nada con los Soto, acabo de decirlo. Sólo deseo marcharme a mi casa.

—Vamos, fierecilla. ¿Es que no sabes lo que son los celos?

—Celos…

—Naturalmente… Me he pasado la noche sin dormir, pensando en ti… y por la mañana me entero de tu boda… ¿No es para trastornar al más santo?

—A usted nada puede importarle. Ya no voy a darle más explicaciones. No me creyó en un principio. Sin embargo, usted sí que me engañó.

—No te engañé. Mi nombre es Juan, pertenezco a los Alfa y aunque me creía un hombre serio, he resultado un atolondrado, ya que he perdido la cabeza por una niña en cuarenta y ocho horas, lo cual hace disminuir mi autoridad para reprender al insensato de mi sobrino. ¿Qué me dices a eso?

—No digo nada. Quiero irme.

—¿Por qué me guardas rencor?

—Ha sospechado de mí, me ha ofendido creyendo… —Se echó a llorar —. Y todo esto en el momento en que me disponía a pasar un día tan feliz…

—¿Un día tan feliz?

—En la fiesta de los Alfa, con usted, es decir, con mi compañero Juan…

—¿Y por qué no podemos pasarlo, digo yo?

—¿Con el presidente? ¿Está loco? ¡Menudo escándalo se habrá armado a esta hora con la historia de la boda! No quiero volver a ver a nadie de la tienda. Me moriría de vergüenza. ¡No, no y no!

Sonrió él, secándole las lágrimas con su propio pañuelo, mientras hablaba en tono consolador, como a un niño, tras una rabieta.

—Mabel, escúchame… Perdóname si me he dejado llevar de los celos hace un momento… No he dudado de ti, puedes creerlo. No vuelvas la cabeza. No me resignaré a perderte. No imaginas lo que supones para mí. Será absurdo quizá. Nos conocemos desde hace unos días, pero siento que he encontrado en ti lo que busqué toda la vida. Al llegar a España hace dos semanas, después de veinte años de ausencia, me sentí extraño, perdido. No podía sintonizar mis recuerdos. Todo era distinto a como yo me lo figuraba. Mis viejos amigos habíanse dispersado. La ciudad era diferente. Incluso los Alfa me parecieron hostiles, desagradables. Pero te encontré a ti. Fuí a aquella casa antigua, modesta y recuperé mis recuerdos. Tus hermanos, tu mesa, vuestra intimidad. De golpe volvió todo a mí, y de nuevo me sentí feliz en mi Patria, como si jamás me hubiera alejado de ella. Nunca olvidaré la Nochebuena, y mucho menos la comida de Navidad, a solas con vosotros. ¿Te pa rezco ridículo? No sabes lo horrible que es sentirse extranjero en su propia Patria y completamente solo… ¿Verdad que me comprendes…?

Asintió, notando que disminuía su resistencia y que las manos que él continuaba reteniendo negábanse a seguir luchando por libertarse.

—Quizá me encuentres viejo y todo cuanto te digo te cause risa.

Se indignó Mabel.

—¿Viejo? ¡De ningún modo…! No es eso…

—¿No me llaman Soto el Viejo? —se burló él, contento al ver que sonreía—. ¿O quizá te parezco antipático? ¿Tampoco? Entonces, escúchame. Te prohíbo hablar durante veinte minutos. Tienes que escucharme, porque he encontrado el modo de arreglar ese lío del periódico… ¡Ah! Y al final tendrás irremediablemente que decir: ¡Sí! ¿No sabes decir sí? Mira… Hay que poner la boca de este modo y luego…

Luego le dió un beso, empezando de aquella manera su historia.

—¿No quiere otra copa de Jerez, señora Soto?

Mabel miró al importante accionista sentado a su derecha y aceptó la copa que le ofrecían; después sonrió también a Juan, sentado al otro lado, en la presidencia del banquete.

Creía soñar. La vida no podía ser tan fantástica. De un momento a otro tendría que despertarse encontrándose en su camita del piso de doña Gregoria ante la perspectiva de madrugar para hacer los desayunos y correr hacia la tienda.

Un sueño era, evidentemente, su llegada al Salón de Juntas en compañía de los dós Soto y de don Ernesto, llegada que fué acogida con frenéticos murmullos de curiosidad y con algunos aplausos. La noticia de la presunta boda era el natural tema de las conversaciones, y todo el mundo se agolpó alrededor, deseando felicitarlos. También formaban parte del sueño las palabras de Soto el Viejo —más joven que nunca por la animación de su sonrisa —al presentarse con su verdadera personalidad y explicar después que la noticia de la Prensa no se atenía exactamente a la realidad, ya que la señorita Ferrán —señaló a la temblorosa Mabel, aferrada a su brazo, con los ojos entornados para que no le deslumbrara aquel fantástico cuadro que le recordaba el número final de una opereta fastuosa —era, en efecto, la señora Soto, pero no de Ignacio Soto, sino de Juan Ignacio Soto, conocido por Soto el Viejo, es decir, su propia esposa.

Risas, aplausos. Más risas… Felicitaciones. El sueño continuaba. Y también las explicaciones de Juan. «Habíanse casado» pocos días antes y de mutuo acuerdo trabajaron en los Alfa, deseando conocer de cerca las necesidades de sus empleados. Un periodista indiscreto consiguió averiguar la verdad a medias.

Ésta era la historia inventada por Juan minutos antes y que sería realidad días más tarde, suponiendo que no despertara Mabel de su sueño.

Al acabar de hablar Soto, tomó la palabra don Ernesto y por último lo hizo Soto el Joven, siendo contestados por el jefe de personal, que les ofreció un inmenso pergamino lleno de firmas.

Más aplausos… más felicitaciones. Y el banquete, sentada entre Juan y uno de los accionistas. Todo esto le estaba ocurriendo a la empleadita interina disfrazada de «Blanca Nieves».

No era posible. Bebió para que la agradable semiinconsciencia del vino le permitiera seguir soñando.

Don Ernesto, desde su silla, junto a Soto el Joven, hizo un gesto a María, que no podía creer aún semejente historia. Más tarde se enteraría de todo,

porque estaba segura de que él no sabría ocultarle un secreto. También por su parte asombraría después a los compañeros de la tienda, comunicándoles su próxima boda con el gerente. Tendría que ser una boda de mucho rumbo y de mucha alegría.

Todo a lo largo de la mesa, los empleados de los Almacenes Alfa sumábanse al general contento, disfrutando del generoro banquete. Que el presidente y su esposa hubieran sido compañeros suyos durante unos días supondría mejoras para todos, y les unía con lazos de afecto.

Jiménez, mostrando la más radiante sonrisa a tono con su categoría de feliz papá, contaba a quien quería oírlo, que había celebrado la Nochebuena cenando mano a mano con Soto el Viejo. Sí, señor, era verdad. Y el que no lo creyera, que se lo preguntara al propio jefe.

Se enterneció el botones del ascensor al ver aparecer una gran fuente de helados en tres colores, y guiñó un ojo a su vecina, la empleada del guardarropa.

— ¡Ya decía yo que a Soto el Joven no había quien lo pescara! ¡Menudo tío es!

A lo que su vecina repuso:

— ¡Y ya decía yo que «Papá Noel» se quedaría fijo en los Alfa! Y tan fijo. Como que se quedará aquí de presidente, en tanto que Soto el Joven se marchará a Buenos Aires. Ya has oído a don Ernesto. Estamos de enhorabuena.

Al descorcharse el champaña, «Papá Noel», «La Bruja», «Blanca Nieves» y el «Lobo Feroz» recordaron sus brindis de dos noches antes, con sidra barata. ¿Dos noches antes nada más? Para cada uno de ellos la Navidad había traído un fantástico regalo.

Mabel no consiguió despertar del sueño hasta mucho más tarde, cuando el auto de Juan la llevaba a su casa. Entonces la presión de los labios que quemaban los suyos le hizo comprender que todo aquello era una maravillosa realidad, de la cual no despertaría nunca.

El gerente de los Almacenes Alfa, con las manos en la espalda, paseó por entre el gentío, aglomerado en el patio. Aunque sus pasos le llevaban hacia

la sección de juguétes, torció a la izquierda, encaminándose a la de equipajes.

Sí. Eligiría la maleta beige y también un baúl-armario donde su ropa y la de María cupiera holgadamente ¡Su ropa y la de María! Saboreó la frase. Semejante promiscuidad de ropas y zapatos inundábale de alegría. Con el pensamiento proyectó el itinerario. ¿Lisboa, Estoril, Cintra? O quizá Barcelona, Mallorca y después un salto a Marruecos. ¿Por qué no?

Metió la mano en el bolsillo buscando una pluma y un bloc de notas para hacer cuentas. Le encantaba hacer cuentas, pensando en que María iba a disfrutar de sus ahorros.

Sus dedos tocaron el papel azul del telegrama recién recibido y lo rompió, porque sabía de memoria su texto, como sabía también quién había sido la autora de la reseña de «Las Noticias». Pero no podría probarlo nunca y esto le dejaba algo fastidiado. El telegrama iba firmado por Adriana y decía asi:

«Maravillosa noticia. Enhorabuena, tortolitos. Puede guardarse su empleo, San Sebastián, viejo buho. Me marcho a París con un pariente. Cariñitos.»

Lentamente se acercó al mostrador de cuentos, deseando que la sonrisa de María borrase aquel mal recuerdo. Allí estaba «La Bruja», atareada como siempre, pero encontró tiempo para mirarle y decir con voz chillona:

—¿Desea cuentos para sus nietos, caballero?

A lo que él respondió:

—¡Caramba! Me ha asustado. Es usted una auténtica bruja, señora mía.

Rieron, y al sentirse observados recobraron su seridead.

Había otra «Blanca Nieves» en el mostrador, quizá más diestra haciendo paquetes que la muchacha anterior, pero no tan linda. En cambio, el «Lobo Feroz» era el mismo, más revoltoso y alegre que otros días, acaparando a los chiquillos que la ausencia de «Papá Noel» dejara desilusionados.

Porque «Papá Noel» y su novia estaban muy ocupados con sus asuntos particulares, y ya nunca volverían a la sección de juguetes.

A través del cristal del escaparate empapado por la lluvia, don Ernesto contempló la calle. Iluminaron las luces verdes a los Grandes Almacenes Alfa, entre cuyos muros pasara el gerente toda su vida. Después las luces

blancas indicaron la rebaja del veinte por ciento, y, finalmente, las bombillas rojas anunciaron los más alegres días del año.

—dadivaN… dadivaN —leyó el director al revés, como de costumbre.

Luego dió un afectuoso golpecito a un botones y siguió preparando el itinerario de su viaje de novios…

LINA ES UNA AVENTURERA

Avanzó descalza hacia el malecón, pisando las algas que se escurrían bajo sus pies como seres vivos. La llave mohosa le abrió paso hasta el cuartucho donde el bañero encerraba las piraguas de los veraneantes y sus propios aparejos de pesca. Olía a humedad, a lonas empapadas de sal y a pintura fresca. Encendió una cerilla porque la débil luz del amanecer no permitía reconocer los esquifes y fue leyendo los letreros de la proa:

«Chavala»…

«La dolce vita»…

«Topolino»…

«Feúcha»… Junto a ésta descubrió la afilada punta de su «Pirata», un poco apartada de las otras, como la aristócrata en una reunión de nuevos ricos. Era una piragua preciosa, ligera y ridículamente cara, como todos los regalos que recibiera siempre de su padre.

La arrastró sin gran trabajo fuera del refugio, cerrando nuevamente para que el viejo pescador no notara la ausencia de «Pirata» hasta que fuese ya muy tarde. La marea estaba baja, y «Pirata» fue dejando un surco recto sobre la inmaculada arena que a Lina le hizo pensar en una seda castaña, recién planchada. Toda la vida habíale encantado pasear por la playa cuando bajaba la marea para ir imprimiendo sus huellas en la superficie lisa, sintiéndose tan importante como los primeros pobladores de una tierra nueva.

—Siempre me ha gustado ser la primera en todo —pensó ligeramente filosófica, mientras depositaba dentro de la piragua el paquete con su ropa y las provisiones secretamente preparadas. No eran muchas. No hubiera podido esconderlas sin llamar la atención de la odiosa familia que a aquellas horas dormiría en la finca «Lauri Enea» bien ajena a la catástrofe que les amenazaba.

La frialdad del agua prodújole un estremecimiento. Antes de empujar a «Pirata» hacia la aventura, dirigió una última y sorprendida mirada a la playa, que permanecía absolutamente desierta, un poco hostil, tan distinta del bullicioso paraíso en que se convertiría bien entrada la mañana, cuando las lujosas villas que bordeaban toda su extensión se abrieran para dar salida a los tostados veraneantes, apenas cubiertos con someros trajes de baño y exhibiendo la última novedad en gafas ahumadas, boquillas exóticas, sandalias futuristas y bolsos de playa.

Las vendedoras de mariscos y patatas fritas recorrerían la hilera de toldos, cuyos palos, ahora sin lona, semejaban un abandonado despojo de mástiles, y alegrarían el ambiente con sus gritos al ofrecer las mercancías:

—¡A lá rica patata fritaaaa…!

—¡Cangrejos! ¡Quisquillas, cigalas…! — dejando a su paso un fuerte olor a sal, a verano y a alegría marinera.

Alegría que a ella le estuvo negada en la tormentosa quincena que siguió a la boda de su padre y durante la cual nadie habíala visto sonreír, ni apenas hablar. Se limitó, eso sí, a estar correcta con la antipática familia de su madrastra, porque era una chica bien educada y la tenían alojada en su casa. Pero evidentemente, su actitud fría y despectiva logró herirles, ya que a sus inútiles y amistosos intentos de los primeros días siguió el rápido descorazonamiento y la deseada tranquilidad. Los viejos padres de Emilia, y sus dos hermanos solterones concluyeron por dejarla en paz hartos de ser respondidos con monosílabos y de ser contemplados con visible antipatía por aquellos ojos verdes, terriblemente expresivos.

Naturalmente, no le hicieron ninguna escena, ¡sólo eso hubiera faltado!, pero infinidad de veces advirtió un significativo cambio de miradas entre el aborrecido «clan» familiar, miradas que sin duda querían decir:

—¡Insoportable chiquilla! Confiemos en que Emilia sabrá meterla en cintura.

Ignoraban que cuando regresaran su padre y la madrastra del viaje de novios, no la encontrarían allí, aguardándolos como una tonta para presenciar la segunda fase de su grotesca luna de miel.

No. No podría contemplar aquello sin desesperarse.

¡Cómo odiaba a Emilia! Y lo irritante del caso era que al principio habíala querido, sin sospechar lo que ocurriría. Se la presentaron en el Club de Campo y, a pesar de la diferencia de edades — Lina contaba diecisiete años y la otra bordeada los treinta —, hiciéronse grandes amigas. Emilia parecía una chiquilla, era muy bonita y elegante y poseía un gran aplomo mundano que deslumbraba a Lina, recién salida del colegio.

Ella misma tuvo la culpa de la catástrofe. A nadie podía echárselo en cara. ¡ Si no se la hubiera presentado a su padre, empeñándose en invitarla a comer, al cine, a la ópera y al «Felipe II», durante los fines de semana, en El Escorial…! ¡Qué ciega y estúpida fue, no advirtiendo que lo que no consiguieran tantas y tantas mujeres durante los quince años de viudedad del gran concertista Aláiz, lo conseguiría la sonrisita dulce de Emilia, sus ademanes lánguidos y su voz seductora!

La bomba la aturdió por inesperada. Desde que abandonara el internado, fue la constante compañera de su padre y juntos viajaron y disfrutaron durante la «tournée» que Aláiz tuvo que efectuar por el extranjero: Londres, París, Roma… Y en todas partes, sentada en la primera fila de butacas del salón de conciertos, la elegante figurita de Lina escuchaba religiosamente los sonidos del piano, sonidos que parecían nuevos al ser registrados por los geniales dedos de él. El mundo entero reconocía que era genial y Lina se enorgullecía de ser su hija y de no compartir con nadie su corazón.

Todo iba maravillosamente, hasta que intervino «ella», la enemiga. Naturalmente, Lina no facilitó mucho las cosas a los «tortolitos», sino todo lo contrario. Hizo terribles escenas a su padre y, acostumbrada a verlo ceder ante sus menores caprichos, la repentina energía de que diera muestras, la dejó abrumada. No sirvió que le asegurasen que nada cambiaría, que todo continuaría igual, que en Emilia tendría la mejor amiga… Adoptó una actitud intransigente y sólo por no disgustar a su padre consintió en acudir a la iglesia a presenciar la ceremonia, mientras la tormenta rugía en su interior. Incluso pareció resignarse cuando la enviaron a Zarauz, a casa de su familia política, con el deseo de que «congeniaran». Imaginóse lo que diría a los suegros y cuñaditos:

—Es preciso tener paciencia con ella. La he tenido siempre tan consentida… Pero es una buena chica; ya lo verán.

Suponía que en «Lauri Enea» nadie estaría de acuerdo con su padre respecto a esto último, sobre todo después de lo que decidiera hacer. Marcharse, desaparecer, darles un susto morrocotudo que los obligase a telegrafiar a papá, impidiendo a la odiosa Emilia saborear más tiempo su felicidad.

Cada tarjeta que se recibía de los recién casados relatando animadas incidencias del viaje era una nueva espina para el corazón de la hija abandonada. Considerábase una hija abandonada, una pobre víctima incomprendida. Estaba resuelta a desaparecer durante seis días, el tiempo suficiente para que su padre se diera cuenta de lo mucho que había perdido. Después aparecería, planteándole la situación: o Emilia o yo.

Con la alegría de recuperarla, no vacilaría un segundo. Dejaría a Emilia en «Lauri Enea», en la casa de sus odiosos papás, y él volvería a reanudar su alegre vida con la hijita querida. Claro que los vínculos del matrimonio no podían romperse. Las monjas del internado machacaban mucho sobre eso. Pero Emilia podría recibir una generosa pensión que la compensase del alejamiento del marido. Así se hacía en todas las películas. Y la vida era una pura película para Lina.

Ella misma, en aquel momento, era exactamente igual que cualquier heroína del mejor «film». Ante sus ojos abríase un infinito horizonte de inquietante aventura. Ignoraba exactamente adónde dirigirse. En Madrid quedaban algunos parientes maternos, pero todos ellos gente excesivamente seria. Tras severa reprimenda, volverían a enviarla a Zarauz. Por lo tanto, no había que pensar en Madrid. Seis días pasarían pronto en cualquier lado. Desde luego, no podía alojarse en ningún hotel, aunque llevaba algún dinero para sufragar los gastos. La presencia de una muchacha sola, tan joven, despertaría grandes sospechas y curiosidad. Además, carecía de documentos.

Lo importante en un principio era alejarse de Zarauz. Después dejaría las cosas al azar. No se atrevía a decir que se las encomendaba a Dios, porque en el fondo temía que Dios no contemplara con buenos ojos su escapatoria.

Hundió el remo en el agua y bogó con rítmica rapidez. «Pirata» era un tesoro. Sentía ganas de golpear su madera como si fuese el lomo de un buen

caballo. Ligera y esbelta, semejaba uno de aquellos esquifes de las lejanos mares del Sur, tripulados por hombrecillos morenos de alborotada caballera.

Y ella misma parecía una de las exóticas nativas de «Pago-Pago», cubiertas con bonitos «sarongs» — su bañador floreado tenía todo el aspecto de semejante ropaje — y también sus largas melenas flotantes… si no hubieran tenido aquel tono de trigo maduro que todo el mundo le alababa. Era una melena muy bonita, de la que se sentía íntimamente orgullosa. Ahora destacaba más sobre la piel tostada, que hubiera podido pertenecer también a cualquier atractiva pagana de un islote coralífero.

El cloc-cloc del remo, batiendo el agua, producíale un efecto estimulante. Bogaba en dirección a la cercana Guetaria, sin separarse mucho de la costa. El mar tenía un aspecto poco tranquilizador, a fuerza de parecer tranquilo. Lina, acostumbrada al Cantábrico, no se dejaba engañar por su inocente apariencia. Sabía que bastaban unos minutos para que la galerna convirtiera aquel tranquilo lago en un caos de remolinos peligrosísimos.

¡Qué susto se llevaría, la odiosa familia cuando comprobara su definitiva ausencia…! Hasta el mediodía no la molestarían, pues solía pedir el desayuno a las doce. Posiblemente esperarían hasta las doce y media, hora en que la doncella golpearía la puerta delicadamente, avanzando después con là bandeja bien provista.

Hasta la criada tenía la virtud de ponerle los nervios de punta con su alegre saludo matinal de:

—¡Buenos días, señorita Lina! Hace una mañana espléndida para el baño. — Saludo al que Lina contestaba con un gruñido, pensando que el aborrecible clan parecía tener la consigna de hablarle en el tono estimulante y estúpido que se empleaba con niños o con locos.

Bordeó el pintoresco promontorio de rocas llamado «El Ratón» y distinguió en seguida la aldea de Guetaria, pintoresca y de tradición marinera. De allí mismo salió un día el glorioso grupo de españoles capitaneados por Juan Sebastián Elcano, con un proyecto de travesía mucho más importante que el que animaba a Lina. Divisaba la parte alta del monumento a Elcano, alzado frente al mar que tan brillantemente dominara. Recordó la inscripción de «Primus circumdedisti me», cruzada sobre un

globo terráqueo de piedra. Días antes vióse obligada a merendar con los padres de Emilia en uno de los cafetines de la plaza, y el buen señor, con la pesadez propia de los viejos, se empeñó en referirle toda la historia de Elcano y de sus compañeros, como si ella tuviese cinco años y no poseyera un flamante título de bachiller. ¡Indignante!

Miró al mar y después al cielo, preguntándose si aquel feo color plomizo se debería a la niebla matutina o a algo mucho más serio. Llevaban varios días de furiosas galernas, como si los elementos se hubieran querido poner a tono con su propio espíritu tormentoso. Pero ahora no había contado con semejante contratiempo desagradabie. Pensaba llegar en piragua hasta Zumaya y allí tomar un tren que la alejase en cualquier dirección.

Remó con más vigor observando que el tono plomizo del cielo se reflejaba en el agua, cuyo fondo comenzaba a removerse. Bandadas de gaviotas revoloteaban muy bajo, anunciando tormenta. Se mordió los labios con rabia, sintiendo un escalofrío. ¿Qué podría hacer? ¿Desembarcar tan pronto?

Consiguió rebasar Guetaria y descansó, dejando que la brisa la empujara. Advirtiendo que la corriente la llevaba mar adentro, tuvo que coger de nuevo el remo, escudriñando la costa en busca de algún punto donde desembarcar. Sí… Desembarcaría porque el asunto se ponía feo. Pero no se dejaría abatir por tan nimio contratiempo. No… Aquella tontería no iba a conseguir desmoralizarla.

Se repitió la frase, tratando de infundirle ánimos. En el fondo, parecíale que la galerna era un mal presagio en el comienzo de su aventura, que imaginara absolutamente fácil y brillante.

Encontró una ensenada entre rocas y, dando gracias al cielo por la ligereza de la piragua y por su habilidad para tripularla, consiguió embarrancarla en la arena, mientras caían sobre su nariz las primeras gotas de lluvia.

Renegando del clima del Norte, se refugió bajo unos árboles, desenvolviendo el paquete de su ropa y poniéndose la falda y la blusa blancas sobre el bañador, cubriéndolo todo con el impermeable que trajera con muy buen acuerdo. Después calzó unos zapatos de lona y, metiendo en el bolsillo del impermeable el paquete con los dos bocadillos y la carterita

del dinero, en la que guardaba también una foto de su padre, recortada de una revista, echó a andar. No podía perder tiempo y era imposible continuar el viaje por vía marítima.

Con las piernas un poco temblorosas, subió por la pendiente con dirección a la carretera. Desde arriba trató de divisar a «Pirata», escondida entre los árboles, diciéndose que aunque la encontraran no conseguirían descubrir a su propietaria. Al menos en varios días.

Luego emprendió la caminata hacia Zumaya, bajo la lluvia fina y las violentas ráfagas de aire. Tan sólo la separaban unos kilómetros de «Lauri Enea» y encontrábase ya ante desagradables dificultades. Decididamente, era una chica de mala suerte. En las películas todo hubiera sido distinto. La heroína que huía de un hogar hostil habría encontrado en seguida, gente amable que le facilitara albergue y un guapo chico que, conduciendo su automóvil, la librara de la lluvia y de la desagradable caminata por carretera.

Tuvo una idea. También ella podía parar un auto, como viera hacer en el cine, levantando el pulgar de la mano derecha indicando la dirección que quería seguir. Pero era una desgracia que no pasasen autos a tan temprana hora. Únicamente camionetas a una velocidad excesiva.

Se detuvo hacia un árbol. La lluvia aumentaba. Los cabellos, largos y empapados, pegábansele al rostro y lo azotaban impulsados por el fuerte viento. ¡Molestísimo! Recordó con cierta añoranza, rápidamente sofocada, su confortable dormitorio en «Lauri Enea», donde aún dormiría tranquilamente si no hubiera decidido libertarse.

Bien. De todos modos no le pesaba lo hecho. Cuando luciera el sol nuevamente, volvería a sentirse animosa… suponiendo que no hubiera cogido una pulmonía.

Con alegre esperanza vio que un coche doblaba el recodo. Era el coche anhelado momentos antes.

Preparó el pulgar y avanzó hacia la cuneta. Ya estaba allí…

Pasó de largo, sin sospechar la existencia de pulgares suplicantes y sin mirar siquiera a la aterida figura femenina cubierta con un elegante impermeable. «Decididamente — pensó Lina —, debo de haberme levantado hoy con el pie izquierdo.»

Pasó una camioneta y decidió que, no habiendo motivo para despreciar a las camionetas, también podría probar. Dudaba un poco del tierno corazón de los conductores de camionetas, a los que consideraba seres de especie distinta, nacidos del matrimonio de un tigre y de una apisonadora.

Probó, sin embargo, con la misma suerte. O su pulgar era demasiado pequeño, o la gente no iba al cine y no comprendía lo que significaba el ruego.

En vista del fracaso, sacó un enorme bocadillo de queso y se lo comió tristemente, escondiéndolo en el bolsillo a cada bocado para que la lluvia no lo mojara.

Hubiera dado cualquier cosa por una taza de café bien caliente, y se prometía saciarse de él en cuanto llegara al próximo pueblo. Decidido lo cual, echó a andar teniendo como próximo objetivo y como faro de sus pasos la humeante taza del sabroso líquido.

Caminaba a paso ligero cuando un fuerte bocinazo le hizo dar un brinco y apartarse en sentido contrario, a punto de ser atropellado por un minúsculo cochecito, reluciente como charol. Dió un grito y a la vez el conductor frenó bruscamente, con gran aparato de chirridos. En seguida asomó la cabeza por la ventanilla, hecho una fiera. No era tampoco esta vez la bonita aventura peliculesca.

—¿Pero es que se ha propuesto que la mate? ¿No sabe qué no es conveniente ir por el centro de la carretera? ¡Podía haber ocurrido una desgracia!

Su furia se contagió a Lina.

—¡Una desgracia! Sí, supongo que podría haber atropellado yo a su carrito. Pero por fortuna no lo he volcado. Puede usted seguir trotando.

El hombre asomó la cabeza nuevamente y Lina pudo observar que llevaba un pañuelo enmarcándole el rostro como si le dolieran las muelas, lo cual le daba una apariencia grotesca.

—Conque un carrito, ¿eh…? Sin embargo, es algo más cómodo que su *Rolls*. ¿No cree que el sol calienta demasiado?

—Sí. Su carrito parece algo sudoroso… Podría secarlo con el pañuelo.

El dueño del auto inició media sonrisa, quebrada por un gesto de dolor, y se llevó la mano a la cara. Después de lo cual volvió a embragar y se alejó

unos metros, frenando casi en seguida con súbita idea.

—Oiga —gritó—. Voy a Zumaya… Si quiere subir…

No había concluido la frase cuando ya Lina se instalaba a su lado, empapando el asiento de agua.

—Muchísimas gracias. Es usted excesivamente amable. Precisamente voy a Zumaya. Salí a dar un paseo y me pilló la galerna. Es un clima detestable. Si tiene apetito, puedo ofrecerle un bocadillo de jamón. No creo que se haya mojado.

—No, gracias; no puedo comer—. El hombre la miró de reojo, sorprendido de su cambio de actitud y de haber tenido encuentro tan sorprendente a las siete de la mañana.

Se lo dijo así.

—Es que madrugo mucho —aclaró ella—. El médico me ha ordenado pasear al aire libre de madrugada. Una orden un poco extraña, ¿no? Pero ya sabemos lo que son los médicos psicoanalistas.

—¿Psicoanalistas?

—Sí… Esos que le descubren a uno enfermedades que ignora tener. Descubrió que yo padecía de «morbo asfixiante».

—¿Y eso qué es?

—Un complejo.

—¿Complejo…?

El hombre estaba aturdido. Encontrar en plena carretera, bajo una lluvia torrencial, y casi al amanecer, a una muchacha solitaria y extravagante, ya era suficientemente raro. Pero que además hablase como en los libros…

—Sí. Imagínese que me daba miedo del viento. Me empeñaba en que me asfixiaba, y no quería salir de casa. Por eso me ordenó pasear hasta que se me quitara el morbo.

—¿Y se le quitó?

—Sí, claro que sí. ¿No lo ve? Soy una chica como otra cualquiera.

«¡No! ¡No! —estuvo a punto de gritar el dueño del cochecito—. Tengo tres hijas y ninguna ha padecido jamás de complejos ni de morbos… o lo que sea.» Pero ni dijo nada, limitándose a mirarla otra vez disimuladamente. Era, por cierto, preciosa. Quizá más atractiva que bonita. Belleza moderna, que atraía por la armonía del conjunto. Piernas largas,

melenas largas e ideas larguísimas cortadas al patrón del cine. Si el conductor del coche hubiera sido aficionado al séptimo arte, habría comprendido en seguida que Lina era una gran imitadora de estrellas.

Se divirtió Lina observando con qué expresión extraña la contemplaba. Gustábale dar rienda suelta a su imaginación en cuanto se presentaba una oportunidad. Su padre habíale dicho siempre que debía encauzar su exceso de ideas hacia la literatura, y Lina se prometía escribir una novela «si alguna vez tenía tiempo», lo cual quería decir que jamás la escribiría, porque las personas más ocupadas eran las que nada tenían que hacer.

Al recordar a su padre, recordó Lina su situación, momentáneamente olvidada, alegrándose de que el diminuto auto la alejara más y más de «Lauri Enea». Miró a su compañero y se dijo que no tenía aspecto de veraneante. Parecía más bien un buen vasco acomodado. Un comerciante, posiblemente.

Como si leyera en sus pensamientos, le explicó él que había tenido que ir a San Sebastián el día anterir a recibir una partida de piezas de lona y que no pudo regresar a Zumaya por la noche, por lo cual lo hacía tan de mañana. Era propietario del almacén de artículos para campo y playa situado en la calle principal.

Lina le indicó que ella veraneaba en Zumaya y que se alojaba en el Gran Hotel. Prometió ir a comprar en su tienda un quitasol y unas sillas de lona, que le estaban haciendo «muchísima falta», según aseguró muy seria.

Creyó indicado luego ofrecerle una receta para su dolor de muelas.

—¿Dolor de muelas? No. Estoy convaleciente de paperas. Una cosa molestísima. ¿Sabe lo que es?

Claro que lo sabía. Se apartó hacia el extremo opuesto del coche. Recordaba a una compañera del colegio que cayó con paperas y que tuvo deformada la cara mucho tiempo. Según dijeron las monjas, era terriblemente contagioso.

Trató de bajarse al llegar a las primeras casas de Zumaya, pero el hombre no lo permitió.

—De ningún modo. Ya se ha mojado bastante. La llevaré hasta el hotel.

Incapaz de hablar, por temor de que hasta el aire del interior del coche estuviera infectado de microbios «paperiles», volvió a recostarse asomando

medio cuerpo por la ventanilla para rehuir el menor contacto. ¡Decididamente tenía la negra!

¡Paperas…! Se tocó la barbilla y sintió un ligero dolor, aunque quizá no fuese dolor exactamente. Volvió a tocarse recorriendo con ligeros golpecitos todo el contorno de su cara. ¿Dolía o no dolía…? Bueno, quizá fueran sólo los nervios.

—¿Qué le pasa? —preguntó él observando su manejo.

Enrojeció, apurada.

—Nada, nada… Las pulgas. Es un asco la cantidad de pulgas que hay por estas tierras, ¿verdad?

—Yo estoy acostumbrado y ya no las noto. Sólo pican a los veraneantes… ¡Ah! Ya estamos casi en su hotel. Su familia estará preocupada.

—Sí… seguramente.

Abrió la portezuela en cuanto el coche se detuvo y bajó de un salto, sintiéndose liberada.

—Muchas gracias por su amabilidad… Y deseo que se mejore.

—Adiós… Lo mismo digo.

—¿Cómo?

—Me refiero al «morbo»… Buenos días. Hasta pronto.

Esperó bajo la marquesina a que se alejara el auto. No quería entrar en el hotel, donde pudiera ser reconocida. Después cruzó la plazoleta y se internó por una calle que salía al puerto.

Continuaba lloviendo, aunque con menos fuerza. El temporal había quedado reducido a un vulgar «sirimiri» norteño.

Oyó Lina dar las ocho en el reloj de una iglesia cercana y se dijo que era preciso apresurarse. Tuvo que andar bastante, cruzando un gran puente, para llegar a la apartada estación, donde sacó billete de tercera hacia el primer punto que se le ocurrió.

Prefería viajar y esconderse por el interior de la provincia. Los pueblos costeros eran excesivamente visitados por todo el mundo para que se pudieran considerar refugios seguros.

Esperó la llegada del tren sorbiendo un café en la cantina. Luego se acomodó en un duro asiento, entre grupos de «caseras» y «caseros»,

vestidos de negro, como buenos vascos, con enormes paraguas empapados, grandes cestos con legumbres, pollos y huevos y grandes garrafas dé metal, llenas de leche.

Se adormeció oyendo hablar en vasco, del cual no conocía más que las consabidas palabras aprendidas por todos los veraneantes:

«Bai, bai» (sí, sí).

«Eskarikasko» (gracias).

Tenían ellos y ellas un aspecto limpio y agradable. Reían y cambiaban bromas y largas parrafadas llenas de erres y de kas.

«Felices ellos —pensó Lina—, que no tienen que afrontar un problema como el mío…

Los problemas de los labradores eran infinitamente más importantes, pero ella imaginaba ser un interesante personaje de atormentada vida interior.

Se sonó con fuerza. Comenzaba a constiparse. ¿Empezarían las paperas con un constipado? Volvió a tocar su cara y su cuello con rítmicos golpecitos, hasta que advirtió el asombro de una vieja sentada enfrente. Disimuló, rascándose una oreja.

Atravesaban caminos verdísimos, montañas color esmeralda, más oscuras en la cima, que perdían gradualmente el color hasta adquirir un matiz maravillosamente pálido en la falda.

La incomparable campiña vasca. Ni siquiera disminuía su encanto bajo la lluvia. Cuando saliera el sol, olvidaríanse las molestias de los continuos chaparrones, gracias a los cuales era posible tanta hermosura, y nadie podría guardarle rencor al clima.

El traqueteo y el ruido resultaban ensordecedores. Se trataba de un tren de vía estrecha. A pesar de ello, los viajeros continuaban hablando a gritos, aumentando el intenso barullo. Al otro lado del pasillo sentábanse dos señoras de mediana edad, bien vestidas, llevando colgando de una correa unos vasos de cristal cubiertos con funda de paja.

—Agüistas del balneario de Cestona —se dijo Lina, observando sus rostros de color bilioso. Efectivamente, las dos señoras descendieron en el apeadero de «Cestona-Balneario», uniéndose en el andén al numeroso grupo de hepáticos que, balanceando el inevitable vasito con funda de

mimbre, dirigíase, atravesando los jardines del Gran Hotel, hacia el manantial curativo.

—¿Dónde me bajaré yo? —pensó Lina, indecisa. Podía llegar hasta la estación final del trayecto o bien detenerse en cualquier punto, fiándolo al azar. La febril excitación que le producía su aventura manteníala en un estado de nervioso temblor, completamente lamentable. Encontrábase cansada como si hubiera andado leguas, y aunque cambiaba a cada minuto de postura, la flojera de las piernas convertíase en un hormiguillo molestísimo.

Se llenó el departamento al llegar al pueblo siguiente y el tren reanudó la marcha y el horrible traqueteo. Eran como un brebaje de distintos vinos, furiosamente agitados en la misma coctelera. Ella, naturalmente, representaba el champaña, y su vecino de asiento, un hombretón de nariz colorada y boina chorreante, al aguardiente matarratas. Sí. Una mezcla imposible de soportar.

Decidió bajarse en la próxima parada. A los pocos minutos se encontró en el desierto andén de una pequeña estación, viendo alejarse a la coctelera, con su conglomerado de vascos, vascas, gallinas, cestos y jarras de leche.

Echó a andar, siguiendo a otros dos viajeros que se instalaron seguidamente dentro de un enorme autobús, cuyo rótulo, enclavado sobre el parabrisas, mostraba un itinerario de pequeños pueblos hacia la parte interior de la montaña.

Lina, que había continuado andando, volvió sobre sus pasos, decidiendo que le convenía el autobús, y encontró un asiento libre entre una gruesa «casera» y un cura colorado, que leía «El Diario Vasco». También en el autobús había un extraño y variado surtido humano.

Recostó la cabeza en el duro respaldo, procurando hacerse un ovillo, y cerró los ojos, con los brazos cruzados sobre el pecho para retener el escaso calor. Hacía frío, era indudable, pero ella era la única que tiritaba, y no deseaba llamar la atención.

Por muy chiquitas que fueran las aldeas montañesas, tendrían alguna posada, o quizá podría alojarse en algún caserío—proyectó Lina—. Seis días pasaban pronto… aunque el corto viaje parecíale ya una pesadilla.

Se durmió y, semiinconsciente, se dio cuenta de que el cura le golpeó por dos veces la nariz al volver la hoja del periódico. Ni siquiera abrió un ojo para protestar. Tenía demasiado sueño.

Cuando volvió a tener noción de las cosas, ya no estaban ni el sacerdote ni la «casera», y casi todos los asientos permanecían vacíos, exceptuando los de última fila, junto a la portezuela de atrás.

La carretera bordeaba una montaña a bastante altura, divisándose abajo el valle, salpicado de pequeñas casitas. Ya no llovía y algunas gotas se escurrían por los cristales empañados de vaho.

Había tomado billete hasta el final de trayecto, pensando quedarse allí, o bien tomar otro autobús si no encontraba alojamiento. Ignoraba cuántos pueblos habían pasado ya y si aún quedarían muchos hasta su destino. Volvió la cabeza para preguntar al cobrador y quedó repentinamente paralizada, encontrando una cara conocida en uno de los asientos del fondo.

Por fortuna no la había visto el hombretón de enorme nariz y boca sonriente que tres días antes la cocinera de «Lauri Enea» presentara como su primo, portador de grandes cantidades de queso y chorizo. Precisamente el queso, que cubierto por dos rebanadas de pan tierno, acababa de devorar minutos antes. Si la reconocía estaba perdida. Toda su aventura sería un absoluto fracaso.

Al ver que el coche se detenía, no lo pensó más, y procurando no llamar la atención, trató de abrirse paso hasta la portezuela delantera, con tan mala fortuna, que un balanceo intempestivo le hizo golpear con el pie una jarra de leche, volcándola.

La propietaria, una enjuta aldeana de rostro severo, lanzó un grito y Lina se agachó tratando de remediar el desastre, a todas luces irremediable.

Un reguero de leche deslizábase por entre los asientos, obligando a levantar los pies a todo el mundo para no mancharse.

Lina maldijo su mala suerte. El primo de la cocinera dejó de charlar para contemplar el incidente, y Lina, con un arranque de desesperación y tras de proferir unas disculpas, bajó de un salto por la portezuela abierta y echó a andar a un paso que casi era una carrera a través de un prado.

La camioneta se alejó con su excitada carga de lechera indignada y sorprendidos viajeros. Lina consideró que había llegado el momento de

decir, como las heroínas de las películas:

—¡Estoy salvada!

Su optimismo decreció al echar una mirada en derredor y percibir la soledad que la rodeaba. La redonda figura de un viajero gordo, que descendiera allí era ya sólo un punto en la lejanía. Un punto un poco grande, por supuesto. Era increíble que pudiera andar tan de prisa.

Y aquel punto era, en definitiva, lo único humano que se distinguía en varias leguas a la redonda.

Se enfadó, golpeando el asfalto de la carretera con el pie. Era increíble que en aquel campo no hubiese todas ias cosas que obligatoriamente debía haber en los campos: vacas, gallinas, moscas, labradores, casitas de rojos tejados, invitadoras y hospitalarias… Nada. En lo alto de aquella estúpida montaña sólo veía infinidad de matorrales y árboles de ramas goteantes, al borde de la hondonada, enmarcando un paisaje que en aquel momento no tenía la menor gana de admirar.

Caminó vacilante, siguiendo la ruta del hombre gordo, definitivamente desaparecido en lontananza. Si el gordo había descendido allí, era porque su casa estaría cerca, a menos de que fuera un ente extravagante, amigo de soledades. Seguiría la pista del gordo.

Dobló un recodo sin vislumbrar a nadie. Era imposible que aquel tipo se hubiera evaporado. Ciento y pico de kilogramos no se evaporaban en unos minutos. ¿Por cuáles vericuetos habríase metido?

Lamentó no poseer las facultades de un indio comanche para seguir las huellas del desconocido. Apretó el paso, volvió un nuevo recodo sin el menor resultado.

Con increíbles ganas de llorar se reclinó sobre una piedra, filosofando sobre su triste suerte. Era una desgraciada, sin duda alguna. Y sentada esta afirmación pensó con intenso aborrecimiento en Emilia, su madastra, culpable de tal situación. Imaginábasela despertándose en su dormitorio del Palace de Estoril dedicando a su marido la mejor sonrisa. Y figuróse también el rostro adorado y feliz de su padre, respondiendo al saludo matinal, ajeno al sufrimiento de su hijita.

Lloró, sonándose luego con tanta fuerza que se sintió mareada. Hacía frío. En otra ocasión habríale gustado la fresca brisa, que recogía todos los

aromas de la tierra húmeda. Ahora no tenía humor para apreciar perfumes.

Se levantó y continuó por la carretera. Al fondo del valle divisábanse otra vez algunos caseríos desperdigados. Podría dirigirse hacia ellos. Serían un refugio magnífico. Aunque también podía continuar en la carretera esperando que volviese a pasar el autobús de regreso.

Pesó el pro y el contra y decidió, con nuevos arrestos, descender la ladera de la montaña, atravesando algunos prados de pasto, lo que acortaría el largo camino.

La hierba mojada empapó sus estropeados zapatos de lona, pero siguió impertérrita, rehuyendo con un estremecimiento las hierbas en las que advertía oscuros grupos de babosas.

Empezó a pergeñar la historia que contaría al presentarse a los dueños del caserío. Podía decir que había tenido un accidente de bicicleta y que la máquina había rodado por un barranco. Sí. No era mala idea. Pero, naturalmente, pensarían que su familia estaría alarmada y se extrañarían de que no se apresurara a regresar. Diría, por ejemplo, que era una pintora de paisajes, en busca siempre de nuevos panoramas. Pero… ¿y los útiles de la profesión? Necesitaba un caballete y algunos lienzos que diesen color al asunto. No. Mejor era decir que se dedicaba a la literatura. Sí, a los literatos se les permitía cualquier clase de extravagancias. La gente las consideraba genialidades… Sería una escritora, necesitada de reposo para escribir. Paseaba en bicicleta cuando etcétera, etcétera. La historia estaba bien.

Se detuvo, recogiendo sus largas melenas en dos trenzas, con las que se hizo un grueso moño en la nuca. Aquello le daba un aire de persona mayor.

Por la ladera descendía un arroyo bastante caudaloso que se vio precisada a bordear, hasta encontrar un puente rústico.

Un débil rayo de sol apareció entre las nubes, trasformando la húmeda tierra en un rutilante paraíso. Pero aquello sólo duró unos segundos, envolviéndose de nuevo el cielo en su ropaje nebuloso.

Repentinamente y en la mitad del camino, vislumbró Lina un gran carro cargado de hierba. Avanzaba el vehículo trabajosamente, arrastrado por un par de cansinos bueyes, y las ruedas dejaban profundos surcos en el barro del sendero. Junto a los bueyes, animándolos a voces, el propietario del carro avanzaba también, dando la espalda a Lina.

Su primer impulso fue correr hacia el hombre, pero decidió que sería más práctico de momento viajar de polizón hasta llegar a terreno habitado. Tomando carrerilla, subió de un ágil salto sobre la hierba, que se hundió ligeramente bajo su peso como una mullida alfombra de terciopelo verde. El carretero continuó insultando a los bueyes en vasco, ignorando la presencia de la intrusa.

«No se viaja mal así», pensó Lina. Era cien veces más confortable que el autobús y que el «tren-coctelera», que dejaba los huesos doloridos. Recostando la cabeza, jugueteó con las hierbas que perfumaban sus dedos. A la vez contempló el cielo, y las nubes de diversas formas que semejaban islotes de algodón grisáceo o extraños cuerpos de animales. Había una con forma de lagarto y otra cuyos contornos recordaban el perfil aquilino de León, el hermano mayor de su madrastra. Odió la nube instantáneamente, a pesar de que León habíase esforzado durante una semana en distraerla con obsequiosa asiduidad.

Un tumbo de la carretera casi le hizo perder el equilibrio y escurrirse hasta el suelo. Por fortuna, pudo agarrarse a tiempo.

El arroyo que antes cruzara convirtióse en un río de rápida corriente, que se deslizaba en sentido paralelo al camino. El aguacero enturbiaba el agua. Arrastraba fango, hojas secas y montones de cañas flotantes, arrancadas de cercanos maizales. Era una gran suerte que ya no lloviera. De todos modos, la humedad de la hierba que le servía de amplio colchón se filtraba hasta los huesos. Se sentía toda envarada, como si su esqueleto se hubiese fabricado de una pieza, olvidándose de ponerle articulaciones.

Nuevamente tenía hambre, y esto era completamente ridículo, habiéndose tomado un bocadillo sólo un par de horas antes. Quizá fuese culpa de los nervios, que le despertaban un apetito desaforado. Aún le quedaba otro bocadillo de queso, pero no se atrevía a hacer el menor movimiento, temiendo ser descubierta por el carretero, cuyo genio no prometía mucho, visto el modo que tenía de tratar a los bueyes, gritándoles unas palabras larguísimas y golpeándolos furiosamente con una vara.

Concluyó, por fin, el pesado viaje, cuando ya Lina empezaba a convertirse en una especie de piedra inanimada y la brusca parada tuvo la virtud de empujarla hacia tierra, con la velocidad de un tobogán. Cayó

sobre el barro, arrastrando un montón de hierba y pensando que había llegado el momento de que el carretero le cantase las cuarenta. Pero con gran sorpresa comprendió que el hombre no la había visto, ocupado en abrir las puertas de un establo instalado en la parte trasera del caserío ante el cual se detuvieran.

Con rapidez se alzó del suelo y buscó un escondite protector, agazapándose tras unos setos al borde del camino. Era preferible presentarse más tarde, una vez convencida de que el carretero tenía una indispensable esposa que compartiera con él aquellas soledades. Ladró el perro alegremente y Lina se regocijó de que estuviera atado, porque se trataba de un mastín de regular tamaño. Casi a la vez salió una mujer por la puerta principal del edificio. Lina se quedó espantada. Era la misma imponente aldeana cuyo jarro de leche volcara en el autocar. Sin duda habíase bajado poco después. Ante aquella nueva jugarreta del destino, se sentó sobre el barro y se puso a llorar decididamente.

Media hora más tarde, exhausta, tiritando y horriblemente abatida, se detenía para pedir albergue ante la puerta de otro caserío semejante. Habíase dicho, para darse ánimos, que la casa del carretero no iba a ser la única de los contornos. Y, efectivamente, no lo era. Tras media hora de camino, encontró aquélla en lo alto de una pequeña loma. Decidió enfrentarse con los acontecimientos, porque empezaba a llover de nuevo y no estaba dispuesta a recibir otra ducha.

Golpeó la gran puerta recién pintada de castaño. Sus nudillos dejaron huella en la pintura fresca. Nadie dio señales de vida en el interior. Rodeó el edificio y golpeó la puerta posterior, que cedió bajo la presión, mostrándole una escalera empinada, cubierta de briznas de paja. Subió de dos en dos y se encontró en un desván vacío, que por otra puerta comunicaba con la escalera interior del edificio y con el resto de las habitaciones.

Recorrió la casa de arriba abajo y no encontró nada. Incluso estaba vacía de muebles. Volvió al desván, donde algunos montones de paja seca ofrecían confortable asiento, y se dejó caer encima, escuchando el monótono golpear de la lluvia en el cristal de la claraboya. Ahora, en aquel caserón deshabitado, creía ser de nuevo una heroína de película policíaca.

Nunca le habían parecido tan majaderos sus contertulios del «Bar Vasco» como aquella mañana, mientras conducía la vieja camioneta prestada y cantaba bajo la lluvia, dejando atrás los pueblos costeros e internándose por las abruptas montañas de sorprendente belleza.

—¿Qué estarán haciendo a estas horas? —se preguntó Javier, satisfecho de haberse emancipado de sus frívolos comentarios, de sus cigarrillos rubios y de sus eternas discusiones sobre regatas y toros. Imaginó a toda su «peña» ante la barra del bar, haciendo tintinear los trocitos de hielo dentro de sus vasos mediados de coñac y pagando un escandaloso puñado de pesetas a la florista que adornaba sus solapas con un insignificante ramito de azulinas. Naturalmente, dejaríanse tutear por la vieja vendedora, vestida como una gran dama y luciendo algunos brillantes. El dejarse tutear por ella daba cierto «cachet», clasificándolos como asiduos clientes de las barras caras de San Sebastián.

Creía oír sus comentarios triviales en la jerga de buen tono que actualmente estaba al uso, comentarios que servían lo mismo para ponderar un buen coche que una mujer guapa o un valiente torero.

— ¡Fijaos qué elemento! ¡Qué bicho más bárbaro!

Creyó oír también sus proyectos para acordar el «plan» de aquel día: café en el «Vasco», tiro de pichón a primera hora, bailoteo en el tenis por la tarde, cena en Biarritz. Después… lo que se terciara, que siempre se terciaría algo hasta las cuatro o cinco de la mañana, en que regresarían con dolor de cabeza… y dispuestos a empezar de nuevo al día siguiente.

Por fortuna, no estaría entre ellos. Tan inesperadamente como una erupción, brotó en su interior una violenta repugnancia, incubada subconscientemente durante meses y meses, que le impulsó a gritarse a sí mismo, veinticuatro horas antes, mientras se afeitaba en su dormitorio del «Cristina»:

—¡Basta! ¡Al diablo con todos ellos!

Los había mandado al diablo, efectivamente, quizás incitado por la rabia que le produje el mal aspecto de su propia imagen reflejada en el espejo. Representaba muchos más años de los veinticinco acabados de cumplir.

Con la máquina en el aire observó detenidamente cada una de sus facciones, como si se viese por vez primera: la frente, despejada, en cuyo

entrecejo se marcaba una arruga desde los años escolares; los ojos, obscuros, bien separados, acostumbrados a advertirlo todo en el primer instante; la boca, fina, orlada por leve bigote; la barbilla, fuerte, algo salientes los pómulos, y la nariz, recta, generosa. Todo ello no hubiera estado mal, de no aparecer cubierto por una desagradable expresión de fatiga. Se miró el interior de los párpados, sólo sonrosados ligeramente, y sacó la lengua, convencido de que el hígado empezaba a ponerse pesado. Su despertar de por las mañanas era poco grato, teniendo siempre la sensación de que en lugar de estómago poseía un trozo de corcho.

Decidió acabar de raíz con tal estado de cosas y poner en práctica un proyecto que venía madurando hacía tanto tiempo que a él mismo le parecía ya irrealizable.

Pero estaba realizándolo.

Prueba de ello era la decrépita camioneta que alquilara por tres meses en el mismo garaje donde guardaban su coche y en cuyo interior amontonábanse heterogéneos tesoros, la vista de los cuales habría hecho lanzar alaridos de burla a todos sus amigos.

Mentalmente repasó la lista para cercionarse de que nada indispensable faltaba:

Un sofá-cama, transformable, mullido y de bonito efecto.

Una mesa portátil.

Una silla ídem.

Dos mantas.

Un gramófono con varios discos.

Una maleta de mimbre con platos, vasos y cubiertos de metal.

Una sartén y dos cacerolas.

Una cocinita portátil y dos quinqués de petróleo.

Un caballete, lienzos, pinceles, tubos de colores y todo lo necesario para el trabajo.

Un cesto lleno de botes de conserva, jabón, toallas, un cubo, dos jarros y un montón de libros y revistas que no tuvo aún tiempo de leer.

Y, naturalmente, su ropa personal, que se reducía a la estrictamente indispensable: un par de pantalones de mahón, azul, dos camisetas, dos «sweters», alguna ropa interior y un impermeable. Esperaba no necesitar

nada más durante los tres meses que pasaría trabajando con ahínco, para rehabilitarse ante sus propios ojos y demostrar al mundo que era algo más que un señorito adinerado y juerguista, incapaz de una sola idea seria, convencido de que la vida era sólo una sucesión de cócteles, bailes, palcos de ópera, cenas en las afueras y aventuras vulgares que dejaban mal sabor de boca.

Hubiera dudado de sí mismo de no haber existido aquel cuadro pequeñito, insignificante en apariencia. Lo pintó tres años antes, durante la convalecencia de una pulmonía, sirviéndole de modelo una de sus primitas, chiquilla de diez años, rubia como una inglesita, de expresión inteligente y fina. Empleó el amarillo cromo, casi puro, para el cabello, y un azul pastel para el traje, destacando tras el blanco gatito que la pequeña sostenía.

Nunca sospechó que aquello valiera algo. De no haber sido por la tierna solicitud de su tía, madre de la pequeña, que se empeñó en colocarlo en el salón, no se hubiera acordado más de él.

Pero un crítico de arte, gran amigo de la casa, entre taza y taza de té, descubrió el famoso cuadrito y la sorpresa le hizo descalabrar el juego de porcelana de la señora. Porque la tacita se hizo añicos.

—Como si hubiera visto un prodigio —explicó después la tía a su sobrino por teléfono. Hacía tiempo que el tal sobrino, huérfano, rico e independiente, ocupaba un elegante piso de soltero en la calle de Almagro —. «¡Es magnífico…! ¡Soberbio!» —concluyó de explicar, imitando la voz del caballero.

El cual reiteró su afirmación días más tarde ante el propio Javier, que se sintió invadido de febril optimismo. Después trató de pintar más, pero la agitada vida social le impidió dedicarse de lleno a la obra. Durante tres años sólo consiguió pergeñar un montón de señoras ligeritas de ropa, que luego regalaba a los amigos.

—No es esto… No es esto.

El crítico amigo agitaba la cabeza negativamente cuando Javier le mostraba los lienzos embadurnados. No. Indublemente, había ideas y audacia en los colores, pero…

Su propia conciencia empezó a atormentarle, aconsejándole de cuando en cuando en medio del torbellino mundano: «Deberías marcharte a un

lugar solitario a pintar tranquilo, igual que hiciste aquella vez. Necesitas sosiego, paz y abstracción en el trabajo Vamos…¡decídete!»

Al fin se decidió. Ahora cada vuelta de las ruedas conducíale hasta la meta elegida.

Canturreó mirando el paisaje. Bajo la lluvia, la tierra aparecía limpia, nuevecita, como si estuviera recién hecha. Siempre le gustó recorrer las carreteras norteñas, que ofrecían en cada revuelta la sorpresa de un paisaje distinto. Lejos quedaba el mar, y el dulce aire campestre de tierra adentro llenábale los pulmones, produciéndole inusitada sensación de vitalidad.

El heterogéneo contenido de la camioneta bamboleabase cuando los baches de la carretera eran más profundos. Rió pensando en el efecto que hacía aquel prehistórico armatoste cargado de cachivaches.

Consultó su reloj de pulsera. Era cerca de mediodía, y decidió que tenía apetito.

Se detuvo a comer en la plaza mayor de un pueblo típicamente vasco, con sus calles bien adoquinadas, su iglesia y su plaza mayor con soportales, bajo los cuales mozos y mozas paseaban los días de lluvia, que eran casi todos los del año.

Comió en una limpia taberna, servido por una arhable mujer de maternales instintos, que no permitió que dejase nada en los platos. Tuvo que tomar una sabrosa sopa de pescado, dos huevos con pimientos y una gigantesca tajada de cordero en salsa. Todo ello regado con sidra del país.

Tomó café tranquilamente en un casino, contemplando a los socios que jugaban al dominó, mientras saboreaba un cigarrillo. No tenía prisa. Lo mismo le daba llegar un poco más tarde a su destino.

Empezaba a anochecer cuando al fin se detuvo ante el vasto edificio que tenía aspecto de casa de labranza, aunque alrededor nada estuviera labrado ni se divisaran vestigios de vida en varios kilómetros a la redonda.

Respaldábase la casa en una colina. Por la parte delantera se abría un gran porche sobre un amplio prado de hierba corta. Una doble hilera de frondosos castaños sombreaba el zigzagueante camino que serpenteaba descendiendo hasta el río.

Contó el número de ventanas que se abrían a las cuatro fachadas: ocho en total, dos en cada lado. Desde ellas contemplaría las puestas del sol, la

luna, las estrellas y soñaría con prodigiosas creaciones artisticas que trataría de poner en práctica.

Bajó de un salto y se desentumeció estirando los brazos y golpeándose los muslos vigorosamente. Luego se acercó a la casa y abrió la puerta con la enorme llave que guardaba desde tiempo inmemorial

Por extraño que pareciera, aquella casona abandonada, le pertenecía. La adquirió años antes, queriendo dar una sorpresa a su vieja ama, entristecida al enterarse de que sus sobrinos vendieran el modesto patrimonio familiar. La compró para regalársela y apenas tuvo tiempo de ofrecérsela, ya que una rápida enfermedad llevó a la anciana a aquel lugar en el cual son innecesarias las propiedades.

Encontróse dueño de un caserío abandonado en el corazón del país vasco. Durante la primavera anterior había decidido visitarlo y envió gente para que lo pintaran y asearan. Pero después desistió del viaje hasta que de nuevo decidiera ponerlo en práctica el día antes.

Abrió la puerta y avanzó hasta llegar a una ventana cuyos postigos descorrió. Abrió también los cristales polvorientos y opacos para que entrase el aire libre.

—No está demasiado mal —murmuró.

Lo que en una casa de ciudad hubiera sido un vestíbulo, era allí una gran cocina de paredes encaladas, suelo de rojas baldosas y gigantesca chimenea de campana, en cuyo lar podría asarse un jabalí. Empotrado en un ángulo de la pared, un gran armario con puertas pintadas de rojo oscuro.

Ocupaba la cocina casi toda la parte baja del edificio, y Javier decidió inmediatamente que aquello sería su campamento, instalándolo todo en la vasta habitación. Las demás éranle innecesarias. La luz entraría admirablemente por los seis ventanales que se abrían al campo.

Otra puerta le condujo a la escalera polvorienta. La corriente de aire le echó a los ojos un puñado de polvo y ahuyentó a una araña instalada como dueña y señora en uno de los rincones.

Decidió continuar la inspección al siguiente día, suponiendo que arriba encontraria únicamente los graneros. Regresó a la cocina y abrió todas las ventanas, hundiendo la mirada en los verdes pastizales y en las cercanas

colinas coronadas de sombras. Apenas oiase otro ruido que el manso gotear de la lluvia retenida por las hojas que el aire se encargaba de sacudir.

Salió de la casa y pasó junto a un pozo, al que se asomó puerilmente. Hizo funcionar la chirriante bomba y se vio premiado con un chorro de agua helada de la que bebió sin sed, alegremente.

En seguida comenzó a descargar la camioneta. Sacó primero el gran cesto con las provisiones y puso en lugar preferente las velas, cerillas y quinqués, en una de las tablas del armario. Luego, encontrando entretenida la tarea, fue alineando las latas de conserva, y también los libros, en divertida promiscuidad.

El caballete, junto a una ventana, sosteniendo un lienzo sin estrenar, incitaba al trabajo y daba al interior un aspecto hogareño y bohemio al que contribuia el confortable sofá-cama colocado junto a la gran chimenea.

Consiguió meter la camioneta en el vacío establo contiguo, y al fin, como un señor en su castillo, se encerró en la cocina, encendió un quinqué de petróleo y, diciéndose que no tenía ganas de preparar una complicada cena aquella noche, se preparó un poco de café y abrió una lata de salchichas de Francfort, haciéndose un suculento bocadillo.

Se tumbó en el sofá, con la taza al alcance de la mano y el bocadillo en ristre, contemplando las estrellas y sintiéndose un perfecto y dichoso ermitaño.

Lina se incorporó del duro suelo con el cabello salpicado de briznas de paja. Había dormido varias horas. Su ropa estaba seca y sus zapatos de lona tenían una endurecida costra de barro que pesaba como plomo. La vuelta a la cruel realidad, después del sueño reparador, hízole sentirse de nuevo desdichada.

Se puso en pie, contemplando el trozo de cielo gris que le mostraba el tragaluz, y entreabrió la puerta, convencida de que todo continuaría en silencio, como a su llegada. Pero volvió a cerrar de golpe, presa de pánico, porque de abajo llegaban ruidos extraños, como si alguien estuviera removiendo muebles.

«Es imposible —pensó—. Debo de estar soñando aún. Hace un rato, la casa estaba absolutamente vacía».

Sin embargo, persistían los ruidos e incluso el sonido de una o varias voces humanas. Cautelosamente volvió a abrir y desde la ventana del rellano de la escalera interior contempló el prado del pórtico, ante el cual hallábase detenida una camioneta de la cual un hombre con traje de mecánico descargaba muebles y cestos.

Dudó, no sabiendo si marcharse o esperar el desarrollo de los acontecimientos. Se convenció de que no había más que una persona —el conductor de la camioneta—, al cual oyó ir y venir y cantar con voz desafinada. Por un momento creyó que subiría al desván y decidió huir por la otra puerta, pero en vista de que variaba de opinión y se encerraba en la cocina, esperó también, ya que no tenía tampoco a dónde ir.

Se sentó nuevamente sobre la paja, distrayéndose en hacer saltar el esmalte de sus uñas. Del bocadillo de queso ya sólo quedaba el recuerdo. Procuró no pensar en comidas para no despertar otra vez el apetito.

Pasó mucho rato en actitud meditabunda, royéndose paulatinamente el pulgar, presa de cruel indecisión. ¿Bajaría a presentarse al conductor de la camioneta, o convendría esperar la llegada del resto de la familia que sin duda tendría que llegar?

Por variar de ambiente, abrió la puerta y bajó un tramo de escalera, atisbando desde un hueco el ir y venir del vecino del piso bajo. Le sorprendió su aspecto refinado, a pesar del pintoresco atuendo que usaba. Le vio colocar algunos cacharros sobre la repisa de la chimenea, clavar un espejo barato en la pared e instalar, al fin, junto a una ventana, un caballete y un lienzo de pintor.

Ahogó una exclamación de sorpresa. El supuesto mecánico, ¿sería uno de aquellos artistas extravagantes, y quizá peligrosos, que buscaban las soledades para dar rienda suelta a su fantasía ante un lienzo, unas cuartillas o el teclado de un piano…? Un personaje con las características que ella decidiera hacer propias para presentarse en el caserío.

Se sentó en un escalón, muy quietamente, con invencible curiosidad. Vio como encendía el infernillo de alcohol y con ojos hambrientos siguió la apertura de la lata de salchichas. Le vio coger la primera capa e irlas colocando en la sartén en simétrica y sonresada fila, hasta que el calor de la llama hizo salir grasientas burbujas de aroma incomparable. Casi gritó

cuando le vio volcar el contenido sobre la gran rebanada de pan blanco de prometedor aspecto. Era un suplicio excesivo verle devorar a grandes bocados. Malhumorada, volvió a su refugio, pero hasta allí llegaba también una mezcla de olor a tabaco y a café que la obligaba a tragar saliva continuamente.

Trató de dormir, aunque sentíase más desvelada que nunca. Por el tragaluz contempló el cielo oscuro, en el que comenzaban a parpadear algunas estrellas. Posiblemente el día siguiente amanecería hermoso.

Dejó pasar un gran rato embebida en sus pensamientos. De abajo ya no llegaba el menor ruido y se preguntó si el hombre estaría durmiendo. Trató de imitar su ejemplo, pero no era fácil dormir con el estómago vacío y con la cercana presencia de un señor desconocido. Volvió a la escalera, evitando las tablas que crujían, y bajó unos escalones. Silencio absoluto… Descendió un tramo más, guiada por un estimulante objetivo: la lata de salchichas de Francfort. Si pudiera coger aunque sólo fuera una salchicha insignificante, o al menos una rebanada de pan…

El último tramo crujió más que los anteriores. Contuvo la respiración hasta tranquilizarse, titubeando de nuevo al llegar junto a la puerta de la cocina.

Ardía la llama de una vela a medio consumir. A la débil luz vislumbró al mecánico —aún le llamaba así— durmiendo profundamente, tumbado boca abajo sobre el sofá, rodeado de revistas esparcidas por el suelo.

La lata de salchichas continuaba sobre la mesa. Con febril rapidez metió la mano y agarró un buen puñado de ellas, en el preciso instante en que el durmiente dio media vuelta, haciéndole temer que despertara.

Huyó velozmente. Al ganar el refugio del desván hizo un recuento de salchichas, con resultado satisfactorio. Tras de lo cual se dio un banquete en la oscuridad y se tumbó, tratando de conciliar el sueño. Estaba segura de que la luz del nuevo día resolvería todos sus conflictos.

Brillaba, efectivamente, la luz, pero no la del sol, cuando despertó al cabo de unas horas. La luna habíase abierto paso entre las nubes y alumbraba el vasto granero, en una de cuyas paredes se reflejó su sombra esbelta, agigantada y un tanto impresionante.

Tenía una sed horrible que le secaba la garganta y le pegaba la lengua al paladar. Las salchichas tomaban su desquite.

Trató de distraerse y de no pensar en ello, procurando imaginarse la consternada cara que pondría Emilia cuando su padre le dijera:

—Olvídame, Emilia. Me debo a mi hija, que es a quien realmente quiero. Vete a «Lauri Enea» y déjame en paz.

También ideó otra escena dramática en la que aparecía ella moribunda, entre los brazos paternos, perdonándolos a todos generosamente antes de partir para el otro mundo.

Ni siquiera la trágica despedida consiguió desviar sus pensamientos, que volvían siempre a evocar torrentes de agua fresca, imponentes cataratas de blanco y espumoso líquido, riachuelos saltarines en los que hundir la cara para beber… beber…

—¡Malditas salchichas! —decidió con sorprendente inconstancia.

Se puso en pie. Por la escalera posterior que conducía al campo salió en busca del pozo que recordaba haber visto a su llegada. Imponían la oscuridad y el silencio. Avanzó, aterrada, hasta distinguir el brocal. Vio reflejada en el negro cristal del fondo su carita asustada.

Comprendió que si quería beber necesitaría hacer funcionar la bomba, que armaría el consiguiente estrépito. Metió el dedo en el redondo canal de desagüe y lo sacó húmedo, pasándoselo por los labios. Pero sólo consiguió excitar más el deseo.

Desesperada, volvió al desván y, con la energía que la desesperación le prestaba, bajó de nuevo por la escalera interior hacia la cocina.

La vela se había apagado, pero a través de las ventanas la luz de fuera le permitió ver al durmiente descansando en la misma postura. ¡Feliz él, capaz de dormir tan profundamente!

Tropezó con un zapato y temió que sus aventuras concluyeran allí, entre las garras del desconocido, despertado bruscamente por… ¿una ladrona?… Seguramente lo creería así. Pero no se movió. Pudo llegar hasta la codiciada jarra llena de agua, de la que bebió a grandes tragos, pareciéndole deliciosa, aunque sabía a hierro y estaba tan helada que los dientes quedáronle doloridos.

Regresó al granero. El resto de la noche transcurrió sin nuevos sobresaltos.

La tierra parecía hechizada aquella maravillosa mañana.

Ligeros vellones de blancas nubes surcaban un cielo intensamente azul. La ligera brisa matutina hacía danzar alegremente las hojas de los árboles con estrambóticos giros.

Hasta los secos espinos cubriéronse de verdor gracias a la reciente lluvia, y liqúenes y brezos cubrían piedras y bordeaban senderos. Buscaban los pinos el contacto de sus copas entremezclando las agujas y la savia. Cantaban todos los pájaros en admirable alarde sinfónico.

Javier pintaba al aire libre desde muy temprano y ahora descansaba fumando una pipa mientras calculaba las dificultades que podría suponerle un baño tomado en la gran tina de zinc, traída con tal objeto, llenándola de agua del pozo. La vida selvática era compatible con el aseo personal.

Llevaba tres días viviendo una existencia deliciosa de absoluto reposo físico. Pintar era un desahogo más que un trabajo. Las pequeñas faenas caseras apenas le fastiaban.

Claro que no le fastidiaban porque no se molestaba en ejecutarlas. En el interior de la cocina amontonábanse restos de comida, colillas, ropa sucia y cacharros sin fregar.

No corría prisa. Puesto que a nadie le importaba, continuaría dejándolo en el mismo estado, hasta que en un arranque de valor decidiera poner orden. Seguramente aparecerían entonces todas las cosas inexplicablemente extraviadas: el medio queso de bola, el salchichón y uno de los paquetes de galletas recién empezado. No comprendía dónde podrían estar metidos.

Empezó a asearse, afeitándose la barba de tres días y trasladando luego el barreño hasta dejarlo bajo el canal de la bomba. Se procuró jabón, toallas y un grueso cepillo, pero previamente decidió hacer gimnasia al aire libre, teniendo por toda indumentaria un minúsculo «slip».

—Uno… dos… tres…

Hizo infinitas genuflexiones, y se encontraba tumbado con los pies sobre la cabeza cuando un grito le obligó a mirar hacia atrás, descubriendo un inesperado visitante.

Una mujer…

Una chica medio asustada que permanecía apoyada en la pared con aire idiotizado.

Dándose cuenta de su poco airosa situación, Javier la increpó enfurecido:

—Bueno…, ¿qué hay? ¡Lárguese un momento!

La visitante no se lo hizo repetir. Echó a correr dando vuelta al edificio.

El fracasado gimnasta corrió a grandes zancadas en busca de la reconfortante compañía de sus pantalones de mahón y del viejo «sweter». Cuando los tuvo puestos salió de nuevo y voceó llamando a la mujer. Era el primer ser humano que veía desde tres días antes. No quería perder la oportunidad de cambiar unas palabras.

—¡Oiga! —gritó—. ¡Oiga!

Inexplicablemente se la encontró en la puerta de la casa, a espaldas suyas.

Ignoraba por dónde pudo entrar. Estaba horriblemente confusa recordando, sin duda, la ridicula escena anterior. Trató de devolverle su aplomo quitándole importancia al incidente.

—¡Ah! Buenos días. Perdone mi modo de recibirla, pero creí que estaba solo. Ejem… No la invito a pasar porque veo que ya está dentro. ¿Quiere sentarse? —Quitó del sofá una manta, un hueso de jamón, una alpargata, y dos novelas, y le hizo sitio para que se acomodara.

Aceptó ella, sentándose en el borde, como el visitante que espera la primera oportunidad para levantarse y huir.

—Bien…, ¿puedo saber qué se le ofrece? Creí que era yo el único habitante de estos contornos. ¿Vive en el caserío gris, en la falda de la colina? Ayer me alejé un par de kilómetros y descubrí la casa, pero no vi a nadie dentro.

Lina asintió, agitando la cabeza, sin saber qué decir. Él creyó que su turbación era debida aún al incidente y se sintió azorado también, volviendo a hablar de prisa para impedir que los agobiara el embarazoso silencio.

—De modo que vive allí, ¿eh?, con su familia, supongo. ¿Y se quedan todo el año en el campo? Un poco triste en invierno, ¿no…? Hum… Me alegra tenerles por vecinos. Yo estaré aquí todo el verano.

El silencio de la chica comenzaba a impacientarle. No sabía como clasificarla exactamente, porque su aspecto era extraño. Una cara delgada, intensamente tostada por el sol, y el cabello muy claro, enmarañado y anudado con un horrible moño en la nuca. Su blusa era un muestrario de manchas y la falda semejaba una bayeta con la cual se hubiera fregado un suelo lleno de hollín.

—He… venido… a saludarle… —habló al fin trabajosamente, retorciendo las sucias manos una contra otra—. Sí…, a saludarle. —Echó hacia atrás un mechón de pelo que le escurría sobre la frente y lanzó una mirada extraña hacia los chorizos colgados en la pared. Luego desvió los ojos y repitió por tercera vez—. A saludarle…

—Se lo agradezco. Yo también iré cualquier rato a saludar a sus padres. —Observó que ella se sobresaltaba incomprensiblemente, y dejó de mirarla, contemplando el paisaje a través de la ventana—. Tenemos buen tiempo, ¿eh?

—Sí…, muy bueno.

—Están muy altos los sembrados de maíz.

—Sí. Muy altos.

—Ayer me fijé.

Sin duda era una palurda estúpida, carente de trato social. Lo mejor sería despedirla cuanto antes. Pero primero recordó sus intereses.

—¡Ah! Por cierto… Creo que tienen ustedes gallinas. ¿Les importaría venderme huevos?

—No… No sé… Mi… mi padre no… no suele vender… Pareció que luchaba con el deseo de decirle algo más, y de nuevo miró la ristra de chorizos. Después se levantó—. Bueno…, me voy…

No le tendió la mano. Simplemente le dirigió una mirada trémula y extraña.

—Hasta otro día.

Salió con la prisa de quien teme ser perseguido. Javier lanzó una carcajada, divertido por la absurda escena. La vio alejarse por el estrecho matorral que conducía al bosquecillo cercano, atravesando el cual se descendía hasta el caserío situado en la falda de la loma.

Extraña muchacha. Si el resto del rebaño familiar era del mismo estilo, lo mejor sería no devolver la visita. Sobre todo si no querían venderle huevos o leche.

Iría al pueblo a comprar provisiones. Distaba siete kilómetros, que la camioneta recorrería en diez minutos.

Animado por esta idea, que disipaba su ligero tedio inactivo, se dispuso a abrir la puertas del establo.

Ganduleó por la aldea dejando el camión en la plaza, en el centro de la cual alzábase un gran acequia, punto de cita del ganado y de las chismosas de la localidad. Era día de mercado. Numerosos tenderetes mostraban heterogéneas mercancías. Montones de gigantescas sandías exhibían sus rojas entrañas, rosquillas aceitosas bañadas de azúcar y plagadas de moscas, collares de vidrio, peines de colores, piezas de estameña, sábanas de retor, freidurías de churros y montañas de verdes aceitunas.

Adquirió diversas cosas por el simple placer de comprar, cambiando frases amables con la gente. En el estanco adquirió postales y sellos a sabiendas de que no los necesitaría y un número atrasado de «ABC». En una tasca bebió sidra natural, oyendo hablar de precios de granos, de los pastos, de la sequía y de la enfermedad del hijo del alcalde.

A las nueve regresó al caserío. Guardó la camioneta en el establo y cargado de paquetes entró en la casa. En el umbral se paró, sorprendido. La cocina, que dos horas antes pareciera un desordenado campo de batalla, ofrecía un aspecto cuidado y limpio. Brillaba la luz en uno de los quinqués de petróleo, colocado sobre la mesa. Los cacharros relucían en sus estantes y los pinceles, dentro de un bote vacío, semejaban un extravagante ramillete de flores. Relucían también las baldosas del suelo recién fregado y su colección de pipas alineábanse sobre la caja de tabaco picado.

Avanzó unos pasos con la vacilación del borracho que teme haberse confundido de piso. Junto al sofá y sobre la mesita plegable había un cubierto preparado y una cacerola de la que se escapaba un apetitoso olorcillo. Levantó la tapadera y aspiró el grato aroma de la sabrosa fabada aún caliente. Junto a la cuchara un papel escrito con caracteres toscos y faltas de ortografía:

«Me e tomao la libertaz de arreglar su casa. Dice mi padre que podría usted tomarme de criada durante el berano. Yo le atendería de día y regresaría a casa por las noches. Mañana bendré por la respuesta.

»Su segura serbidora,

»Lina.»

Al pronto no asoció el nombre de Lina con su visitante de aquella tarde, pero al caer en ello rompió a reír. ¿Se ofrecía como criada? No estaba mal la idea. Le evitaría las enojosas faenas caseras. Tenía la virtud de no ser habladora… Sí… Valía la pena pensarlo.

Atacó la fabada apreciando las artes culinarias de Lina, sin sospechar que provenía de una de las muchas latas alineadas en el armario, y después, con el estómago bien repleto, puso un disco en el gramófono, se tumbó en el sofá y fumó su pipa a los acordes de la Quinta Sinfonía.

Desde el granero, Lina siguió el compás del «allegretto» de la Quinta, sintiéndose algo más animada. ¿Habría encontrado su carta? ¿Qué impresión le habría hecho verlo todo tan arreglado?

Fue una súbita idea la que le hizo obrar de aquella forma. Febrilmente, estuvo trabajandó para dar rienda suelta a su energía acumulada tras setenta horas de inactividad, escondida como un lobo en su guarida. Tres días horribles monótonos y desesperantes.

A su primera intención de huir y alejarse del caserío, una vez comprobado que el artista vivía solo, siguió la decisión de continuar en el granero, puesto que no tenía alojamiento. El habitante del piso bajo habíase encastillado en la cocina tras una distraída visita al resto de las dependencias, al siguiente día de su llegada —visita en la que hubiera sido descubierta si un sexto sentido no la avisara a tiempo, permitiéndole disimularse tras una puerta—, Por lo tanto, podía permanecer impunemente allí durante los seis días que pensaba dedicar a su aventura. ¿Qué mejor escondite que el caserío perdido entre las montañas? Continuaría, siempre que pudiera seguir alimentándose a costa del distraído pintor. Por suerte pudo apoderarse de galletas, queso y salchichón, que aliviaron bastante la triste situación de su estómago.

Dejó transcurrir tres días hasta que por un azar inesperado, él habíala descubierto cuando iba a beber al pozo. Ignoraba que estuviera allí, suponiéndolo de paseo. Su natural humorismo hízola divertirse recordando la escena y al muchacho gritándole furioso: «¡Lárguese!»

Si él aceptaba sus servicios como «criada», los tres días que quedaban podrían ser menos horribles.

Sobre todo saciaría su hambre atrasada con entera libertad. De noche fingiría marcharse a la casa paterna. Aquella intriga divertíala por su gran afición a «hacer comedias». Sería la hija del labrador. Representaría a la perfección su papel. Una tosca muchacha campesina, como en aquella película… No recordaba el título.

Por cierto que el habitante de la cocina no era un tipo rudo y basto como creyera. Tenía un aspecto bastante presentable. Había llegado a hacérsele familiar el olor de su pipa y también la línea de su espalda cuando atisbaba desde la escalera mientras él pintaba incansablemente durante horas y horas. También érale ya familiar su silbido y la monótona canción que invariablemente repetía al afeitarse:

«Si al fin me das tu amor,
tu amor, tu amor, tu amor…»

Seguramente era el único trozo de letra que conocía de tal cantar, pues el resto lo concluía silbando. No podía saber lo que ocurriría si al fin ella le diera su amor, su amor…

Con las manos trenzadas sobre las rodillas, se dedicó a contar las estrellas que alcanzaba a ver por el tragaluz. Veintisiete…

Sacó el retrato de su padre con la inscripción «el gran concertista Aláiz, que ha cosechado grandes triunfos en su reciente excursión por el extranjero», lo besó y lo volvió a guardar. Despué ahuecó la paja dispersa, hacinándola en un mullido montón, y se tumbó sobre ella, dispuesta a tener sueños románticos.

Pero soñó con grandes fuentes de patatas fritas y enormes tajadas de cordero asado.

Amaneció un espléndido día, ligeramente caluroso, que Javier aprovechó para empezar a pintar temprano. Él, que jamás se levantara antes del mediodía, sabía apreciar ahora los encantos de la primera claridad, cuando el sol se alzaba por detrás de los lejanos riscos y convertía la tierra en una sinfonía de verdes, castaños y amarillos que estimulaban su sentido artístico.

El cuadro iba adelantando. Un fondo de exuberantes prados con la casa de labor en primer término. Si no le satisfacía del todo, al menos le permitía adquirir nueva soltura tras largos meses de inacción. Particularmente sacaba provecho de los tonos cálidos. El suave gris de la casa y el azul pastel de las ventanas tenían un encanto indefinible.

Cuando sintió la mano fatigada consultó su reloj de pulsera. ¡Qué de prisa pasaba el tiempo…!

El calor pegajoso comenzaba a hacerse molesto. La placidez del día presagiaba tormenta. Miró al cielo y observó que la mitad del firmamento continuaba azul, pero el resto iba gradualmente cubriéndose de negro y la nubosa mancha devoraba poco a poco la extensión clara, mientras el mismo velo implacable enlutaba las cercanas colinas. Había una gran calma, una sensación de suspenso, como si todo lo existente, hombres, animales, tierra y árboles, aguardaran con ansiosa expectación. Cabeceaban los olmos y las hierbas altas evocaban rumores marineros de oleaje suave. De improviso cayeron las primeras gotas, gruesas, pesadas e intensamente olorosas. Gotas derramadas de un monumental frasco de colonia en el que se hubieran mezclazo el aroma de las plantas, el del barro y el del agua estancada.

Apresuradamente recogió sus bártulos y entró en la casa en el instante en que el cielo pareció partirse en dos y la luz de un relámpago convirtió todo, durante el transcurso de unos segundos, en un rutilante paraíso de vividos colores. Toda la casa tembló con el ruido del trueno. Cerró las ventanas para evitar que entrara el agua y contempló a través de los cristales el furioso enojo de la Naturaleza.

—¿Quiere que le sirve el desayuno?

La voz de Lina, cuya existencia olvidara, le sacó de su abstracción. A las siete de la mañana habíasele presentado, llegando a un acuerdo en lo que

atañía a su nuevo empleo. Ahora estaba satisfecho de tener compañía durante aquellas horas de inacción y encierro. Le respondió animadamente:

—Sírveme grandes cantidades de lo que quieras, muchacha. Tengo mucha hambre.

Se sentó en el sofá, ante la mesa portátil, con la satisfacción de un chico a quien se le han prometido dulces. Era agradable verse servido sin tener que molestarse en tantas tareas pesadas y engorrosas. Depositó ella una fuente con dos huevos fritos y una cafetera humeante. Observó que temblaban sus manos mientras vertía el negro líquido en la taza.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué tiemblas?

La miró con curiosidad. Iba bastante mejor arreglada que el día anterior. El pelo continuaba recogido en grotesco moño, pero estaba convenientemente alisado y tenía un tono precioso. También la blusa parecía limpia, con los primeros botones desabrochados, dejando ver el comienzo del cuello moreno, sin duda suave al tacto. Estaba excesivamente delgada, pero su figura no carecía de atractivos.

—No estoy temblando. — Negó ella la evidencia —. Es… que… me asustan las tormentas…

Rió Javier.

—¡Buena campesina estás tú hecha! Ya debieras haberte acostumbrado. ¿O no eres de aquí…?

Se puso una mano en la cadera como viera hacer a la cocinera de «Lauri Enea».

—Sólo hace unos meses que nos instalamos… Vivíamos en la ciudad.

—Ya decía yo… — Calló para sorber su café. De pronto le asaltó un escrúpulo —. Oye… ¿estás segura de que a tu padre no le importa que estés aquí todo el día… conmigo?

Enrojeció la muchacha hasta la raíz del cabello y desvió los ojos hacia la ventana.

—¿Por qué habría de importarle?

—Pues mira, a veces la gente tiene prejuicios tontos…

Yo no soy viejo… y vivo solo… ¿comprendes?

Titubeó antes de contestar.

—Tengo derecho a ganar mi pan sin que nadie critique — dijo con un dramatismo que reclamaba aplausos —. Por otra parte, no pienso hacer nada malo.

—Claro que no — sonrió él —. Puedes estar tranquila por lo que a mí respecta. Nunca tuve aventuras con las niñas. Me gustan las mujeres de veinticinco para arriba. Y si he de ser franco, hasta éstas me han hastiado algo… por algún tiempo. — Rió otra vez y atacó con furia los huevos fritos, mientras la lluvia repicaba tras los cristales —. Supongo que no tendrás novio — dijo.

Por vez primera sonrió ella con naturalidad.

—Desde luego que no. Soy demasiado joven.

—¿Cuántos años?

—Diecisiete.

—Suficientes para que tengas a los chicos detrás tuyo. Sé franca. ¿No hay en el pueblo nadie que te guste?

Aquella broma divertíala. Gustábale a Javier ver la risa enmarcando el rostro delgadito de óvalo afilado. Bajo la tela de la blusa, el pecho, bien formado, se agitaba en ritmicas sacudidas.

—Le aseguro que no. Me interesan poco los hombres. Son egoístas.

—¡Ah! ¿Eso opinas?

—Sí, señor. Quizá me meta monja.

—¿Monja? ¿Y qué dice tu padre?

—A mi padre le tengo sin cuidado… Ha… ha vuelto a casarse hace poco tiempo. Odio a mi madrastra…

—¡Ah! ¿Con que es eso…? — Un drama vulgar, lo de todos los días. Imaginóse la vida de aquellos seres hostiles, perdidos en la soledad del campo. Comprendía ahora que ella se ofreciese a servirle, como un escape a la odiosa tirantez familiar. Prometióse darle una buena gratificación al concluir el verano —. Creo que no debes tomarlo tan en serio… Además — bromeó —, no tienes cara de monja, palabra. Sobre todo tus ojos. Son unos ojos demasiado chispeantes, para abrirse bajo unas tocas. Por otra parte, no creo que sea generoso entregarse a Dios de rechazo, simplemente a falta de cosa mejor, porque el mundo te haya fallado.

La chica no contestó, obstinándose en mirar por la ventana. Hasta aquel momento no le había pasado por la imaginación la idea de meterse monja, pero tal proyecto resultaba interesante.

Apenas se divisaba el pasiaje a través de la cortina de lluvia que los aislaba en el rudimentario caserón sitiado por el ejército poderoso de los elementos. Se estremeció de frio. Javier lo notó, sintiendo un impulso de piedad.

—Tienes frío. Bebe un poco de café, anda. — Con sencilla campechanía alcanzó una taza y le sirvió él mismo —. ¿Leche condensada? Te hará bien. — Aceptó ella sin protestar, bebiendo en silencio. Por encima del tazón los ojos verdes le miraron agradecidos —. Ahí hay galletas. Come. No andes con remilgos. — Rió —. Nada de cuanto nos rodea es convencional .— Se levantó y puso un disco en el gramófono mientras Lina hundía la mano trémula en una gran lata de galletas —. Quizá sería conveniente encender la chimenea. Yo también tengo frío. Espera. Haré astillas de este cajón. No… Deja. Esto es cosa mía.

Puso mano a la obra y ella preparó un montón de papeles sobre el hogar. Pronto brilló una débil llamita a la que siguió una alegre fogarata.

—¿Qué te parece? ¿No es confortable? Somos dos felices Robinsones.

La música del gramófono, dejando oír unos compases de moda, ponía una nota exótica en la placidez campestre.

Javier encendió su pipa y se recostó en el diván con una novela sin abrir, cuya lectura le prometía poco. Los amigos asegurároнle que se trataba de una cosa formidablemente cruda y humana, por lo cual suponía que sería una lata. Cerró los ojos y comenzó a hacer proyectos sobre su vida futura cuando el regreso a Madrid hiciérase forzoso. Dejaría su pequeño piso de soltero y buscaría otro más amplio donde instalar un estudio confortable. Procuraría ahuyentar a los oficiosos amigos de siempre. Sin violencias, pero con energía, acabaría con la estúpida pandilla de inútiles. De vez en cuando daría alguna pequeña reunión. Gente seria, artistas de renombre, algún diplomático. Seleccionaría para formar un circulo a su gusto. Sonrió pensando en lo satisfecha que se sentiría su tía asistiendo a tan severas reuniones. Probablemente trataría de casarlo. Buscaría entre su brillante

colección de amiguitas «por merecer» y no cesaría de metérsela por los ojos.

—¿Y por qué no? — se dijo en un estado de espíritu satisfecho. Algún día debería decidirse y acompañar a su ceremoniosa tía a pedir la mano de cualquier beldad social. Personalmente no creía en las pasiones románticas. Consideraba el matrimonio como un arreglo cómodo para que dos personas del sexo contrario pudieran vivir juntas sin escandalizar al mundo.

Con los ojos cerrados oyó a Lina cambiar el disco del gramófono y poner «El sueño de amor», de Liszt. Buen gusto en la selección. O quizá hubiera elegido al azar.

El ruido de los truenos llegaba más apagado, como si la tormenta empezara a alejarse. El cercano chasquido de un leño hizo a Lina inclinarse sobre el fuego. Estaba sentada en un ángulo de la chimenea, escuchando la música con religioso fervor.

Porque el disco indicaba que había sido ejecutado al piano, por el famoso Ernesto Aláiz. Y oyendo las notas de la melodía, evocaba la figura elegante, la cabeza hermosa, orlada de cabello gris, y las manos expresivas de su padre, sentado al piano, durante cualquiera de sus conciertos, o en el hogar, durante sus interminables horas de estudio.

Sintió infinitos deseos de verle, de apoyar la cabeza sobre su pecho y olvidar la pesadilla de aquellas últimas semanas, a raíz de la boda… Le diría: «Papaíto, ¿por qué hiciste eso? ¿Por qué convertiste mi vida en un infierno…? Yo te quiero, yo no puedo soportar que esa mujer te aleje de mí, de tu hija…»

—¿Lloras? ¿Qué te pasa?

Javier la miraba y, con terrible sobresalto por haber sido descubierta en un momento de abandono, se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Es por la música. Me pone triste.

—¿Te gusta mucho?

—Muchísimo. El pianista Aláiz es un genio.

—No es malo.

—Es el mejor del mundo.

—No exageres.

—¡El mejor…! ¿Va a compararlo con Rubinstein, o con Magaloff, o…? — Se detuvo al ver su sorpresa.

—Ignoraba que fueses tan entendida en música.

Vaciló un momento.

—Bien… ¿y por qué no…?

—Eso es verdad. ¿Por qué no?

Arrojó Lina al fuego un montón de astillas y sus manos y su cara se iluminaron por una alegre y caliente llamarada.

Javier dio un grito.

— ¡No te muevas!

Le miró asustada.

—¿Qué…?

—No te muevas. Conserva esa actitud. ¿No te importa que tome un boceto a lápiz?

—¿De mí…? ¿Un boceto?

—Ahora digo yo: ¿Por qué no? Supongo que no te molestará. Es como si te hiciera un retrato, ¿comprendes?

De nuevo adquiría la chica aquel tono de persona mayor que le desconcertaba.

—Comprendo. Saque el boceto, si es su gusto.

El artista preparó papel y lápiz con entusiasmo.

—Procura no moverte. Puede resultar bonito. La chimenea y la muchacha sentada en una esquina, manteniendo el fuego del hogar. Simbólico. Las llamas se reflejarán en tu cara, y tu pelo parecerá de oro. — Calló, absorto —. ¿Sabes lo que voy a hacer? — dijo dejando el papel —. Pasarlo directamente al lienzo. Sacaré el bosquejo y veré de hacer un óleo bueno…

Se puso al trabajo con ardor. Durante una hora permanecieron en estático silencio, hasta que al fin soltó Javier el carboncillo.

—Eres la mejor modelo que he tenido. Gracias. Descansa ahora.

Acudió Lina a mirar el resultado. Distinguíase perfectamente su silueta inclinada sobre las brasas.

—Si hubiese una marmita en la lumbre podría titularse «El grillo del hogar» — comentó impulsivamente.

Él la miró, estupefacto.

—¿Has leído a Dickens?

Se turbó. Aquellas torpezas eran indignas de una buena actriz.

—Me gustan mucho los libros. En invierno no tengo gran cosa que hacer…

—Es extraño que leas tan bien y escribas tan mal — comentó, recordando las breves líneas que le enviara.

—Es más fácil leer que escribir…

Sin contestar, la miró, funciendo el entrecejo. Bastante singular tener una criada entendida en música y aficionada a Dickens… Una chica muy rara — pensó con vaga inquietud —. Debería llegarse en cualquier momento hasta el vecino caserío y hablar con el padre. No quería verse mezclado en un estúpido enredo familiar. Iría al caserío al anochecer, decidió.

La lluvia había cesado y Lina obedeció su orden de abrir todas las ventanas para que el perfume del campo recién lavado disipara el fuerte olor a pintura y a tabaco. Ambos respiraron a pleno pulmón el aire nuevo que disipaba su Inquietud.

Por la tarde, Javier dio un gran avance al cuadro con febril actividad. Nunca habíase sentido tan satisfecho del trabajo. Tenía fácil inspiración y los colores precisos surgían al primer golpe de vista. Postergó la visita al caserío para más adelante. No quería que surgiera algún impedimento que pudiese turbar la labor. Estaba resultando algo serio. ¡Al demonio la familia! En resumidas cuentas, poco le importaban los asuntos ajenos.

Durmió feliz aquella noche, cuando la modelo se hubo marchado hacia su hogar… Soñó con rubias muchachitas esbeltas, reanimando brasas en un ángulo de la chimena.

Lina subió de un salto a la camioneta y se acomodó junto a Javier, contenta de aquel proyecto de paseo que rompía la aburrida monotonía.

—Te gusta ir al pueblo, ¿eh? — preguntó él, interpretando a su manera la sonrisa.

—Sí… Aunque no es Nueva York precisamente.

—¿Vas a menudo?

—Muy poco. — No podía decir que sólo tenía una ligerísima idea de la aldea, entrevista desde el autocar de ingrata memoria.

—Eres una chica un poco rara — comentó él, dando salida a su pensamiento habitual.

—Sí. Eso dice todo el mundo. —Le miró con picardía y ambos se echaron a reír.

La camioneta, puesta en marcha, fue dando botes por el dificultoso sendero hasta llegar a la carretera.

—Quiero que me ayudes a hacer compras. Nos aprovisionaremos para una semana. Supongo que conocerás a bastante gente, ¿no?

—Casi a nadie.

—¿Te importa que te vean conmigo?

—Será mejor que no me exhiba demasiado. La gente es criticona. Nadie sabe que me he puesto a servir. ¿De qué se ríe?

—De eso. De que no eres una criada corriente.

—¿El señor no está contento de mis servicios?

—«El señor» está muy satisfecho, pero…

—Pero…

—Nada.

—¿Por qué no acaba?

—Quisiera que me dijeras por qué te has puesto a servir.

Rió ella, tranquilizada.

—Necesito ganar dinero… En casa también trabajo… me aburro… y no cobro.

—No deja de ser una razón —bromeó—. Bueno… Nadie tiene que saber en el pueblo que eres mi… cocinera. También eres mi modelo, ¿no…? Hoy vamos en plan de amigos simplemente. ¿De acuerdo?

—*Okey*.

Javier la miró incrédulamente.

—Has visto demasiadas películas, ¿no? —Un prodigio de criada. No supo si reír o enfadarse. Guardo silencio, convencido de que se hacía indispensable una visita a la familia de tan sorprendente personaje.

Hacía una tarde maravillosa. Daba gozo la tranquila calma de la campiña. Perdíase la vista en los ondulantes contornos del luminoso paisaje

con sus lomas y altozanos cubiertos de verdor. A lo lejos, un rebaño de ovejas esparcido por el valle semejaba un aluvión de blancas piedras que se hubieran derrumbado sobre el prado esmeralda.

Lina sintió súbita inquietud, lamentando haber sido demasiado espontánea en sus comentarios. Debería mostrarse más zafia, más a tono con el papel, pero no era capaz de perder la satisfación de sorprenderle viéndole poner aquellos ojos estupefactos… ¿Qué pensaría de ella? Por su parte, lo encontraba altamente simpático. Le miró de reojo, aprovechándose de su aire absorto, fijo en la carretera. Era un hombre atractivo, las manos morenas que asían el volante ostentaban todo un muestrario de manchas de pintura. Las catalogó risueñamente. La mancha ocre del dedo pulgar era del tubo empleado para su pelo. La roja anaranjada de la palma, del de las llamas de la chimenea. La castaño, de la marmita. Habían incluido la marmita y el cuadro se titularía definitivamente «El grillo del hogar». Respecto a las manchas grises, provenían del grueso tubo que Javier empleaba para las sombras, todo alrededor de su silueta, dejando medio rostro en penumbra. No estaba todavía la cara completamente delineada, pero los primeros trazos hacían presentir que el rostro sería francamente interesante.

—¿Me verá él así? —se dijo contenta—. No puedo decentemente marcharme antes de que el trabajo esté concluido. Sería una mala acción… Esperaré unos días más… ¿Qué le importa a nadie, al fin y al cabo?

Trataba de convencerse de que su padre no estaría demasiado atormentado, pero de vez en cuando la angustia la sumía en un estado de espantosa inquietud. En tales instantes sentíase impulsada a echar a correr y regresar junto a él para hacerse perdonar su locura… El momento del regreso se hacia inminente y tenía miedo… ¿No habría ido demasiado lejos? Habían transcurrido ya los seis días que se marchara como meta. Y felicitábase inconscientemente de que el cuadro le facilitara un pretexto para quedarse… Porque el miedo se convertía por momentos en terror.

Se miró en el pequeño espejo retrovisor y se encontró feúcha, con mal aspecto. Adelgazaba a ojos vistas, a pesar que ahora comía cuanto deseaba, pero los nervios no le permitían sosegar. Además, las faenas caseras eran bastante enojosas. Lavaba la ropa, barría, fregaba el suelo y guisaba, aunque

esto último no fuera demasiado complicado. Sus bonitas manos, de las que tan orgullosa se sintiera hasta entonces, parecían las de una verdadera criadita. Horribles, con las uñas partidas y ásperas al tacto. Mejor. Así su padre se compadecería de ella y de lo que había sufrido.

¿Sería posible que alguna vez reanudaran juntos su vida feliz? ¿Qué pasaría si en algún sitio se encontraba repentinamente con su antiguo «señorito»…? Fingiría no reconocerle, por supuesto. Imaginaba la escena, completamente de cine. Se encogió de hombros, no queriendo preocuparse por el futuro, mientras el presente fuera tan inquietante. Suspiró y trató de ponerse alegre, a tono con la tarde estival.

Pasaron junto a un arroyo de aguas tan claras que podían vislumbrarse los guijarros del fondo. Se prometió tomar un baño allí mismo, al siguiente día, cuando su amo durmiera. Era sin duda el mismo arroyo que se ensanchaba a través de los prados, adquiriendo más arriba pretensiones de río.

A la entrada del pueblo tuvieron la primera sorpresa. La gran plazoleta de la acequia, adornada de banderolas, ofrecía singular aspecto festivo, lo mismo que los retorcidos cuernos de algunas vacas, adornados con madroños de colores. Gran multitud llenaba las calles y el mozo a quien interrogó Javier les indicó que celebraban aquel día la fiesta del Santo Patrón.

Como las tiendas estaban cerradas, los fracasados compradores guardaron la larga lista en la que anotaron todo lo que deseaban adquirir. Solamente en el estanco pudo Javier renovar sus provisiones de tabaco, y al salir del local se volvió hacia su compañera, lanzándole la típica frase masculina con que el varón ofrecía galantemente la iniciativa a la dama:

—¿A dónde quieres que vayamos ahora?

Lina siguiendo el ejemplo de sus compañeras de sexo, respondió también con la frase ritual:

—Lo mismo me da. Donde usted quiera… —Para añadir al minuto con un tonillo ligeramente imperioso—. Vamos a la calle Mayor.

Suponía que habría una calle mayor inevitablemente. En efecto existía. Llegaron a ella paseando hombro contra hombro, abriéndose paso entre la

multitud que ocupaba todas las callejas adyacentes y que materialmente se agolpaba en la avenida principal.

Una banda de música compuesta por un trombón, dos cornetines y tres flautas interpretaba algo que tenia ligera semejanza con un pasodoble. A su ritmo, y tratando inútilmente de seguir el compás, bailaban mozos y mozas con grandes muestras de alborozo, levantando nubes de polvo. Vestían algunos hombres el típico traje de «espatadantzari» compuesto por pantalón y camisa blancos, con ancha banda roja en la cintura, y boina del mismo color. Eran la crema de los bailarines del pueblo, que más tarde bailarían la «espatadantza», el más varonil de todos los bailes típicos. Algunas muchachas llevaban también sus trajes a tono, porque luego serían elegidas por sus compañeros y desfilarían bajo un dosel de flores, en una nueva danza tan bella como la anterior.

De momento, ellos y ellas se esmeraban en perfeccionar sus pasodobles.

Javier se recostó en la pared, delante de un edificio que ostentaba un letrero de «Azpilicueta; Granos y Piensos» y contempló a la multitud con ojos risueños, apreciando el colorido de la fiesta. Luego se volvió hacia su compañera, cuyas pupilas verdes miraban ávidamente el espectáculo.

—¿Es posible que no tengas aquí ninguna amiga?

Lina se sobresaltó sin saber qué decir.

—Bueno… tanto como no tener… Sí… Tengo algunas. —Hizo un signo amistoso con la mano a una chica, que la miró asombrada—. Aquélla es amiga mía… ¡Adiós, Pepita!

—Quizá prefieras estar con ella…

—No… No… De ningún modo. Le aseguro que me aburren… De veras, prefiero acompañarle… Es decir, si no le molesto.

—Desde luego no me molestas. Pero… ¿no te gustaría bailar con tus amigos?

—¿Yo…? ¡Con esos palurdos!

—¡Caramba! ¿Ésas tenemos? ¿Con quién quieres bailar entonces, hija mía? ¿Quizá conmigo ?—dijo mortificante.

Ella le lanzó una de aquellas maliciosas miradas de través.

—¡Psché! No está usted del todo mal, señorito… Pero sería demasiado honor para su servidora… No… Nunca me hubiera atrevido a aspirar a

semejante cosa… ¡Menuda falta de respeto!

Él la miró desconcertado, sospechando que le tomaba el pelo. Pero su expresión era de absoluta inocencia.

—Bueno, no hace falta que insistas, porque aún no te he sacado a bailar. En cambio te invito a churros, ¿hace?

—*Okey*.

Decididamente, la niñita empezaba a tomarse demasiadas confianzas.

Se abrieron paso hasta llegar a la freiduría. El olor del aceite metíase en la garganta. Pronto consiguieron un gran montón de apetitosos churros ensartados en una varita de junco. Compraron también crujientes buñuelos salpicados de azúcar y fueron comiéndolos mientras seguían a la gente que en apretada fila marchaba en romería hacia la ermita del Patrón.

Olía a sudor, a polvo, a hierba fresca y a establo. El sol, ya en ocaso, prestaba rojizos tonos a la tierra. Mezclábanse las alegres voces con el ruido de los pitos verbeneros y con el sonoro mugido de las vacas que arrastraban carros. Dentro de éstos apiñábanse sus propietarios y amigos, en turbulenta promiscuidad. Corrían de mano en mano los porrones con chacolí, tinto o sidra. Algunos vendedores de anís y aguardiente eran materialmente asaltados por la clientela.

Lina y Javier fueron invitados por un amable hombretón a una ronda de anisete. A su vez, Javier adquirió un porrón de «tinto».

El vinillo rojo apenas quemaba la garganta, pero se subía rápidamente a la cabeza o se bajaba a las piernas, produciendo agradable cosquilleo.

El vendedor de gorros y mantoncillos de papel agotó sus mercancías y volvió a renovar las existencias, sacando de una caja nueva remesa de carracas, pitos y sombreros.

Lina, con los labios llenos de azúcar, se confesó que estaba pasando una gran tarde. Cuánto mejor estaba allí, mezclada con aquelle alegre humanidad, que en «Lauri Enea», rodeada de seres remilgados e insoportables. Gustaba de la agradable sencillez de los buenos vascos, ataviados con sus mejores ropas. «El señorito Javier» —era lo único que sabía de él, que se llamaba Javier— destacaba entre todos… por ser el peor vestido, con sus pantalones de mahón arrugados y «sweter» azul, quemado en algunos sitios por los cigarros. Sin embargo, estaba francamente bien.

Era evidente. Podía enorgullecerse de su pareja. Le guardaba rencor por la frase: «no te he sacado a bailar»… ¡Presumido! Si la hubiese visto el invierno anterior, en el gran baile con que su padre la presentara en sociedad, el mismo día en que cumplió dieciséis años. Un poco pronto, pero era preciso si quería acompañarle a las reuniones. Qué ajena estaba de que aquello sería el principio del fin, ya que al poco tiempo iba a conocer a Emilia… La desechó de su imaginación para no amargarse la radiante tarde.

El camino de la ermita hiciéronlo sentados en la parte trasera de un carro, amablemente cedido por su dueño, un vasco coloradote que llevaba a toda su familia a festejar al Santo. No cesaron de comer ni un momento, repartiendo raciones en los platos de barro que padres y pequeños — eran cinco niños de caritas alegres y traviesas — llevaban en previsión. Cazuelas de típicas «cocochas» bien preparadas, enormes bocadillos de jamón, sardinas fritas, grandes racimos de uvas.

Tuvieron que probarlo todo. Nadie pareció curioso por averiguar de dónde venían. El pueblo estaba lleno de forasteros aquella tarde. Gentes de las aldeas vecinas. Saludábanse a gritos cambiando frases en vasco y en castellano.

—¡Atiza! Si es el Josecho… ¡Saluda, tú! No seas orgulloso… ¿Y la señora, no la has traído? ¡Sube si quieres! Nos apretaremos un poco…

Iban materialmente hacinados, pero no importaba. La alegría era mayor cada vez que el carro se bamboleaba en una resquebrajadura del terreno y todos se amontonaban hacia el mismo lado.

—¿Te diviertes?

Asintió ella, alzando un par de ojos evidentemente risueños.

—Muchísimo. De veras. ¿Y usted…?

Se limitó a asentir con la cabeza, golpeando afablemente su mano con la cazoleta de la pipa vacía.

La ermita del Santo alzábase en una loma, en el centro de un gran prado de hierba corta. En otro prado semejante, situado algo más abajo, una nueva banda de música formada por aficionados — el barbero, el sobrino del sacristán y el carnicero — dejaba oír los compases de una musiquilla popular. Algunas parejas decididas bailaban muy serias, convenientemente separadas, teniendo en cuenta la cercana presencia del señor Cura.

Tras de ponerle una vela al Santo, las familias desperdigáronse bajo los árboles, preparando las cestas con la merienda, pues los churros, buñuelos y bebidas fueron sólo un anticipo.

Lina se tumbó sobre la hierba, cara al cielo, sintiéndose sencillamente feliz, como un animalito que se limitara a saborear la buena tajada que le correspondiera en suerte en el gran festín de la vida. Era distraído mirar al cielo, surcado de ligeras nubecillas, apenas visibles entre el suave gris del anochecer. Los pájaros, aturdidos por el inesperado bullicio, atronaban el espacio sin querer retirarse a sus nidos.

El dueño de la carreta hablaba con Javier de cosechas, del sarampión del niño pequeño y del mejor pasto para las vacas. Hablaba mucho y de prisa, con divertido giro de típico vasco, y las comisuras de sus labios humedecíanse de saliva, que trasegaba para seguir hablando.

—…sí, señor, una buena tarde de romería. Necesidad de expansionarse, pues. Vamos, coja un pedazo de jamón. ¿La chica no quiere? Coja, coja; dicen que el perro es el mejor amigo del hombre. Yo digo que es el cerdo. ¡Ja, ja…! Mi sistema ha sido siempre buena comida, buen dormir… y mire cuántos hijos tengo, pues. Cinco y otro en camino.

—¡Caramba! ¿Van a ser padres de nuevo?

—En camino desde Azcoitia, donde está de veterinario. Es el mayor. ¡Ja, ja, ja! Llegará esta noche lo más tardar. ¡Ja, ja! —Rió de su broma, y para celebrarla hubo un nuevo intercambio de repletos porrones rápidamente vaciados.

—Me siento feliz —dijo Lina en voz alta, agradecida al campo, a la gente y sobre todo al generoso vinillo que Je prestaba inusitada animación —. Ahora sí que bailaría de buena gana… con quien quisiera sacarme.

—¿Quieres bailar, eh…? Pues mira qué casualidad. Yo también. ¿Qué dirá tu padre si nos ve bailoteando?

—Mi familia no viene a la romería, puede estar seguro. ¡Bailemos!

Corrieron alegremente para reunirse en el prado con los bailarines.

Lina se dejó llevar, arrastrando sus ligeros pies sobre la hierba, que entorpecía un poco, pero que resultaba blanda y suave y acariciaba los tobillos. Apenas llegaba hasta la barbilla de su compañero, una barbilla fuerte, mal afeitada, con un leve hoyuelo en el centro, que sintió el pueril

deseo de rozar con el dedo. El ligero bigote era más claro que el resto del pelo, castaño oscuro. Faltaba un botón en la camisa azul añil que vestía bajo el «sweter» y se prometió coserlo en la primera oportunidad.

Bailaban algo que quería ser un vals, y locamente giraban, lo mismo que las otras parejas, empujándose riendo y cantando.

A través de la tela burda, sentía los músculos firmes de Javier, que la sostenían como si fuese una pluma. Exhalaba un perfume especial, mezcla de heterogéneos aromas que formaban un todo agradable. Olía a jabón, a menta, a colonia, a pintura y a aceite de churros. Las aletas de su nariz temblaron y pensó subconscientemente que toda la vida recordaría aquel olor. Como recordaría también la alegre romería y la tosca escultura del Santo, rodeada de encendidas velas en la semipenumbra de la ermita.

Al verla rezar tan ensimismada, poco tiempo después, sintió Javier deseos de preguntarle por qué rezaba. Destacaba el perfil puro de la muchacha bajo el blanco pañuelo que él le prestara para cubrirse la cabeza. Singular chiquilla. Viéndola tan seria con los ojos bajos, parecía una santa, en lugar del turbador diablillo que era. La criadita que leía a Dickens y decía *okey*.

Se echó a reír. Asustado por la irreverencia salió de la capilla apresuradamente, no sin humedecer los dedos en la pila del agua bendita, casi caliente de tan repetidas inmersiones.

Le siguió Lina, como un perro fiel. De nuevo al aire libre, recuperó su gesto alegre. Con impulso espontáneo se agarró de su brazo, rectificando, acto seguido, un poco azorada. Javier fingió no darse cuenta.

—¿Me permites una pregunta indiscreta? —dijo con un tono distinto del que hasta entonces empleara.

Las pupilas verdes se alzaron hasta las risueñas pupilas negras.

—¿Por qué no…? Si es demasiado indiscreta no contestaré.

—Te lo diré bailando —dijo enlazándola por la cintura nuevamente para girar como peonzas sobre la hierba—. Extraña fiesta. Baile y rezos. Mucha comida, mucho vino e infinidad de velas encendidas. —Rió—. ¿Cuántas declara clones de amor habrán presenciado esta tarde los castaños y los pinos?

—Supongo que no sería ésa la pregunta indiscreta.

—No. Quería preguntarte qué le has pedido al santo con tanto fervor.

Lina se encogió de hombros y calló un momento, con el femenino deseo de exacerbar su curiosidad.

—Ya puede suponerlo, «señorito». Pedí un novio, como todas las chicas.

—¡Ah! Conque era eso… —comentó decepcionado.

—No lo era… pero pudo haber sido —bromeó—. ¿No recuerda mi proyecto de meterme monja?

—¡Bah! Una muchacha como tú…

—Como yo… ¿qué…?

—Pues tan… tan joven… Tan agraciada. Y también inteligente, sí. Podrías hacer feliz a un hombre… supongo yo

—¿Lo supone? Sería más galante decir: estoy seguro.

—¿Cómo voy a estar seguro? Comprenderás que eso sólo puede afirmarse con conocimiento de causa. —Si hubo un punto de malicia en su voz, lo disipó al minuto, porque la ingenua expresión de los ojos claros no apreciaba ciertas sutilezas—. Creo que lo afirmaré rotundamente, si eso te hace feliz.

Se encrespó ella.

—¿Por qué habría de hacerme feliz? Estoy acostumbrada a recibir homenajes de hombres más… de hombres más importantes.

—¿De veras…? Eso me parece un «bluff». Supongo que sabrás lo que significa esa palabra… Una chica tan «leída»…

—Si. Sé lo que es un «bluff». En este momento significa que usted pone en duda mi capacidad de conquista.

—¡Dios me libre, pequeña!

—¡Dios nos ampare, abuelito!

—Me estás faltando al respeto y voy a tener que despedirte.

—Estoy segura de que no lo hará. ¿Qué sería del cuadro?

—Tienes razón. Me encuentro atado de pies y manos… Pórtate bien, a cambio del favor que te hago inmortalizándote con mis pinceles.

Rieron con risa fácil, a tono con el ambiente.

Su amigo el dueño de la carreta volvió a invitarlos para el regreso, pero prefirieron ir andando, porque la aglomeración de carros y gente hacía más breve el camino yendo a pie. Se había hecho de noche y los romeros

regresaban en grupos, cogidos del brazo, cantando alegremente. El reloj de la ermita dejó oír las diez campanadas, y Lina y Javier apresuraron el paso hasta llegar a la plaza donde dejaron la camioneta.

Al instalarse junto a él en el asiento, Lina se enteró consternada de sus nuevos proyectos.

—Voy a dejarte en tu casa, ¿sabes? Es demasiado tarde para que vayas sola por el campo. De paso pediré a tu padre que te disculpe por llegar tan retrasada.

La sorpresa fue tan enorme que Lina apenas pudo pronunciar palabra. Aquella catástrofe iba a echar por tierra el alegre recuerdo de la deliciosa tarde.

Trató de resistir.

—No… Es mejor que no lo haga. Estoy acostumbrada a desenvolverme sola… De veras… Se lo agradezco, pero será mejor que…

Él se obstinó, con extraña tozudez. Entraría en el caserío y hablaría con su padre. Estaba decidido.

Lina se mordió furiosamente la uña del pulgar.

—Le advierto que mi padre está algo… algo enfermo.

—No me habías dicho nada. ¿Qué tiene?

—Pues… paperas. —Tuvo un recuerdo momentáneo para el propietario del almacén de lonas, llevándose la mano al cuello—. Es una cosa muy molesta. Guarda cama. Creo preferible que deje usted la visita para otro día.

—No me convencerás, pequeña.

—Me revienta que me llame «pequeña», señorito.

—Está bien, venerable señora. Decididamente, no me tienes el menor respeto.

Callaron. Ninguno sentía la cabeza completamente despejada por culpa del abundante vinillo. Las sombras de la carretera adquirían aspectos irreales. Los cipreses semejaban fantasmas de largos dedos, y el tronco podrido de un chopo, ahuecado por la lluvia, la cueva de una bruja.

En el cerebro de Lina sólo había cabida para un monótono estribillo: «¿Qué haré, Santo Dios, que haré…?», mientras continuaba mordisqueándose el dedo, horriblemente nerviosa. Si al menos los dueños

del caserío hubiesen ido a la romería y aún no hubieran regresado… Era su única esperanza.

La carretera comenzó a bordear el arroyo y pronto la maciza silueta del edificio se destacó entre sombras. Con un fuerte chirriar de frenos, Javier paró y bajó de un salto, ofreciéndose a ayudarla. La mano que se posó en la suya estaba extrañamente helada. Lina, con el valor que le prestaba la desesperación, avanzó tratando de distinguir algo en la oscuridad, apenas rota por la luz de los faros.

—Me parece que estarán acostados. Lo hacen muy temprano. Asi es mucho mejor. No se enterarán de la hora de mi regreso. Suelen dejar entornada la puerta del corral para que yo entre… ¿No ve que está todo apagado?

—Sí, es cierto… —Estaba indeciso, lamentando aquel contratiempo—. ¿Estás segura de que han dejado la puerta abierta?

—Claro… —rió trémula—. Como de costumbre. ¿Por qué se preocupa tanto? Buenas noches… Es mejor que vuelva otro día. O quizá irá mi padre mañana a verlo a usted… suponiendo que sus paperas se lo permitan.

—Bien… Buenas noches entonces.

—Adiós. Mil gracias por la deliciosa tarde. No la olvidare nunca.

—Para mi también fue muy agradable. Anda, quiero verte entrar para quedarme tranquilo.

Comprendiendo que era inútil protestar, Lina avanzó hacia el corral, donde fue recibida por el furioso ladrido de un perro.

Dio un salto, aterrada.

—¡Calla, estúpido!

—¿Qué te pasa?

—Nada… nada… Es mi… mi perro. De noche no reconoce a nadie. Por fortuna parece que está atado… ¡Calla «Caralarga»! —le dio el nombre de su último perrito, un cachorro de galgo ruso que falleció atropellado por una moto—. Soy yo… ¿No me conoces?

El falso «Caralarga» no daba muestras de tal cosa. Mostraba los dientes y procuraba liberarse de la cuerda, bastante gruesa, por suerte.

Lina dio la vuelta al corral.

—Adiós —saludó por última vez a su compañero antes de doblar un ángulo del edificio para esconderse en el qui cio de una puerta, respirando con fatiga. «Caralarga» continuaba ladrando y temía que la cuerda no resistiera y el enorme animal se le echara encima. Oyó silbar a Javier, tratando de calmarlo, pero en vista de la inutilidad de sus esfuerzos regresó sin duda a la camioneta, y el rugido dei motor le hizo comprender a poco que la pesadilla se alejaba.

Trató de imitar el ejemplo, marchándose de tan peligroso lugar. En el mismo instante se abrió una ventana del piso superior y la aturdió la voz ronca del conductor del carro de hierba que tan ferozmente fustigara a los bueyes.

—¿Quién va…? ¡Calla, *Pastor*! —El luminoso haz de una linterna recorrió los contornos—. Debe de haber alguien abajo —explicó a alguna persona del interior—. Voy a ver.

El foco de la linterna, que, como en un teatro, recorriera todo el escenario de prados, árboles y establos, iluminó el rostro asustado de la primera actriz. El hombre soltó una palabra gruesa y condenatoria.

—¡Diantres! ¿Quién diantres del demonio está ahí?

La voz de una mujer aconsejó:

—Coge la escopeta, Ramoncho.

Lina supuso que sería la enfurecida propietaria del famoso jarro de leche, y creyó oportuno hacerse visible antes de que Ramoncho pusiera en práctica los consejos de su esposa.

—Per… perdonen… —tartamudeó—. Soy yo… yo.

—¿Quién diantre es usted? —rugió él. Estaba enfadado viéndose despertado en lo mejor del sueño. ¡Un hombre que trabajaba de sol a sol…!

—Pues… soy la… la señora de la casa de… —señaló lo alto de la loma —. Del caserío de arriba.

—Hum —gruñó el otro, dejando sitio en la ventana a su mujer—. ¡Calla, *Pastor!* ¡Calla, maldito! —gritó al perro, que continuaba demostrando a sus amos que en tocante a guardián no le superaba ni un león—. ¡Te voy a moler a palos, maldita bestia…!

Pastor, mortalmente ofendido por tan injusto desagradecimiento, se sumió en un estado apático, haciéndose una rosca en el suelo.

—¿Quién dice que es? —insistió la mujer enfocando la linterna hacia su visitante.

Lina pidió al cielo que no la reconociese.

—Soy yo, la casa de la colina. Quiero decir, la dueña de la casa… Volvía de la romería con mi… con mi marido y otros amigos y me extravié… Siento haberles alarmado.

El hombre le quitó la linterna a su mujer, enarbolándola a su vez.

La luz puso de relieve que apenas iba cubierto con una horrenda camiseta a rayas, dejando al aire los brazos gordos como jamones y cubiertos de vello como un prado de césped.

—La romería… ¡Hum! Mucho vino se ha bebido, pues.

—Calla, Ramoncho, no seas bruto. ¿Conque en la colina? ¿La casa de Gregorio Barandiarán?

—Sí, si… —asintió sin importarle un ápice el nombre del antiguo propietario. Lo único que le importaba era el poder alejarse de allí a paso vivo.

—Pues entonces no tiene pérdida… Suba derecho ese atajo y encontrará el caserío…

—Gracias, muchas gracias. —La mujer no la había reconocido, afortunadamente—. Perdonen y buenas noches.

Se alejó presurosa, seguida por sus miradas. Pasó junto al perro, que, desengañado de la vida y de sus amos, apenas emitió un gruñido de desprecio. En cuanto estuvo lo suficientemente lejos para no ser vista, echó a correr. Sin detenerse a tomar aliento, voló cuesta arriba con la ligereza que le prestaba el miedo, impresionada también por la nocturna soledad del campo. Al divisar, al fin otro edificio lo contempló con la ilusión de quien encontrase su bello palacio. Ninguna luz se divisaba a través de las ventanas de la planta baja. Javier dormiría ya, o quizá soñara despierto, recordando las incidencias de la tarde.

Empujó la puerta trasera, y por la empinada escalera del granero se encaramó a su refugio, que le pareció el más lujoso dormitorio del mundo.

Una vez en seguridad, se tumbó sobre su lecho de paja y. con los ojos abiertos en la oscuridad, pensó en el muchacho que dormía abajo, ajeno a la

cercana presencia de su «criadita». Había sido una delicia bailar con él, al aire libre, sobre los prados…

Aquel perfume a menta, a pintura y a cigarrillos que despedía su viejo «sweter»…

Javier se tiró del lecho, abrió las ventanas y respiró a pleno pulmón el aire tibio de la mañana. Ningún cóctel como aquél, bebido a grandes tragos, conseguía darle la deliciosa sensación de estar bien despierto, apto para percibir las menores sensaciones de la vida.

Estiró los músculos entumecidos y se golpeó el pecho con los puños, produciendo un redoble de tambor que sirvió de acompañamiento al concierto de los pájaros que tímidamente dejaban oír sus primeros trinos.

Luego se preparó una taza de café en el infernillo, canturreando una canción cualquiera:

«Si tú me das tu amor, tu amor, tu amor…»

Estaba contento sin saber exactamente por qué. Quizá porque una rápida ojeada al cuadro hizole darse cuenta de que la cosa marchaba satisfactoriamente, o quizá porque conservaba muy viva la animación de la tarde anterior.

Sorbió el café tan pictórico y satisfecho que, para dar suelta a su exuberante vitalidad, decidió salir a tomar un baño en el arroyo vislumbrado el día anterior desde la camioneta.

En cinco minutos se puso el «slip» y empezó a bajar la colina, fustigando las ramas de los árboles con una varita seca, desgajada al pasar.

«Si tú me das tu amor, tu amor, tu amor…»

El sol no calentaba muy fuerte, pero la rápida marcha le hizo sentir calor, aumentando su deseo de chapuzarse. Sería también muy agradable encontrar al regreso un desayuno abundante. Lina solía llegar alrededor de las ocho y media, saludaba con un tímido «¡buenos días!» y se entregaba a sus faenas caseras. Habíase empeñado en trasladar la pequeña cocina de petróleo a un cuartucho contiguo, para no molestarle. Escuchaba su ir y venir ajetreado hasta que entraba anunciando con voz alegre: «El desayuno

está servido», mientras avanzaba con una bandeja bien provista de café, galletas, huevos, mermelada y rebanadas de pan frito.

El resultado de aquel régimen era que su estómago empezaba a entrar en caja, agradecido por la ausencia de cócteles y de comidas indigestas hechas a deshora y sin apetito.

La hierba húmeda empapaba sus alpargatas blancas con el rocío matinal. Legiones de margaritas alzaban entre el verde sus diminutas corolas que ponían una nota de grato contraste. Dobló un recodo y divisó los matorrales, llenos de sabrosas moras, detrás de los cuales hallábase el arroyo, que de trecho en trecho aparecía y volvía a esconderse. Brillaba la cinta del agua, transparente como cristal.

Buscó un lugar a propósito, escondido entre dos altos macizos de juncos. Una encantadora ensenada en cuya orilla había una franja de arena lisa y blanca. Sin el menor titubeo, se lanzó al agua, cuyo beso helado le dejó en suspenso, hasta que, a fuerza de brazadas, consiguió reaccionar.

Delicioso. Nunca había disfrutado tanto de un baño al aire libre, quizá porque le fastidiaran los que tomara en las playas de moda, plagadas de bañistas, de piraguas y de patines. Allí estaba a solas con los elementos: aire, sol, tierra y agua. Todo era exclusivamente suyo.

Se tumbó boca arriba, dejándose mecer por la corriente. Las ramas inclinadas de un sauce le rozaron la cara. Voló sobre su pecho un insecto de brillantes colores que al fin, convencido de que no se trataba de un gigantesco nenúfar, abrió las alas y se alejó en busca de manjares más sabrosos.

Salió del agua y se tumbó boca abajo, sobre la tierra, gozando del calor del sol, que le hacía sentirse en aquel momento como un hijo más de la naturaleza, hermano de las rocas, de los pájaros y de los juncos. En cada átomo de la piel sentía Infinitos chasquidos eléctricos y sus músculos, voluptuosamente relajados, disfrutaban de infinito descanso.

Jamás se sintiera tan en paz con el mundo y consigo mismo.

Repentinamente, un ruido turbó aquella paz y se incorporó, alerta. Oía cercano el rumor de unos pasos y el canturreo de una voz humana. Alguien llegaba a estropear su reposo.

La curiosidad hízole atisbar por entre los matorrales. Lo que vio le dejó en suspenso. A cierta distancia, en la parte más estrecha del arroyo, una mujer se disponía a bañarse.

No distinguía su cara, pero la silueta que apareció bajo una especie de impermeable, enfundada en un «maíllot» floreado de brillantes colores y de última moda, le hizo abrir un palmo de boca. La rubia melena suelta llegábale casi a la cintura, como el dorado penacho que pendiera de una celada.

Un macizo de helechos le impedía contemplarla a su sabor. Exasperado, se puso en pie a riesgo de descubrir su presencia. Impulsivamente deseó hacer un boceto que la representara así, con los brazos extendidos, a punto de zambullirse.

La vio lanzarse al agua y nadar en perfecto «crawl». Transparentábase el cuerpo como si nadara entre espejos, pareciendo una estela de oro puro el latgo cabello que flotaba tras ella.

Se maldijo»por no llevar papel y lápiz que le permitiera tomar el boceto antes de que la inpiración pasase. Exasperado, mordisqueó una aguja de pino.

¿Quién sería? Indudablemente, una chica «bien». Era lo suficientemente entendido para darse cuenta de que el bañador era de aquellos que las casas de modas anuncian como «modelo exclusivo». Un pequeño trozo de tela con fondo oscuro y dibujos llamativos que de lejos parecían pintados a mano.

Tratábase de una mujer de ciudad. Era evidente. Alguna veraneante, quizás la propietaria de cualquier finca de los contornos, que se bañaba lejos de su casa.

De pronto lanzó una exclamación de asombro. La sirena salió del agua con el rostro vuelto en su dirección. Y aquel rostro gracioso y fino pertenecía ni más ni menos a su criadita para todo. ¡Inaudito! Era Lina, a la que imaginara afanada en la cocina, preparando el desayuno.

Mil ideas bulleron en su cerebro, cada una más loca que la anterior.

—No es posible —repitió obstinadamente—. No es posible. Esto no está claro. Esta chica no puede ser una palurda. No es una palurda. Es una señorita exactamente igual que mis primas o mis amigas. ¿Cómo no me di

cuenta desde el primer instante? No es una campesina. No hay más que mirarla. Y su modo de hablar. Dickens… Magaloff… ¡Bah! Soy un estúpido… Es preciso que aclare esto. Tengo que aclararlo en seguida. No tendré un minuto de reposo hasta que sepa… Ahora mismo iré a ver al padre… Sí. Ahora mismo. Pero no puedo ir en «slip». ¡Maldición! Tendré primero que volver a casa.

La bañista sacudíase el agua y retorcía su cabello, escurriéndolo. Como si estuviera muy apresurada, se calzó y se cubrió con el impermeable, desapareciendo por entre los cañaverales. Fue tan rápido que Javier se preguntó si no habría soñado… Llevaba varios días pensado demasiado en Lina, quizá porque era el único ser humano con el que hablaba. A lo mejor había sido una alucinación… Pero no… No estaba tan loco… Erá ella realmente.

Emprendió el regreso, con paso mesurado, para dar lugar a que la chica se le anticipara.

Entró sin ser visto en la cocina, se vistió y al fin, con gran preparación de toses y carraspeos, abrió la puerta interior y se asomó llamándola como si acabara de despertarse.

Allí estaba, muy seria, con su horrible moño anudado en la nuca, cuya humedad revelaba la reciente inmersión… No había soñado. La ninfa del bañador futurista era su criadita palurda… Al verlo entrar se animó su expresión.

—Buenos días, señorito. Supongo que habrá descansado del trajín de yer.

Así, sencillamente, como si en lugar de ser una deliciosa venus fuera una campesina vulgar.

Ahogó un gruñido y le lanzó una mirada oblicua. Pidió el desayuno y esperó ante la mesa, como un niño enfurruñado, deseando preguntar algo, pero sin decidirse a hacerlo. Prefería enterarse directamente, aclararlo todo…, suponiendo que hubiese algo que aclarar.

La alegría de Lina era contagiosa. A pesar suyo, se vio obligado a sonreír cuando ella entró portadora de la atiborrada bandeja.

—¿Quieres que coma todo eso? Me mimas demasiado.

—El señorito lo merece —respondió posando en él sus cariñosas pupilas de ambarinos reflejos.

Las defensas de Javier se derrumbaron definitivamente y sonrió también, contestando a su mirada con una mirada nueva, ligeramente provocativa, un tanto curiosa y un mucho admirada.

Lina se sonrojó sin saber por qué y su mano rehuyó la suya cuando los dedos se encontraron sobre la cafetera.

Acarició la cabeza del perro, que a la luz del día parecía menos furioso. Avanzó Javier hacia el cercano establo, del que provenía ruido de voces.

—Buenos días —saludó, tratando de distinguir en la penumbra del interior a la mujer que ordeñaba las vacas. Del ángulo contrario se alzó la figura rechoncha del marido, cargado con un brazado de hierba fresca.

—Buenos los tenga —respondieron al unísono, y aguardaron expectantes, sorprendidos por la visita del forastero.

Javier vaciló, sin saber cómo encarar el asunto.

—Soy el… el… —iba a decir el patrón de la pequeña, pero la expresión le pareció ridicula y la cambió —su veci no de la colina.

—¡Ah! —volvieron a decir al unísono. Y continuaron mirándole con expresión algo estúpida.

—Venía… a saludarles, como vecino. Hace tiempo que deseaba venir. —Mientras hablaba pensaba interiormente otra cosa distinta: «No es posible que estos bobalicones sean los padres de «la ninfa», no, ¡demonio! No puedo creerlo.» Y en voz alta continuó—: Me tomo el trabajo de ir al pueblo cada vez que necesito huevos o leche. Y he pensado que quizás ustedes pudieran proporcionármelos. Además… también tengo que darles las gracias por… los servicios de la chica.

Marido y mujer se miraron sorprendidos. Lo único que entendieron de todo aquello era su oferta de comprar huevos y leche.

—Podemos venderle dos litros —fue el inesperado comentario del cabeza de familia mientras la mujer sujetaba la cola de la vaca, que, nerviosa por la presencia del extraño, azotábale el rostro.

—¿Dos litros?… ¡Hum!… Es demasiado. ¿Dos litros diarios, quiere decir?

—Sí… Naturalmente. Eso suelen consumir las familias. ¿Son ustedes muchos?

—No, dos solamente. ¿No se lo ha dicho la chica? Es decir, dos contando a Lina.

Un nuevo silencio, algo sorprendido, roto al fin por la mujer.

—¿Y cuántos huevos querría? La docena le saldrá a… Citó una cantidad, cargando el precio, como acostumbraba hacer en el mercado del pueblo cuando el comprador era un forastero.

—Dos docenas, por ahora… Lina come poco. Sin embargo, parece una chica fuerte, ¿no? Estoy satisfecho de sus servicios.

Vio que continuaban sonriendo estúpidamente, con la misma expresión que las dos vacas que alzaban las cabezas en actitud curiosa.

La mujer rompió el silencio de nuevo.

—Dale tú los huevos, Ramoncho. Yo no puedo dejar esto.

Ramoncho echó a andar, haciendo gestos de que le siguiera. Cruzaron el corral y avanzaron por el interior de una cocina más pequeña y más mísera que la que Javier ocupaba.

Del interior de un armario sacó un cestito con huevos y se puso a contarlos, en vasco, apiñándolos sobre una mesa reluciente de limpieza.

No presentaba señales de haber padecido paperas. Javier fue a decir algo, pero el otro habló primero.

—Son muy frescos, cogidos de hoy —explicó cuando concluyó la operación del recuento.

—Gracias… Quizá sería mejor que me prestara el cesto. Su hija se lo traerá esta noche.

Por primera vez dio muestras de asombro.

—¿Mi… qué…?

—Su hija… Lina…

—¿Mi hija? ¿Conoce usted a mi hija?

Rió Javier.

—Naturalmente.

—¡Demontre! ¿Y cómo está?

Ahora fue Javier quien le miró atónito.

—Perfectamente. ¿Por qué habría de estar mal?…

—¡Pché! Su madre se inquieta. Precisamente mañana irá a Deva para acompañarla cuando llegue el parto.

—¡¡El… par… to!!

—La última vez trajo dos mellizos. Es un desastre esta hija mía. No tiene dos pesetas, y cada año aumentan la familia.

Javier se pasó la mano por la frente.

—Debe de haber un error. Supongo que no se refiere a su hija.

—¿Que no?… A Mariacho… ¿No dijo que la conocía? Tiene una pescadería en Deva.

—Yo hablaba de su otra hija, de Lina.

—Nunca tuve más que una hija, y ésa se llama Mariacho —insistió el vasco empezando a amoscarse. Sospechaba que aquel señorito quería tomarle el pelo. Quizá la escena de la noche anterior fuera también una pesada broma. Puso cara hosca y añadió—: Y, por cierto, supongo que es usted el que anoche perdió a la mujer.

Javier dio un salto atrás. Parecía un diálogo entre dos locos.

—¿Que perdí a mi mujer…?

—Sí, al regreso de la romería. ¡Menudo alboroto armó, pues! Ya pueden tener cuidado otra noche, porque mi perro no está siempre atado… Se lo advierto.

—¿Su perro…? ¿Mi mujer? ¿Qué dice?

Aumentó el ceño de su interlocutor y las manos velludas se abrieron y cerraron furiosamente.

—Su señora nos despertó, de madrugada. —Las diez eran casi «madrugada» para quien se acostaba a las siete y media—. Se había extraviado al volver de la romería. Si mintió no es cosa mía. Allá usted. No creo que sea bonito perder la mujer a esas horas…

Los ojos de Javier, desmesuradamente abiertos, le contemplaban atónitos.

—¿Mi mujer…? ¿Por qué dice que era mi mujer?

— ¡ Diantre! Ella lo aseguró cuando yo la enfoqué con la linterna desde la ventana.

—¿Dijo que era mi esposa?

—Eso mismo. Y que vivía en el caserío de la colina.

—Y… y… ¿qué pasó después?

—¡Cómo quiere que yo lo sepa! Se marchó…

—¿A dónde?

—*A* su casa, supongo… —Se puso en jarras, en actitud amenazadora—. Oiga, si quiere tomarle el pelo a alguien, tómeselo a su papá. No tengo ganas de bromas, ¿comprende?… ¡Lárguese!

—Pero, oiga… Necesito saber…

—Le repito que se largue. Si quiere comprar leche y huevos, vaya al pueblo. Aquí no vendemos nada. —Lanzó un grueso taco, que Javier apenas oyó, demasiado estupefacto para tener noción de cuanto le rodeaba. Mecánicamente echó a andar, seguido por la mirada hostil del campesino y por el gruñido del perro, consciente de la electricidad de la atmósfera. Alcanzó la curva en que el camino subía en pendiente hacia las lomas a través de un túnel de verdura. Continuó ascendiendo, y al fin se detuvo, dándose cuenta de que hablaba solo, en voz alta.

¿Lina dijo que era su esposa y que vivía en el caserío?

¿Lina no era hija de aquellas gentes?

¿Lina no habitaba en aquella vieja casa, donde simulara entrar la noche anterior?

Entonces… ¿Quién era Lina? ¿Por qué mentía? ¿De dónde sacó la emocionante historia de la madrastra odiada, etcétera, etcétera? Y sobre todo…, ¿a dónde iba por las noches, al alejarse de su casa…? No era factible que recorriera andando a tales horas la distancia que les separaba del pueblo… Y no había ninguna otra casa en los alrededores.

Se sentó sobre un tronco, materialmente abrumado de curiosidad y de inquietud. Todos los detalles que en su momento le extrañaran, uníanse ahora formando un conglomerado enloquecedor.

Lina y Dickens.

Lina, aficionada a la música, capaz de distinguir los diversos matices de la técnica de Aláiz, de Rubinstein o de Magaloff.

Lina con un traje de baño de precio exorbitante.

Lina diciendo «O. K.». Y, sobre todo, Lina asegurando que era su mujer…

Bien… Aclararía aquello inmediatamente…, sin perder un segundo.

¿Le había tomado por algún estúpido? ¿Qué objeto perseguiría? ¿Una aventura…? ¿Sería alguna chiquita «alegre» de San Sebastián que, enterada de sus proyectos solitarios, decidiera turbarlos, de acuerdo con sus amigos, para gastarle una broma pesada…?

No sabía qué pensar…

Recordaba el perfil de Lina, y sus ojos claros, alzados hacia la tosca figura del santo, en la ermita campesina.

Cada vez se sentía más desconcertado.

Emprendió la marcha, armado de terribles y amenazadores proyectos… Si creyeron tomarle el pelo, él les demostraría a todos que…

Se detuvo, ahogando una maldición. De repente, habíase acordado del cuadro.

—Eres la mejor modelo que he tenido —dijo horas más tarde, al objeto de su preocupación, que posaba inmóvil en su rincón habitual de la chimenea —. Posees raros dones, tan codiciados por mis colegas-: inmovilidad, vida interior y plasticidad extraordinaria.

Puso en la paleta un centímetro de pintura blanca y la mezcló con otra oscura, hasta obtener el tono deseado.

Sentíase satisfecho de su autodominio, que le indujo a callar durante unas horas, las suficientes para darle al cuadro el impulso indispensable. Pintaba sin parar, preso de febril actividad. Y la obra estaba por fin tan avanzada, que se acercaba el momento en que podría prescindir de la modelo… tras de hacerle una escenita tormentosa. Recreábase mirándola de reojo y pensando en lo que iba a ocurrir, como el gato que disimuladamente contemplara al ratón pensando en la próxima pitanza.

—¿No te gustaría ganar dinero así? —dijo de pronto, y ella se sobresaltó, porque casi habíase dormido.

—¿Así…? ¿Cómo?

—Quiero decir sirviendo de modelo. A mí y a otros pintores. No se paga mal, y siempre es más agradable que fregar platos.

Hubo un silencio turbador.

—Mi padre no me lo permitiría. No le he dicho nada de esto.

—Debes de ser un poco reservada, ¿no?

El tono era tan raro que ella alzó los ojos sorprendida.

—Pues… no mucho. ¿Por qué?

—Por nada. Un simple comentario, hijita. Me parece que tratas de presentarme a tu padre bajo un aspecto terrible. Quizás en el fondo sea un infeliz. ¿Quieres que yo le hable?

—No… ¡No! ¡De ningún modo!

—¿A qué vienen tantos escrúpulos? ¿No te permite pasar el día a solas conmigo en esta casa abandonada?

Enrojeció Lina.

—Es distinto.

—No veo por qué. Es un lugar romántico, propicio al amor. Somos dos muchachos jóvenes… Podíamos habernos enamorado.

—¡Pero no nos hemos enamorado! — protestó Lina con extraña vehemencia.

—¿Estás segura?

Su rubor adquirió un tono púrpura.

—Completamente; sé guardar las distancias.

Javier rió.

—Demasiado. A veces me habría gustado que te pusieras, más cerquita. Eres una chica muy guapa, ¿sabes?… — No contestó —. He de confesarte que muchas veces he tenido que contenerme para no darte un beso. — Persistió el abrumador silencio —. Soy un hombre sensible, como buen artista… ¡Hum…! ¿Qué hubieras hecho si… si te lo hubiera dado?

—Por favor… Estábamos hablando de otra cosa, ¿no?… Usted me decía que la profesión de modelo era lucrativa… — Su voz temblaba cómicamente, y trató de dominarla, carraspeando —. ¿Cuánto cree que podría ganar?

Trataba de dar otro giro al asunto, consciente de que en la atmósfera flotaba algo distinto que rompía la plácida camaradería habitual.

—Depende de muchas cosas. Los desnudos se pagan mejor.

Abrió ella los ojos, estupefacta.

—¿Los… desnudos? ¿Quiere decir…? — hizo un gesto indicando la ausencia de ropa.

—Sí. Eso quiero decir. Y por cierto que tú tienes un desnudo perfecto. Sí, formidable.

Lina se incorporó bruscamente, recostándose en un ángulo de la chimenea, con expresión asustada.

—¡No…!

—¿No qué?

— ¡No diga eso! Es una broma de muy mal gusto…

Javier se encogió de hombros y mezclo ahora dos tonos de azul.

—No es ninguna broma, hija mía. Es la pura verdad. Te vi esta mañana mientras te bañabas. ¿No te lo he dicho? Lo había olvidado.

Ella se tapó la boca con la mano, como si temiera ir a gritar.

—Yo también estaba bañándome cuando llegaste tú —continuó él —. Sentí no llevar lápiz para sacar un boceto. ¿Me permitirás que te pinte así…?

—¡Se ha vuelto loco…! Es usted… — En su voz había lágrimas, pero Javier no se enterneció, temiendo que todo fuera una comedia. Desde luego, era una gran comedian*te* —. Me está ofendiendo, ¿sabe…? ¿Por quién me ha tomado…?

—¡No te enfades! Pareces una gata rabiosa. Todas las chicas se exhiben en las playas ante miles de ojos masculinos.

—Es distinto.

—¿Por qué? Soy un artista que todo lo mira desde un aspecto elevado.

—No lo creo yo así.

—Haces bien. Pero siéntate. ¿Por qué te has movido?

—Me marcho. Está usted muy antipático esta tarde.

—Procuraré enmendarme, te lo prometo.

Lina obedeció de mala gana y él continuó pintando en silencio.

—Era precioso tu traje — dijo al cabo de un rato.

—¿Mi traje?

—Sí, el de baño. De última moda. Debe de haber costado carísimo.

—Me… me lo regalaron.

—¿Quién? ¿No puedo saberlo?

—No. Es usted muy indiscreto. ¿Hay algo que me prohíba poseer un bañador de moda?

—No, que yo sepa.

—Pues entonces dejemos en paz mi bañador.

—Estás echando un genio insoportable.

—¿Yo…? Es usted quien está odioso. Me mira como si quisiera morderme.

—No me disgustaría.

—¡Tan simpático como estuvo ayer… en la fiesta!

—¿Te parecía simpático? Tú también me gustaste. Y hoy me sigues gustando. ¡No! No te enfades otra vez. Te lo digo fraternalmente… Somos dos buenos camaradas.

—Eso creía…

—Lo somos… Parecemos un matrimonio de esos que llevan muchos años de casados y pasan las tranquilas veladas junto a la chimenea… ¿Qué te parece esta idea?

—¿Qué idea…? No entiendo nada de lo que dice.

—La del cuadro matrimonial. Tú y yo, un matrimonio. Qué divertido, ¿verdad?

—Divertidísimo — comentó muy seria.

—Hasta reñimos y todo como si estuviéramos casados. Pero, no puedo imaginarte como esposa.

—Es natural. Soy sólo su criada. Siempre me han parecido feas esas historias de señoritos y criadas.

—¿Por qué?

—Porque lo son. — Contempló las brasas de la chimenea como un puñado de guindas brillantes. La tarde había refrescado y creyeron prudente encenderla.

—Celebro conocer tu opinión. Una opinión singular, teniendo en cuenta que…

—¿Qué?

—Nada. Hablaba solo.

—Es signo de locura hablarse a sí mismo.

—Yo estoy algo loco desde esta mañana. Mareado del espectáculo. Era una maravillosa «ninfa»…

—¿Quién…?

—¿Quién ha de ser…? La chica del bañador. No quiero personalizar porque no te gusta. Por cierto, ¿quieres soltarte el pelo?

—¿Para qué?

—Para nada malo, hija. No seas gazmoña. Creo que resultará más bonito.

Obedeció, deshaciendo su moño con dedos temblorosos. La cascada dorada cubrió sus hombros, produciendo un centelleo en los ojos del pintor.

—Magnífico. Tienes un pelo precioso. ¿Me dejas que…? —se acercó, y Lina retrocedió alarmada —. ¿Me dejas que lo arregle a mi gusto? — Sin esperar su respuesta extendió la melena con el mismo cuidado que si manejara cristal. Era suavísimo al tacto, como una madeja de seda. Observó que Lina se estremecía ante el ligero roce de sus dedos sobre la blusa —. Muy bien. Así. No te muevas, por favor.

Volvió ante el caballete y los latidos del corazón de la muchacha disminuyeron de intensidad al alejarse él. Percibían ambos subconscientemente que flotaba en el aire un extraño elemento turbador.

Callaron, pero el silencio estaba lleno de rumores: el crepitar de la leña, el roce de los pinceles y los cien mil murmullos del campo que entraban por las abiertas ventanas. Alrededor suyo todo vivía, palpitaba extrañamente.

—¡Tendría gracia que este cuadro obtuviera alguna medalla en la Exposición! — dijo él, volviendo a la superficie tras una larga inmersión en distintos pensamientos.

—¿Piensa exponer ese cuadro? — La idea no se le había ocurrido. Y era inquietante. ¿Qué diría su padre…? ¿Cómo explicar su amistad con el pintor?

—Claro que lo expondré. Prepararé un saloncillo cuando tenga otros.

—Pero entonces… todo el mundo me reconocerá.

—¿Todo el mundo…? ¿Acaso eres una famosa estrella de cine…? Creí que apenas tenías amistades.

—Bueno…, me refiero a… la gente del pueblo.

—La gente del pueblo no acudirá a mi exposición… Puedes estar tranquila.

—¿Es… un pintor famoso?

—Mi fama sólo llega al portal de mi casa, y allí muere.

—Es curioso… Aún no sé cómo se llama.

—Javier.

—Sí, pero, ¿qué mas?

—Velasco. Veinticinco años. Soltero. Huérfano. Rentista. Sin enfermedades crónicas. No tengo hermanos. Poseo tres casas en Madrid y una finquita en el campo que me cuesta muchos disgustos.

—No necesitaba saber tanto, gracias. ¿Se considera un tema de terrible interés?

—¿No lo soy?

—Para mí, no.

—Para mí, en cambio, tú eres la primera mujer…

—¡No siga!

—… la primera mujer esquiva que he conocido. Siento que te defraude el final de la frase.

Lina se enfadó definitivamente y comenzó a enrollar nuevamente sus cabellos.

—¿Qué haces?

—Me marcho. Tendrá que hacerse su cena.

—No lo consiento. Eso es faltar a tu deber de perfecta sirviente.

—Bien, faltaré a él.

—Te despediré.

—Eso mismo iba yo a decirle.

—Pues ya no lo digas.

Se miraron como dos gatos furiosos.

—Estamos de acuerdo, ¿no?

—Completamente de acuerdo.

—Mañana ya no vendré.

—Será una gran pena.

Lina aguantó las ganas de llorar.

—Me ha decepcionado profundamente.

—Estoy desolado. ¿Quieres decirme cuánto te debo? No sólo por tus servicios domésticos, claro está. También por tu trabajo como modelo.

Los ojos claros expresaron infinidad de cosas distintas y al final se llenaron de lágrimas. Dando una vuelta brusca, Lina echó a correr.

—No necesito su dinero, buenas tardes.

Salió al campo, y corrió ladera abajo, cegada por el llanto. Era estúpido llorar así, por una cosa nimia… ¿Qué era Javier en su vida…? Nada. Menos que nada. Debiera haberse marchado ya del caserío, sin dar lugar a tan desagradable escena.

—Ahora que nos hemos desahogado ¿quieres que fumemos la pipa de la paz? — dijo Javier a su lado.

—¿Adónde va…? Déjeme.

—Voy a acompañarte hasta tu casa, como anoche. No quiero que te pase nada. Supongo que mañana vendrás puntualmente, ¿no…? Eres una chica enigmática, palabra. ¿Te hace llorar el perder el empleo…? A mí me entristece también la idea de no verte. Por lo tanto, borremos lo ocurrido. Empalmemos nuestra amistad en el punto en que la dejamos anoche —. Sacó su pañuelo y le secó las lágrimas con suma delicadeza. El aroma de menta y pintura hizo vibrar todas las fibras de la muchacha —. No sabía que fueses propensa a las lágrimas. Vamos, déjalo ya. Soy un enemigo natural de las exageraciones femeninas… Perdóname. He tenido yo la culpa. Estoy de mal humor y me siento cincuenta años más viejo que de costumbre. Sonríe, no seas rencorosa. — Trató de cogerle la barbilla, pero ella rehuyó su contacto.

—Déjeme, se lo ruego. Prefiero estar sola.

—Yo no. No podrás impedir que vaya a tu lado.

—Haga lo que quiera.

Caminaron en silencio. Una fragancia cálida ascendía de la broza, de la hierba y de los pinos rezumantes de resina. De un montón de rastrojos voló una bandada de gorriones, batiendo el aire con sus alas. Era una tarde privilegiada v la tierra absorbía los últimos rayos de sol, devolviéndolos con aumentada iridiscencia.

—Hace un tiempo demasiado hermoso para reñir, ¿no te parece? — dijo él, deteniéndose un instante para encender la pipa.

Lina no contestó y siguió andando. Javier tuvo que apretar el paso para alcanzarla.

—Sería oportuno charlar ahora un rato con tu padre, puesto que no tengo nada que hacer — comentó con fingida inocencia —, suponiendo que esté

mejor de su enfermedad.

Lina se detuvo.

—Preferiría que no mezclase a mi padre en este asunto, ¿entiende?

—Descuida. No pienso hablarle de nuestra reciente pelotera.

Lina golpeó el suelo, impaciente.

—No me refiero a eso. Lo que deseo es que se ahorre la visita y el camino. Mi padre no tiene el menor interés en hablar con usted.

—¡Caramba! ¿Y por qué?

—Pues… porque… aún sigue en cama. Está irascible. Sólo permite que se acerque mi madrastra. Apenas le veo.

—Demonio… ¿Y… tiene el rostro hinchado?

—Hinchadísimo. Una cosa monstruosa.

Javier miró desconcertado los claros ojos que parecían labrados en facetas, como los zafiros. Tenían una expresión inocente. Y sin embargo… Cuanto hablaba era pura mentira. El irascible dueño del caserío — en eso había acertado, porque era bastante irascible — no tenía el cuello hinchado.

—Si crees que no es oportuna la visita, desistiré, pero te acompañaré hasta la puerta, de todos modos.

Lina no se atrevió a negarse y continuó andando en dirección al odiado edificio que se divisaba a lo lejos. Pasaron junto al río, y Javier lanzó una piedrecilla que formó una arruga en el agua, desaparecida pronto, como si jamás hubiera existido. Igual ocurría con su recuerdo, pensó Lina, cuando al día siguiente se alejara de Javier. Quizá la recordase durante algunos momentos, sobre todo cuando descubriera su inexistente parentesco con los caseros vecinos, pero luego la olvidaría y ninguna huella quedaría en su vida de la insignificante criadita que le atendiera durante breve tiempo.

Quedaría el cuadro… Pero Lina no sabía exactamente si se decidiría a romperlo, antes de alejarse… Parecíale un crimen destruir aquello, porque emanaba del lienzo un encanto impreciso. Consideraba arriesgado permitir que se lo quedara. Claro que apenas se le veía medio perfil. Y no era fácil que la reconocieran, teniendo aquel fondo de ambiente campesino. En todo caso, podía alegar que se trataba de un extraño parecido… Sí, esto era lo que diría. No podía privar a Javier de su cuadro.

Además, conservando el cuadro, siempre se acordaría de ella… Por su parte; jamás podría olvidarlo. Le miró de soslayo y a pesar de que llevaba una basta camisa de dril, de un tono azul intenso, salpicada de manchas de pintura, decidió que era uno de aquellos hombres que al entrar en un salón alteraban la atmósfera, haciendo latir el corazón de las mujeres. Iba mal afeitado y con el cabello revuelto, y ello aumentaba su masculinidad vigorosa. Los brazos que la camisa remangada dejaba al descubierto eran morenos, ligeramente velludos y de firmes músculos. Por vez primera en su vida, no se le ocurrió a Lina compararlo con ningún actor de cine. Era distinto… Tan real, tan intenso, tan diferente de cuantos conociera… Respiró hondo, y se sintió viva y consciente como si acabara de estrenar la vida. Recordó sus frases de momentos antes y se estremeció de pies a cabeza.

«Muchas veces he tenido que contenerme para no darte un beso. ¿Qué hubieras hecho si te lo hubiese dado?»

«Estoy algo loco desde esta mañana. Mareado del espectáculo. Eres una maravillosa «ninfa»…»

«…¡Tú y yo un matrimonio! Qué divertido, ¿verdad?»

«…tienes un pelo precioso…»

Y sus manos, colocando con increíble suavidad la dorada melena. ¿Cómo podían ser tan suaves unas manos tan fuertes?

La temida silueta del caserío alzóse al fin a pocos pasos.

—Ya estás en casita.

—Sí.

—Me figuro que no continúas enfadada.

—No…

—¿Vendrás mañana temprano?

—Sí.

—Eres muy buena. Yo tampoco te guardo rencor.

—Usted también es bueno.

—Sí. Es un torneo de bondad. Yo soy bondadoso, tú eres bondadosa, él es bondadoso. ¿No me das la mano?

—Podrían vernos desde casa. A mi padre quizá le parezca excesiva familiaridad entre un señor y su fiel sirvienta.

—Tu padre no lo verá desde la cama.

—Bueno… tiene razón. — Rió, echando atrás la cabeza, y la débil luz rojiza del atardecer se reflejó en sus dientes y en su garganta. Resueltamente le tendió la mano, que él retuvo demasiado rato.

—Adiós, Lina. Hasta mañana. ¿Cuál es la ventana de tu cuarto?

—¿Mi… ventana…?

—Aquélla, la de los tiestos.

—Me gustaría verte asomada a ella.

—¡Qué tontería! ¿Para qué?

—Quizá resultase un bonito cuadro.

—Usted sólo piensa en cuadros.

—Porque me gustas…

—¿Eh…?

—Me gustas como modelo.

—Lo siento, pero no puede ser.

—Me niegas hasta las cosas más sencillas. ¿Qué motivos hay?

—Ninguno, pero… Pareceríamos novios. Hablando por la ventana.

—¿Te importaría mucho parecerlo?

—Muchísimo.

—A mí, no. — Empezó a ladrar el perro —. Ese chucho no te quiere demasiado.

—No lo crea. Me adora. Sólo que tiene un «temparamento» especial.

—En efecto. Muy especial…

—Bueno… adiós.

—Adiós. Me quedo esperando a que te asomes.

—¡Qué testarudo!

—Siempre lo fui.

Avanzó hacia la casa con aire de víctima propiciatoria. Atravesó el corral, donde un burro atado al brocal de un pozo conseguía a duras penas espantar las moscas del lomo. El perro, reconociendo a su enemiga de la noche anterior, arreció en los ladridos. Algunas gallinas huyeron alarmadas.

Con paso inseguro avanzó por el zaguán-cocina, mirando a todos lados.

—Buenas tardes…

Nadie contestó. La habitación estaba vacía. El silencio de la casa sólo era turbado por los ruidos del exterior.

Del fondo de la estancia partía una empinada escalera y Lina, tras de repetir el saludo sin obtener respuesta, tuvo la idea de subir en busca de la dichosa ventana. Por lo visto no había nadie y el momento resultaba propicio.

Ascendió procurando no hacer ruido. En el primer rellano abríase una puerta que empujó cerciorándose por una rendija de que también estaba vacía y casi en penumbra. Una alcoba modesta con una gran cama cubierta por un inmenso edredón forrado de percalina roja. Una cómoda. Una percha y una tinaja de barro en un ángulo. Al final la ventana.

La abrió, forcejeando, porque la humedad roía los hierros del picaporte. Sí. Era la ventana de los tiestos. Se acodó sobre el borde. Allí estaba destacando llamativamente entre los árboles la arrogante figura del testarudo pintor. Alto como un obelisco y sonriente y burlón como un niño travieso. Le hizo un gesto amistoso con la mano al que Javier correspondió con grandes aspavientos. Luego le vió dar media vuelta, emprendiendo el camino de regreso.

Cerró la ventana con un suspiro de satisfacción que casi inmediatamente se convirtió en un grito.

—¿Qué está usted haciendo ahí?

Se volvió en redondo, despavorida, encontrándose con la inesperada presencia de una cabeza que asomaba, estupefacta, por los bordes de la tinaja. Lina dio un salto atrás.

—¡Dios mío…!

Al moverse el hombre, una nube de humo surgió de las profundidades de la tina, como si se tratara de un sortilegio satánico. Apareció un torso regordete y un brazo peludo y amenazador.

—¿Qué hace usted aquí, so…? — lanzó una palabra estremecedora —. ¿Es que no puedo tomar mi baño para el reuma sin que usted se me cuele en la alcoba…?

—Perdón, yo… yo… no sabía… Soy la… la de anoche.

—La de anoche. ¡Ya sé que es la de anoche! Menuda tal está usted hecha… ¡¡Begoña!! ¡Begoña! — gritó —. ¿Dónde diantre estás…?

¡Begoña! ¡Sube en seguida!

Era evidente que sin ayuda ajena no podía salir de la tina. Tampoco lo intentaba, limitándose a gesticular con los dos brazos fuera del improvisado baño.

—¡Maldita mujer! ¿Adónde habrá ido por el agua caliente? ¡¡ Begoña!! ¡ Begoña…!

—Ya… ya me voy… No la llame. Me marcho ahora mismo…

—No se irá sin decir qué estaba haciendo en la ventana… He podido coger una pulmonía… ¿A quién hacía señas…? ¿Qué se traen entre manos usted y su compañero…? ¡Vamos! Hable… ¡¡Begoña!! Maldita bruja. ¡Se está quedando el agua helada!

Era inexacto, porque continuaba saliendo humo y de ello daban fe su rostro colorado como una grosella y sus manos que parecían a punto de cocer.

—¡Voy a denunciarlos a la policía como no nos dejen en paz! Ya me está chocando tanta curiosidad… ¿Son ladrones, eh?

—¿Ladrones…? ¿Está loco…?

—Por si acaso, ya me enteraré… No crea que esto va a quedar así. ¡¡Begoña!!

—No se enfade… Vine por… por leche y huevos.

— ¡¡Otra vez!! ¿No les he dicho que los compren en el pueblo? — Lina no recordaba cuándo se lo había dicho, pero no se atrevió a llevarle la contraria —. ¡Vamos…! ¡Qué desvergüenza! Ahora mismo voy a…

Creyendo que salía de la tina, Lina corrió como una exhalación. En la puerta de la cocina tropezó con la temible Begoña, que regresaba cargada con un haz de leña para avivar el fuego. La empujó y continuó corriendo, perseguida por los ladridos de «Pastor».

No se detuvo a tomar aliento hasta que estuvo en mitad de la loma, distinguiendo ya la silueta de «su» casa. Se refugiaría allí como de costumbre y a la siguiente mañana bajaría a la carretera, muy temprano, en espera del auto de línea que la alejaría de todo aquello. «¡Demasiadas aventuras!», se dijo con un suspiro de terror. La vida no era como las películas, sino mucho más terrible y dura… Añoraba su lujoso hogar de

Madrid, a la sazón cerrado, e incluso la elegante «Lauri Enea», en la que nada faltaba a su confort…

Concluiría inmediatamente la horrenda pesadilla comenzada en piragua y continuada en el duro suelo del pajar… Ya no podía soportar más.

Era casi de noche cuando alcanzó la senda que separaba el campo agreste de las zonas cultivadas. Brillaba una débil luz en el interior de la casona que se distinguía a lo lejos. Temió que a pesar de todo recordaría con inexplicable sentimiento el débil centelleo de la lámpara de petróleo de Javier brillando en la noche.

Pesadamente subió la angosta escalera del granero, sintiéndose fatigada. Tenía frío y castañeteábanle los dientes, entre la humedad y el susto pasados. Avanzó por el granero casi en penumbra y se dejó caer sobre la paja antes de distinguir la elevada figura que apoyada en un ángulo obscuro se hizo visible, saludándola con una reverencia.

—Buenas noches, esposa mía. Bien venida al hogar. Llegas un poco retrasada.

Lina dio un grito y contempló atónita a Javier, que avanzaba despacito.

Se quedó parado ante ella con los brazos cruzados en actitud de dios justiciero. Jadeaba Lina con los ojos desmesuradamente abiertos y apoyando una mano sobre su pecho, tratando de contener el desbocado latir del corazón.

—Hola… — dijo muy bajito —. He venido… por… por…

—¡Encantito, no es necesario explicar nada! Has venido a tu casa, ¿no es eso? A casa de tu marido… Creo que te he dado la bienvenida, ¿no?

Calló Lina un segundo, tratando de rehacerse.

—¿Por qué me llama esposa…? Es una broma tonta.

—Supongo que tu padre sabrá lo que dice. Me refiero al simpático labrador vecino… Estuve charlando con él esta mañana. Olvidé decírtelo.

¿Habría hablado con su presunto padre…? Entonces lo sabría todo… Habíalo sabido desde el comienzo de aquel interminable día colmado de desagradables sucesos. Lina se incorporó, temblando.

—¿Por qué no me lo dijo antes…?

—¿El qué…? ¿Que conocía tu secreto? Trataba de saber adónde llegarías. Sí. Sinceramente estoy deseando conocer tus motivos. Porque

supongo que habrá un motivo que te haya impulsado a… instalarte en mi casa sin decirme una palabra, ofreciéndome tus servicios como criada. Ya sabía que no eras una criadita corriente, pero… a decir verdad, hasta hace media hora en que decidí registrar todo y descubrí tu impermeable aquí, no había sospechado tan agradable vecindad. ¿Has pasado todas estas noches tan sólita, sin decírmelo…? ¡Qué lástima! No, monina. No pongas cara de niña inocente. Las niñas inocentes no se meten en las casas de hombres solos, con fines… incomprensibles. ¡Déjate de bobadas, hijita, y cuéntale todo a papaito! ¿Con qué fin estás aquí?

—Con… con ningún fin… — Le temblaban los labios de tal manera que la voz salía extraña, distinta.

—¿Y toda esa bonita historia de la madrastra? Tienes una gran imaginación, decididamente me gustas. Vamos a ser muy felices en nuestro matrimonio… ficticio.

—¿Matrimonio?

—Naturalmente. Puesto que he consentido en pasar por esposo tuyo, creo que merezco algo. Un poco de realidad. Me molestan las fantasías. — Sacó una cerilla y encendió la lámpara de petróleo que dejara junto a la puerta colgada de un clavo. La débil luz hizo danzar grotescamente sus sombras por todas las paredes.

—No entiendo… Le… ruego que me escuche. Debo de pedirle disculpas… Yo… yo me metí aquí porque…

—Luego me explicarás. Ahora es un poco tarde para perder el tiempo en inútiles discusiones. No consentiré que esta noche duermas mal. Hay abajo una hermosa cama… Vamos, mujercita. — La cogió por un brazo, pero ella se desasió, aterrada. Era un Javier distinto y desconocido que en nada le recordaba al cariñoso camarada de veinticuatro horas antes. ¡Parecía que hubiesen transcurrido años! El muchacho que ahora la contemplaba con rarísima expresión estaba peligrosamente cerca… Tan cerca que Lina dio un salto y rehuyó sus brazos. Por primera vez desde su aventura se enfrentaba con un verdadero peligro real y tangible.

—¡Javier! — Nunca le había llamado por su nombre y él se dio cuenta de ello, pero continuó en la misma actitud —. Le ruego que… que me escuche… Se equivoca si cree que yo… Yo… Yo…

Se echó a llorar sintiéndose consciente del disparate hecho metiéndose en tan ridicula aventura. Se daba cuenta de que jamás debió tomar semejante decisión… pero ya era demasiado tarde. Ignoraba cómo iba a salir de aquello. Deseó llamar a gritos a su padre pidiéndole auxilio como si tuviera cinco años. Pero nadie podía oírla. Estaba sola en la aislada casona… Sola con el temible personaje que se revelaba con nueva y amenazadora personalidad.

—¿Lágrimas…? Las mujeres tenéis unas reacciones desconcertantes, palabra. Sois capaces de los mayores disparates… y de repente os asustáis tras de haber lanzado la piedra. Porque supongo que estás asustada. ¿Quieres explicarme por qué? ¿Acaso no hemos llegado al punto que deseabas? Buscabas una aventura… y yo te la brindo generosamente.

Lina tartamudeó con acento ininteligible:

—Yo… no… quería… aventuras… de… esa… clase… ¡Le ruego que me deje marchar!

—¿Irte? ¿A estas horas? De ningún modo. No soy tan inhospitalario. Vamos, chiquilla. Sellemos las paces. Si querías engatusarme, lo has conseguido. No quiero verte llorar. — Su tono era gratamente arrullador y Lina percibió a pesar suyo todo el atractivo que emanaba de aquel hombre. Retrocedió apoyándose en la pared.

—Escuche… Al menos debe de escucharme… Soy una chica seria…

—Sí. Creo que demasiado seria. ¡Y estás tan bonita riendo!

—Quiero decir que… bueno… que… mi familia es una familia decente…

—¡Ah! Lo celebro — dijo burlón.

—Y yo también lo soy.

—Por supuesto…

—¡No se burle…! Si me veo en esta situación es por… por… haber hecho un disparate. Me escapé de casa.

—¡Caramba!

—Y me escondí aquí por casualidad.

—Una historia preciosa. Ahora cuéntame otro cuento de hadas.

Trató de acercarse más. Lina extendió los brazos, impidiéndoselo. Su sombra, reflejada en la pared, imitó el gesto.

—Por favor…

Él consiguió estrecharla fuertemente mientras se debatía con fuerza.

—Fierecilla…

Reía sin soltarla. Lina le golpeó para desasirse, sin que los golpes hicieran mella en su buen humor.

—¡Suelte! ¡Suelte he dicho…!

Sintió los labios en su garganta. Era el primer beso que recibía de labios no familiares. El olor a menta, cigarrillos y pintura la turbó, haciéndole ver todo rodeado de rayitos de luz, sintiéndose poseída de extraño vértigo.

—¡Déjeme…!

Pero continuaba sintiendo la presión de los labios cálidos en su garganta, en sus mejillas, en los ojos… y al fin sobre su boca.

Se desasió, jadeante, y corrió hacia la puerta, tropezando con el quinqué de petróleo, que se rompió, formándose casi instantáneamente una lengua de fuego sobre el suelo seco sembrado de briznas de paja.

Javier advirtió el accidente y trató de apagar la llama pisoteándola furiosamente. La débil llamita devoró con ansia la paja crujiente, aumentando el vivo resplandor, que adquirió inquietantes proporciones.

—¡Pronto! Ayúdame, estúpida… Mira lo que has hecho… Va a arder toda la casa… Sube agua… Pronto…

No supo Lina cómo bajó la escalera ni cómo llenó el cubo, cuyo contenido fue regando la escalera… Las llamas habían aumentado y Javier continuaba pisoteándolas, a riesgo de chamuscarse, sin conseguir apagarlas. Cogió el cubo de Lina y lo volcó, corriendo él mismo a llenarlo de nuevo, mientras Lina le seguía atolondrada, cargando también con otro balde.

Aumentaba la hoguera rápidamente y durante diez minutos la escena se convirtió en un vertiginoso subir y bajar cubos, pisotear pajas ennegrecidas y cambiar gritos ininteligibles.

—Más agua…

—Corre…

—¡Se va usted a abrasar!

—¡Otro cubo…!

—¡Separa aquella paja!

—¡¡No abras la ventana!! Sería peor…

El humo denso les obligaba a toser mientras los ojos lagrimeaban. La tragicomedia sentimental habíase convertido, por obra y gracia de un quinqué, en un drama real y peligroso. Triunfó la energía de Javier, quien con el rostro y las manos irreconocibles, pudo cantar victoria al fin, tras de haber convertido el humeante infierno en una Verdadera charca.

Sin decir palabra, bajó lentamente la escalera, y se dejó caer en el sofá, mientras Lina le seguía demasiado asustada para hablar. Con el mismo silencio se miró él el brazo izquierdo, que mostraba señales de quemaduras.

—Se ha quemado el brazo…

Él alzó la cabeza y la miró como si acabara de descubrir su presencia. No hizo la menor alusión a la efervescente escena de besos, luchas y discusiones, limitándose a asentir con la cabeza.

—Duele condenadamente…

—Espere… le pondré aceite puro…

Con febril actividad vertió una generosa cantidad sobre la mancha rojiza del brazo. Él se estremeció de dolor.

—¡Cuánto… cuánto lo siento…! ¡Y también tiene quemada esa… otra mano…! Traiga. Se la vendaré… ¿No tiene vendas…? Con un pañuelo…

Rompió un par de pañuelos y, tras de humedecerlos en aceite, hizo unos horribles vendajes que no consiguieron aliviar los fuertes dolores.

Como un león enjaulado paseó él, recorriendo la cocina y pronunciando retazos de frases iracundas.

—…absolutamente ridículo… ¡Estoy listo, con esta broma…! ¡Condenación; me he achicharrado vivo…! ¿Estás segura de que se echa aceite en las quemaduras? Aún me duele más… ¿Estás llorando otra vez?

Sollozó como una niña castigada.

—…es que… me… da pena…

—Más pena me da a mí, puedes creértelo.

—Siento haber sido causa…

—Bien… También yo he tenido algo de culpa. — De repente apreció la realidad de la situación y se enfureció —. ¡Demonio de muchacha! Te arrepientes un poco tarde… Ganas me dan de sacudirte un cachete.

—Hágalo… Lo merezco.

Aquella mansedumbre le dejó desconcertado y su cólera amainó.

—No acostumbro pegar a las mujeres, aunque merezcan todas una buena ración de palos… Esta mano me está fastidiando de veras.

Deshizo el tosco vendaje y miró el dorso, en el que empezaba a formarse una gran ampolla de feo aspecto.

—Mira a lo que me han conducido tus locuras — dijo mostrándosela. Ella puso tal cara de consternación, que Javier sintió la impresión de haber castigado demasiado a un cachorrillo inofensivo.

Miró la tiznada carita, en la que las lágrimas dejaran negros surcos, y sintió una oleada de imprecisa ternura. El conato de incendio no había conseguido borrar el calor de sus besos.

Como si leyera en sus pensamientos, ella bajó los ojos y se cubrió la cara con las manos, avergonzada. En aquella postura trató de contarle su historia, sin que él la interrumpiera, tratando de mostrar una indiferencia que no sentía.

—…fue un golpe demasiado fuerte para mí, ¿comprende? Yo adoro a mi padre.

—Lo demuestras mal…

—¿Por qué dice eso?

—¿No comprendes que estará sumido en la desesperación?

Sin saber por qué, no puso en duda la absurda narración, aunque ella evitó mencionar su apellido.

—Si… Ahora lo comprendo… Pensaba haberme ido mañana…

—…merecerías ser recibida con una paliza…

—Creo que sí… Pero estoy bastante castigada. ¡He pasado tantos sustos…! Jamás volveré a meterme en aventuras. — Volvió a llorar. No le impacientaron sus lágrimas, sino que la contempló curiosamente, como si la viera por primera vez.

—Demasiada imaginación, hijita.

—Eso dice papá… Desde muy pequeña me dio por fantasear y me ha costado muchos disgustos… ¿Qué le pasa? ¿Le duele la mano?

—Sí… Me duele la mano, el brazo y también la espalda… ¿Quieres mirar a ver si tengo alguna quemadura en el hombro?

Con infinita suavidad desabrochó Lina la camisa y atiabó la morena espalda, que presentaba una gran placa rojiza…

—Si… ¡Dios mío, cuánto lo siento…!

—Ya lo dijiste antes… Ahora es preciso que tomemos una decisión… Necesito curarme… Son las nueve… Con _a vieja camioneta podemos estar dentro de unas horas en San Sebastián… — Hizo un gesto de fastidio —. Pero no voy a poder conducir…

—Yo sé conducir — aseguró, nerviosa — Bueno, no sé muy bien, pero lo suficiente… Aún no tengo el carnet porque hasta el mes que viene no cumpliré los dieciocho…

—Con que sepas ponerla en marcha y frenar…

—Sí, claro que sí… He conducido el coche de papá algunas veces, por el Retiro.

No fue tarea difícil sacar la camioneta del establo. Con terribles dolores cada vez que movía los brazos, la sacó Javier, entregando luego el volante a la muchacha. Lina procuró familiarizarse con el distinto mecanismo y comenzaron a descender la colina por la estrecha senda pedregosa dando horribles tumbos que los empujaban el uno hacia el otro.

—Cuidado con aquella piedra…

—Sí… No tema…

—¿Ves bien…? No apagues los faros.

—Veo perfectamente, no se preocupe.

Llevaba el corazón en la garganta, pero no quería decirlo, porque temía quedar a ridicula altura ante sus ojos. Deseaba ganar prestigio y que él no la mirase de aquella manera conmiserativa… Estaba dispuesta a los mayores sacrificios con tal de que los ojos de Javier, aquellos ojos que durante unos minutos la miraran con turbador apasionamiento, volvieran a mirarla. Ahora, en cambio, estaban fríos como el hielo. Nada recordaba la fogosa escena del pajar. Fogosa por todos estilos, se dijo con un resto de humorismo.

—Ten cuidado al salir de la carretera. Hay un desnivel.

Lo pasaron sin nuevos contratiempos. Una vez sobre el asfaltado camino, aumentaron la velocidad, siguiendo paralelamente el curso del arroyo. Dejaron atrás la pequeña ensenada donde aquella misma mañana se zambulleran, y también distinguieron a lo lejos la obscura sombra del otro caserío. Celebrarían su ausencia cuando pudieran comprobarla.

No comentaron nada, cambiando apenas algunas palabras a lo largo del trayecto.

—¿Le duele?

—Bastante.

—¿Quiere que nos detengamos en alguna farmacia de pueblo?

—No. Es preferible que me hagan la primera cura en San Sebastián.

—¿Qué tal va la espalda?

—¡Fastidiándome! ¿No podrías evitar los baches…? A cada salto veo las estrellas.

Lina también las veía, pero en cambio apenas distinguía los baches ni las curvas. «¡ Que Dios nos ampare! — pensaba aferrándose al volante con angustiosa energía—. ¡Si supiera Javier que es la sexta vez que conduzco…! ¡Y un armatoste como éste, que parece un ejemplar sacado del arca de Noé…! Suponiendo que en aquella época hubieran existido los motores…»

Atravesaron el pueblo, donde la noche anterior tanto se divirtieran… Atrás quedó la plaza con las albercas y el edificio con el letrero de «Azpilicueta; Granos y Piensos»… Había alguna animación en la calle Mayor, aunque el resto de la aldea estaba ya recogido y silencioso.

Parecía irreal el absurdo paseo en camioneta tras los infinitos acontecimientos del día… Un final de jornada absolutamente ridículo.

—¿Dónde vas a ir ahora?—preguntó Javier de pronto, porque llevaba pensándolo un gran rato.

—Pues…—vaciló—. Me quedaré en San Sebastián. En un hotel.

—¿Con esas trazas…? No te das cuenta de nuestro aspecto. Debes quedarte en Zarauz. Yo encontraré un mecánico que me lleve. O tomaré un taxi, que será más rápido.

—¿Cómo voy a presentarme en «Lauri Enea» tan…tan tiznada?

—¿Qué otra cosa puedes hacer?

—No lo sé. Es horrible.

—No irás a llorar de nuevo, ¿verdad?

—No… Ya no pienso llorar más.

—Es una estupenda decisión. ¡Demonios!

—¿Qué le pasa?

—¿Lo preguntas? He dado con la cabeza en el techo… ¿No ves los baches?

—No los distingo. Lo siento.

—Pidamos al cielo que no haya una hondonada.

—Sí. Pidámoslo. Ya le advertí que aún no tengo carnet.

—¿Crees que el carnet te ayudaría a ver los baches?

—No, pero quizá aumentase mi seguridad en mí misma.

—Eres una chica…

—¿Qué…?

—Nada.

—¿Por qué no acaba? Iba a decir «estúpida» o «insoportable», ¿no es eso?

—Siempre te pones en lo peor. ¿Por qué no encantadora?

—Soy pesimista por naturaleza.

—Iba a decir «incomprensible».

—No está mal. Ser enigmática presta interés.

—Por favor, contén tu imaginación, ¿quieres…? No presumas de vampiresa con esa nariz tiznada y esa blusa irreconocible…

—Supongo que usted no se ha mirado con detenimiento.

—Sí, hijita… Ya sé que parezco un fugado de presidio.

—Me fastidia que se pase el día llamándome hijita.

—Ahora ya no es de «día», hijita. Es de noche.

Calló propinando un giro peligroso al volante, que le hizo ahogar a él una maldición. Las curvas que bordeaban montañas comenzaron a convertirse en una peligrosa pesadilla que les secaba los labios de angustia.

—Debo advertirle que…

—¡Chitón! No hables y mira bien… No te distraigas…

—Este camino es una serpentina… Estoy… estoy empezando a ponerme nerviosa.

—Calma los nervios y no mires hacia el barranco, por favor… ¡Ojo! Viene otra curva.

—¡Dios mío! Me parece que voy en la montaña rusa… ¿Cuál es el freno?

— ¡¡¡Cielos!!! ¿Es que no sabes dónde está el freno…? —Sí… claro que sí… No sé lo que me digo. Es éste, ¿no? Sudaba copiosamente, a pesar de que corría un vientecillo fresco. Se cruzaron con un par de camionetas que rodaban en dirección contraria y cuyos potentes faros aturdieron aún más a la irreflexiva conductora.

—¿Faltará mucho aún?

—Bastante. Ni siquiera hemos hecho la mitad del trayecto.

Apretó Lina los dientes, tratando de dominar los nervios, que sentía tirantes como cuerdas de violín.

—Debo… pedirle un favor — dijo por romper el silencio.

—¿Un favor?

—Sí… Preferiría que no comentase con nadie mi… estúpida intervención… Se lo ruego…

—Puedes estar tranquila, hijita. Ni siquiera sé cómo te llamas. Trataré de olvidarte rápidamente…

«Si puedo», añadió para su coleto. Pero no quiso decírselo, porque luchaba interiormente con una profusión de contradictorios sentimientos. Sabía, sin embargo, que no se resignaría a que desapareciese para siempre de su vida.

—Y perdóneme — continuó ella —. Le he fastidiado, le he engañado y, como remate, he sido causa de sus quemaduras…

Hubo un ligero silencio.

—Yo tampoco estoy limpio de culpa. Me he portado como un bárbaro. Fui causa de que… de que… te pusieras nerviosa y tiraras la lámpara.

De nuevo reinó el silencio, mucho más expresivo que cualquier palabra. Ambos pensaban en lo mismo, pero no se atrevían a precisarlo.

—Y digo yo — murmuró él —. ¿Hay algo que impida que seamos buenos amigos?

—No lo sé.

—Me gustaría que olvidásemos los turbulentos comienzos de nuestra amistad y… empezásemos de nuevo, como si nos hubiéramos conocido entre taza y taza de té.

—Temo que… — Iba a añadir que temía no poder olvidar algunas cosas, pero no tuvo tiempo de decirlo. Al tomar una curva, vio venir un coche a

gran velocidad y trató de desviarse hacia la derecha. El coche quiso esquivarla a su vez y sólo consiguió empeorar la situación. Completamente aturdida, la flamante conductora saltó una zanja, se metió por un matorral y volcó ruidosamente hacia un lado, sumergiéndose después, en unión de su compañero, en una grata inconsciencia.

Se sintió tan absurdamente feliz que sonrió, con los ojos cerrados, sin saber exactamente por qué sonreía. Quizá porque el bienestar físico, del que careciera durante bastante tiempo, prestábale nuevas fuerzas. Abrió al fin los ojos y los posó en el techo blanco de la habitación, estudiando los dibujos de la orla de escayola. Una guirnalda de flores enlazadas a cada trecho, formando una especie de ramillete.

Retuvo la imagen de las flores y volvió a dormirse, dando un suspiro. No pudo percibir la voz del médico, que comentó:

—Se ha dormido… Está perfectamente.

Fue mucho después »— veinticuatro horas más tarde — cuando volvió a tener noción de lo ocurrido. Oyó una voz gratamente familiar. Una voz adorada que le produjo un nudo en la garganta.

—¡Dios mío, si yo hubiera podido sospechar…!

Y luego otra voz, ésta de mujer:

—Pobrecita. Siempre te dije que era excesivamente sensible… Las niñas que se crían sin madre no son como las demás. Me siento un poco culpable…

—Tú no, Emilia. ¿Tú qué culpa tienes…?

—Sí… Debí hacerme querer de ella antes de dar el paso definitivo… No he sabido conseguirlo.

—Vamos, no llores…

—Me apena haber sido causa inconsciente de esto. Yo quiero a Lina…

—Lo sé.

—Quisiera ser su mejor amiga.

—Acabará por comprenderlo así…

—No debes reñirla por lo que ha pasado… Tiene que haber sufrido tanto…

—También nos ha hecho sufrir.

—Ha estado a punto de morir…

—Y este escándalo…

—Ningún escándalo. Ese muchacho ha dicho la verdad. Regresaba en una camioneta y encontró a Lina en el camino, quien le suplicó la dejase subir.

—Sí, no tengo por qué dudarlo, pero necesito saber dónde ha estado estos días.

—Ella te lo dirá. Lina es incapaz de ninguna locura.

—Estoy convencido de ello, pero…

—Silencio. Parece que se mueve…

Se movió, pero continuó con los ojos cerrados, pensando con rapidez. Recordó todo, hasta llegar a la catástrofe final… ¡A Dios gracias, Javier vivía! ¡Vivía! Se le llenaron los ojos de lágrimas, de puro agradecimiento… Y les había dicho que la encontró en el camino… Trató de fingirse aún inconsciente, pero un enorme sollozo se escapó de su pecho y gritó con voz trémula el nombre adorado:

—¡Papá!

Al fin estaba en sus brazos, por los que suspirara día y noche.

—Papá… Papaíto…

Lloraba y reía, mientras le besaba, en su rinconcito preferido, junto a la oreja, y respiraba su perfume tranquilizador y familiar…

—Papá… Perdóname… ¿Verdad que me perdonas…?

También él lloraba. Lina nunca sabría lo mucho que le hiciera padecer, porque los hijos ignoraban la capacidad de sufrimiento de los padres. Aquellos seis días de horrible ansiedad dejarían para siempre unas arrugas en el rostro del gran Aláiz. Ahora todo se olvidaba ante la dulzura del abrazo de su hijita.

—Lina… Pequeñina mía…

Mucho más tarde, cuando las sombras de su cerebro se disiparan por completo, se enteraría Lina de los detalles finales de la odisea, de cómo el conductor del coche culpable del desastre los trasladó al pueblo más cercano, temiendo transportar dos cadáveres, y que gracias a la foto de Aláiz, que Lina llevaba en el bolsillo, pudo éste ser llamado para que identificara a los dos heridos, de los cuales, naturalmente, sólo reconoció a

uno. Pero se hizo cargo de ambos, trasladándolos urgentemente a una clínica de San Sebastián.

Por fortuna, el muchacho sólo padecía una ligera conmoción. Pudo explicar lo ocurrido. Veraneaba en un caserío y había sido víctima de un pequeño incendio que le produjo serias quemaduras. Cuando se trasladaba a San Sebastián para ponerse en cura, encontró a la muchacha en el camino, quien le rogó la permitiese subir. El conductor del coche contrario no supo decir exactamente quién conducía la camioneta, porque la luz de los faros habíale deslumbrado. Los dos cuerpos fueron despedidos del interior y hallados a pocos metros del coche.

Lina encontró ayuda en quien menos esperaba. Emilia, con infinito tacto, actuó de intermediaria, suavizando situaciones y limando asperezas. Consiguió, sobre todo, evitar el escándalo, aceptando lo ocurrido con gran naturalidad. Tenía fe absoluta en la palabra de Lina, que perjuraba que nada «feo e incorrecto» hiciera y contagió esta seguridad a su marido, quien acabó por creer la versión «de que su hija había pasado los ocho días escondida en el granero de una casa vacía». Lo cual no dejaba de ser una verdad a medias.

—Merecerías pasar ocho años en un internado — aseguró Aláiz tratando de aparentar severidad —. Pero Emilia ha decidido cuidarse de ti y gracias a ella te librarás de eso.

Por lo cual Lina sonrió a su enemiga y condescendió a darle un abrazo. Fue la firma de un pacto de amistad del que nunca tendría que arrepentirse.

Cuando supo que Javier guardaba cama en una habitación del mismo edificio al otro lado del pasillo, ideó el medio de comunicarse con él sin despertar sospechas. En resumidas cuentas, todos creían que acababan de conocerse. No podía interesarse por su compañero en desgracia más de lo correcto.

—¿Cómo está ese pobre muchacho? — preguntó a Emilia el primer día que le permitieron incorporarse en la cama.

—¿Quién…? ¿Javier Velasco? Admirablemente, si no fuera por las quemaduras. El pobre hombre salió de un accidente para caer en otro.

—Oye, me gustaría enviarle esta caja de pastas… Tengo demasiadas y sería una atención… Díselo a la enfermera.

Mientras Emilia salía un instante, garrapateó unas líneas sobre un papel, que resultó ser una receta, y lo metió entre las pastas. Decía así:

«Señorito: Perdone a su serbidora y permítame que le ofrezca ezte presente que m'ha traído un tío del pueblo.

»Lina.

»Postdata: Le juro que no tenia intención de matarle. Perdón otra vez.»

La respuesta llegó a la mañana siguiente dentro de un ramo de flores, obsequio de su víctima. Lina leyó, mientras el corazón le palpitaba locamente:

«Estoy convencido de que no merecías tener el carnet
«Trataré de perdonarte, pero tendrás que hacer méritos.
»Estoy hecho polvo. Todo me duele.
»Y ¡vive Dios!, a pesar de ello rabio por verte.
»Tu señorito, reducido a estado lamentable,

»Javier.

»Postdata: Las pastas estaban magníficas.

»Segunda postdata: Me regocijo pensando en los azotes que te habrá dado papaíto.

»Tercera postdata: Te supongo enterada de la historia que me vi obligado a inventar.»

La siguiente carta de Lina la transportó la inocente enfermera dentro de un montón de revistas. Era algo más larga que la primera.

«Gracias por sus flores. Papá no me dio azotes, aunque los merecía. Su historia fue oportunísima y nunca se la agradeceré bastante. Estoy sinceramente arrepentida de mis culpas. La aventura en sí fue bastante accidentada para recordarla con placer. Comenzó con una tormenta, siguió con un incendio y concluyó con una vuelta de campana. ¿No cree que estoy bastante castigada?

»Su deprimida, arrepentida y malherida,

»Lina.»

«Estimada muchachita: Ya he comprendido por qué te gustaba tanto la ejecución musical de Aláiz. Por cierto que es un hombre extraordinariamente simpático. Acabamos de estar charlando. Creo haber quedado a buena altura, en cuanto a discreción.

»Mañana me levantarán los vendajes del brazo y podré escribirte con mejor letra. Los vendajes de la cabeza no me los levantarán hasta la próxima semana. Tengo unas cuantas magulladuras, profusamente repartidas en estética distribución.

»Eres insoportable y adorable. Sí. No retiro una letra. Unas veces te odio y otras te adoro. ¿A qué atribuyes esta volubilidad de sentimientos?

»¡Ah! Quiero aligerar tu conciencia. Del incendio no tuvo la culpa el quinqué… Había muchas «materias inflamables» en el pajar… y tú fuiste la chispa… Pero yo hice brillar la llama soplando intempestivamente.

»¿O no fue intempestivamente.

»Tuyo,

»Javier.»

«Señorito: Ignoro de qué chispa ni de qué pajar me habla. ¿Está usted delirando?

»Su afectísima segura servidora,

»Lina.»

»Postdata: No puedo escribirle más porque estoy esperando la visita de dos muchachos, hermanos de mi madrastra.»

«Señorita Lina Aláiz.

»Te prohíbo terminantemente que recibas visitas masculinas. No me ha hecho ni pizca de gracia y me ha subido la fiebre.

»Tu moribundo,

»Javier.»

«Señor D. Javier Velasco.

»Muy «señorito» mío:

»Los dos muchachos estuvieron discretísimos y encantadores. Me colmaron de bombones y de piropos. En plan de hombres de mundo, hablaron de mi «aventurilla» como de una cosa sin importancia.

»Me encantan los hombres de mundo.

»He decidido dejarme de locuras y convertirme en una dama elegante.

»Su affma. amiga, gazmoña y exquisita,

»Lady Lina de Chateau-Alais.»

«Insoportable ex fregoncilla:

»¿Por qué te dedicas a hacerme rabiar? ¿Aún no tienes bastante…? Me has engañado, me has pegado, me has «incendiado», me has dejado exánime en una carretera y, por si fuese poco, te dedicas a amargar mi convalecencia hablándome de tus amiguitos.

»El médico me ha encontrado malísimamente del corazón y no sabe si saldré de esta noche.

»De todos modos, hasta mañana, en que volveré a escribirte.

»Lord Velasco.»

»¿Por qué demonios me sigues llamando de usted?»

«Querido Javierito:

»Una vez franqueada la barrera del «usted», me atrevo a decirte irrespetuosamente que eres un gruñón. ¿Por qué no puedo tener amigos…? Estoy enterada de que tú también recibes visitas femeninas.

»¿Quién era la elegante dama perfumada con «Chanel» que ayer tarde permaneció dos horas junto a ti…? Mis espías vigilan tus menores movimientos.

»Ya no simpatizo con las damas elegantes… He decidido continuar siendo una sencilla y campechana criadita y me pondré a servir en cuanto me reponga.

»Tu escéptica, desengañada y amargada amiga,

»Lina.»

«¡Hurra! Estás celosa…

»La elegante dama aromatizada con «Chanel» era mi tía. Tiene cincuenta años, pero representa treinta. Por cierto, le referí mi encuentro contigo en la carretera y el accidente que disgregó juntos nuestros huesos, y tiene deseos de conocerte.

»Me gustaría mucho que charlaseis. ¿Tienes inconveniente? Mañana vendrá.

»Javier.»

«Javierillo:

»Tu tía es un sol y viste maravillosamente. Me ha hechizado.

»De paso me ha traído bombones, mostrándose apesadumbrada de verme en cama por culpa del atolondrado de su sobrino, «que siempre ha sido un loco conduciendo». ¡Ja, ja, ja!

»La vida es una completa juerga.

»Tu víctima

»Lina.»

«Adorada compañera de infortunios:

»Tus cartas me sumen en unas alternativas de alegrías y rabietas que están minando mi organismo. ¿No crees que ya es hora de poner punto final al tiroteo de agudezas y charlar formalmente de nuestro… de mi… de… bueno, del tema que realmente nos interesa…?

»Supongo que la tía te habrá dicho que soy un buen chico. Le encargué muchísimo que no dejase de hablar de mí en términos encomiásticos.

»Dentro de unos días nos darán de alta. Estamos en septiembre. San Sebastián nos brinda su alegría… Somos jóvenes, etc., etc. Bueno, me he metido en un embrollo literario del que no sé salir. ¿Sabes leer entre líneas?

»Tu *Javier*.»

«Sé leer entre líneas y descifrar crucigramas. Pero no podré pasear contigo por San Sebastián — si es eso lo que insinúas — porque mi padre tiene que dar unos conciertos en Madrid y nos iremos a casita.

»Estoy desolada. No podré hacerte naufragar en la piragua. Era el detalle que faltaba.

»¿Por qué firmas «tu Javier»…? Eres demasiado efervescente.

»Cordiales saludos de

»Lina.»

«Lina: Flirteas por carta de un modo exasperante. Es una vergüenza… Si pudiera levantarme…

»Nada me retiene en San Sebastián. Iré a Madrid. Tu última carta es muy fría. Eres un demonio… ¡Ah! ¿Por qué se volcaría aquel quinqué?

»J. V.»

«Queridísimo Javierín:

»Hoy me siento cariñosa. Tiene la culpa el quinqué. Empecé a pensar en quinqués y, por asociación de ideas, evoqué escenas terroríficas y maravillosas. Creo que a toda muchacha tiene que hacerle impresión el primer roce de un bigote.

»Y fue el primer bigote.

»Pero… ¿qué estoy diciendo? No te enviaré esta carta, decididamente.

»L. A.»

«Estoy dispuesto a que el primer bigote sea también el último. Tu carta me ha hecho dar dos volatines sobre la cama.

»Recuerdo la suavidad de tu pelo y tus bonitos labios… y… y no sé lo que hago. Creo que estas cosas deben decirse en tono serio, pero yo te las diré como se me ocurran: Lina, revoltosa mía, ¿verdad que terminaremos el cuadro en Madrid? ¿Verdad que desayunaremos juntos toda la vida? ¿Verdad que no estaré mal con chaqué y sombrero de copa?

»¿Verdad que será muy divertido fingir que vamos conociéndonos y enamorándonos hasta que un buen día me decida a pedir tu mano?

»¿Verdad que voy a ser ya el «único bigote»?

»Contesta si o Sí a tu

» Javier.»

La respuesta llegó diez minutos después, escrita en un pedacito de papel que Javier leyó con más emoción de la que nunca hubiera supuesto. Decía simplemente:

«Okey, señorito. Ustez ha ganao.

Su fiel serbidora que le quiere

de un modo terrible,

»Lina Aláiz de Velasco.»

Table of Contents

La calle desconocida
Copyright
LA CALLE DESCONOCIDA
REGALO DE NAVIDAD
LINA ES UNA AVENTURERA